

**LA ERA
DEL CAPITAL,
1848-1875**



Biblioteca E. J. Hobsbawm de Historia Contemporánea

Título Original
THE AGE OF CAPITAL
1848-1875
Weidenfeld and Nicolson, Londres

Hobsbawm, Eric
La era del capital: 1848-1875. - 6a ed. 2a reimp. - Buenos Aires : Crítica, 2010.
360 p. ; 21x15 cm. - (Biblioteca E. J. Hobsbawm de Historia Contemporánea)
Traducción de: A. García Fluixá y Carlo A. Caranci
ISBN 978-987-9317-16-7
1. Historia Contemporánea I. García Fluixá, A., trad. II. Caranci, Carlo A., trad.
III. Título.
COD 909

6ª edición, 2007
2ª reimpresión, 2010

Rediseño de tapa: Gustavo Macri

Ilustración: Detalle de *El Banquero*, óleo sobre tela de Quentin Metsijs

Traducción de A. GARCÍA FLUIXÁ y CARLO A. CARANCI

Reservados todos los derechos. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

- © 1975: E. J. Hobsbawm
- © 1998, de la traducción castellana para España y América:
Grupo Editorial Planeta S.A.I.C. / Crítica
- © 2010 Paidós / Crítica
Av. Independencia 1682/1686, Buenos Aires
E-mail: difusion@areapaidos.com.ar
www.paidosargentina.com.ar

Queda hecho el depósito que previene la Ley 11.723
Impreso en la Argentina - Printed in Argentina

Impreso en Buenos Aires Print,
Sarmiento 459, Lanús, en febrero de 2010
Tirada: 1000 ejemplares

ISBN 978-987-9317-16-7

A Marlene, Andrew y Julia

PREFACIO

Si bien este libro tiene una entidad propia, como los demás volúmenes de la Historia de la civilización de que forma parte, sucede que el volumen que le precede cronológicamente en la serie ha sido escrito por el mismo autor. Así, La era del capital pueden leerla igualmente quienes ya conocen La era de la revolución, 1789-1848 como quienes no la conocen. A los primeros les pido disculpas por incluir, en diversos momentos, material que ya les es familiar, con el propósito de aportar la necesaria información de fondo para los últimos. He intentado mantener esa duplicación al mínimo y hacerla tolerable distribuyéndola a lo largo del texto. Este libro puede —eso espero— leerse independientemente. En efecto, no debiera exigir más que una educación general suficiente, puesto que va destinado a un lector no especializado. Si los historiadores desean justificar los recursos que la sociedad destina a su tema de estudio, por modestos que sean, no deberían escribir exclusivamente para otros historiadores. Con todo, supondrá una ventaja tener un conocimiento elemental de la historia europea. Supongo que los lectores podrán, si es realmente necesario, entenderse sin ningún conocimiento previo de la toma de la Bastilla o de las guerras napoleónicas, pero tal conocimiento les ayudaría.

El período de que trata este libro es comparativamente corto, pero su ámbito geográfico es amplio. No es ilusorio escribir sobre el mundo de 1789 a 1848 en términos de Europa, en realidad, de Gran Bretaña y Francia; sin embargo, puesto que el tema principal del período después de 1848 es la extensión de la economía capitalista a todo el mundo, y de ahí la imposibilidad de seguir escribiendo una historia puramente europea, sería absurdo escribir su historia sin dedicar una sustancial atención a otros continentes. Mi enfoque se divide en tres partes. Las revoluciones de 1848 constituyen un preludio a una sección sobre los principales movimientos del período, que analizo desde una perspectiva continental y, cuando es necesario, mundial, más que como una serie de historias «nacionales» independientes. Los capítulos están divididos temática y no cronológicamente, si bien los principales subperíodos —grosso modo, la tranquila pero expansionista década de 1850, la más turbulenta de 1860, el auge y la depresión de principios de la de 1870— deberían ser claramente discernibles. La tercera parte consiste en una serie de secciones interrelacionadas sobre la economía, la sociedad y la cultura del tercer cuarto del siglo XIX.

No pretendo ser un experto en todo el inmenso tema de estudio de este libro, sino más bien en minúsculas partes de él, y he debido confiar en información de segunda —y hasta tercera— mano. Pero es inevitable. Se ha escrito ya abundantemente sobre el siglo XIX y cada año añade más altura y volumen a la montaña de publicaciones especializadas que oscurece el firmamento de la historia. Como la gama de intereses de los historiadores incluye prácticamente cada aspecto de la vida que despierta nuestra atención a finales del siglo XX, la cantidad de la información que debe asimilarse es, con mucho, demasiado grande para incluso el más enciclopédico y erudito de los estudiosos. Aunque él o ella sean conscientes de la situación, a menudo, en el contexto de una síntesis de amplio espectro, la información debe reducirse a un párrafo o dos, una línea, una mención pasajera o ser omitida con pesar. Y debe confiarse necesariamente, de una manera cada vez más superficial, en el trabajo de otros.

Desgraciadamente es imposible seguir la admirable convención según la cual los estudiosos dan cuenta pormenorizada de sus fuentes, y especialmente de sus deudas con los demás, para que nadie más que sus propietarios originales reclame como suyos los hallazgos accesibles libremente a todos. En primer lugar, dudo de que pudiera seguir la huella de todas las sugerencias e ideas que he tomado prestadas con tanta libertad hasta su origen en algún libro o artículo, conversación o debate. Sólo puedo pedir a aquellos cuyo trabajo he saqueado, conscientemente o no, que perdonen mi descortesía. En segundo lugar, tan sólo el intento de hacerlo cargaría el libro con un inoportuno aparato de erudición. Puesto que su propósito no es tanto resumir hechos conocidos, que implica orientar a los lectores a más enfoques detallados sobre varios aspectos, sino más bien trazarlos unidos en una síntesis general histórica, para «dar sentido» al tercer cuarto del siglo XIX, y seguir la pista de las raíces del presente hasta este período, tan lejos como sea razonable hacerlo. Sin embargo, se ofrece una orientación general en las *Lecturas complementarias* (véanse pp. 340-345), que incluyen algunas de las obras que he considerado más útiles y a las cuales quiero manifestar mi deuda.

Las referencias han sido reducidas casi por completo a las fuentes de las notas, los cuadros estadísticos y algunas otras cifras, y a algunas afirmaciones que son controvertidas y sorprendentes. De la mayoría de las cifras dispersas tomadas de fuentes estándares o de compendios inestimables como el *Dictionary of Statistics de Mulhall* no se ha hecho constar su procedencia. Las referencias a obras literarias —por ejemplo, las novelas rusas—, de las que existen muy variadas ediciones, se limitan a los títulos: la referencia exacta a la edición concreta usada por el autor, pero que tal vez no sea la que posee el lector, sería pura pedantería. Las referencias a los escritos de Marx y Engels, que son los grandes comentaristas en este período, constan del título familiar de la obra o la fecha de la carta y el volumen y la página de la edición estándar (*K. Marx y F. Engels, Werke, Berlín Oriental, 1956-1971, citada en adelante Werke*). Los topónimos se han traducido cuando

nienen traducción habitual, y si no se dejan en la forma usada generalmente en las publicaciones de la época. Esto no supone un prejuicio nacionalista en un sentido u otro. Cuando es necesario se añade el nombre actual entre paréntesis, por ejemplo *Laibach (Ljubljana)*.

Sigurd Zienau y Francis Haskell han sido tan amables de corregir mis capítulos sobre ciencias y artes, y corregir algunos de mis errores. Charles Gurwen ha contestado mis preguntas sobre China. Nadie es responsable de mis errores y omisiones salvo yo mismo. W. R. Rodgers, Carmen Claudín y María Moisés me ayudaron enormemente como ayudantes de investigación en diferentes ocasiones. Andrew Hobsbawm y Julia Hobsbawm me ayudaron en la selección de las figuras, como también hizo Julia Brown. Estoy asimismo en deuda con mi editora, Susan Loden.

E. J. H.

INTRODUCCIÓN

En la década de 1860 entra una nueva palabra en el vocabulario económico y político del mundo: «capitalismo».* Por eso parece oportuno dar a este libro el título de *La era del capital*, enunciado asimismo recordatorio de que la obra cumbre del más formidable crítico del capitalismo, el *Das Kapital* (1867) de Karl Marx, se publicó precisamente en aquellos años. Y es que el triunfo mundial del capitalismo es el tema más importante de la historia en las décadas posteriores a 1848. Era el triunfo de una sociedad que creía que el desarrollo económico radicaba en la empresa privada competitiva y en el éxito de comprarlo todo en el mercado más barato (incluida la mano de obra) para venderlo luego en el más caro. Se consideraba que una economía de tal fundamento, y por lo mismo descansando de modo natural en las sólidas bases de una burguesía compuesta de aquellos a quienes la energía, el mérito y la inteligencia habían aupado y mantenido en su actual posición, no sólo crearía un mundo de abundancia convenientemente distribuida, sino de ilustración, razonamiento y oportunidad humana siempre crecientes, un progreso de las ciencias y las artes, en resumen: un mundo de continuo y acelerado avance material y moral. Los pocos obstáculos que permanecieran en el camino del claro desarrollo de la empresa privada serían barridos. Las instituciones del mundo, o más bien de aquellas partes del mundo no entorpecidas aún por la tiranía de la tradición y la superstición o por la desgracia de no tener la piel blanca (es decir, las regiones ubicadas preferentemente en la Europa central y noroccidental), se aproximarían de manera gradual al modelo internacional de un «estado-nación» territorialmente definido, con una constitución garantizadora de la propiedad y los derechos civiles, asambleas de representantes elegidos y gobiernos responsables ante ellas, y, donde conviniera, participación del pueblo común en la política dentro de límites tales como la garantía del orden social burgués y la evitación del riesgo de su derrocamiento.

No es tarea de este libro rastrear el primitivo desarrollo de esta sociedad. Bástenos con recordar que durante los sesenta años anteriores a 1848, dicha

* Como se sugiere en la Introducción de *La era de la revolución*, quizás su origen pudiera remontarse incluso a antes de 1848, pero la investigación estricta revela que dicho término apenas se usa antes de 1849 o llega a ser corriente antes de la década de 1860.

sociedad ya había —digamos— logrado su histórico despegue tanto en el frente económico como en el político-ideológico. Los años que van de 1789 a 1848 (que ya he tratado en mi anterior obra, *La era de la revolución* —véase el prefacio, *supra*, p. 9—, y a los que nos referiremos de vez en cuando) estuvieron dominados por una doble revolución: la transformación industrial iniciada en Gran Bretaña y muy restringida a esta nación, y la transformación política asociada y muy limitada a Francia. Ambas transformaciones implicaban el triunfo de una nueva sociedad, pero por lo visto sus contemporáneos tuvieron más dudas aún que nosotros respecto a si iba a ser la sociedad del capitalismo liberal la triunfante, o lo que un historiador francés ha denominado «la burguesía conquistadora». Detrás de los burgueses ideólogos políticos se hallaban las masas, siempre dispuestas a convertir en sociales las moderadas revoluciones liberales. Debajo y alrededor de los empresarios capitalistas se agitaban y movían los descontentos y desplazados «pobres trabajadores». Las décadas de 1830 y 1840 fueron una época de crisis, cuyo exacto resultado sólo se atrevían a predecir los optimistas.

No obstante, el dualismo de la revolución acaecida entre 1789 y 1848 proporciona a la historia de ese período unidad y simetría. En cierto sentido es fácil escribir y leer acerca de esos años, ya que cuentan con un tema claro y una forma clara, además de que sus límites cronológicos se hallan tan claramente definidos como podemos esperar de los asuntos humanos. Con la revolución de 1848, que es el punto de partida de este volumen, se quiebra la anterior simetría y cambia la forma. Retrocede la revolución política y avanza la revolución industrial. El año 1848, la famosa «primavera de los pueblos», fue la primera y la última revolución europea en el sentido (casi) literal, la realización momentánea de los sueños de la izquierda, las pesadillas de la derecha, el derrocamiento virtualmente simultáneo de los viejos regímenes existentes en la mayor parte de la Europa continental al oeste de los imperios ruso y turco, de Copenhague a Palermo, de Braşov a Barcelona. Se la había esperado y predicho. Parecía ser la culminación y la consecuencia lógica de la era de la doble revolución.

Pero fracasó universal, rápida y definitivamente, si bien este último extremo no fue comprendido durante muchos años por los refugiados políticos. En adelante, no se daría ninguna revolución social general del tipo que se había vislumbrado antes de 1848 en los países «avanzados» del mundo. El centro de gravedad de tales movimientos sociales y revolucionarios y, por tanto, de los regímenes sociales y comunistas del siglo XX iba a encontrarse en las regiones marginadas y atrasadas, aunque en el período que tratamos en este libro los movimientos de esta especie siguieron siendo episódicos, arcaicos y «subdesarrollados». La expansión repentina, vasta y aparentemente ilimitada de la economía capitalista mundial proporcionó ciertas alternativas políticas en los países «avanzados». La revolución industrial (británica) se había tragado a la revolución política (francesa).

La historia de nuestro período es, pues, desproporcionada. Se compone primariamente del masivo avance de la economía mundial del capitalismo in-

dustrial, del orden social que representó, de las ideas y creencias que parecían legitimarla y ratificarla: en el razonamiento, la ciencia, el progreso y el liberalismo. Es la era de la burguesía triunfante, si bien la burguesía europea vacilaba aún en comprometerse con el gobierno político público. En este sentido, y quizá sólo en él, la era de la revolución no estaba muerta. Las clases medias de Europa estaban asustadas, y siguieron estándolo, del pueblo: se pensaba todavía que la «democracia» era el seguro y rápido preludio del «socialismo». Los hombres que oficialmente presidían los asuntos del victorioso orden burgués en sus momentos de triunfo eran nobles profundamente reaccionarios en Prusia, imitaciones de emperador en Francia y una sucesión de aristócratas terratenientes en Gran Bretaña. El miedo a la revolución era real, y profunda la inseguridad básica que ella indicaba. Al mismo final de nuestro período, el único caso de revolución en un país avanzado, una insurrección de corta vida y casi totalmente localizada en París, produjo una carnicería mayor que cualquier otro alboroto en 1848 y un atropellado intercambio de nerviosas notas diplomáticas. Con todo, los gobernantes de los estados avanzados de Europa empezaron a reconocer por entonces, con mayor o menor desgana, no sólo que la «democracia» (es decir, una constitución parlamentaria basada en un amplio sufragio) era inevitable, sino también que, a pesar de ser probablemente una molestia, era políticamente inofensiva. Los gobernantes de Estados Unidos hacían tiempo que habían hecho este descubrimiento.

Consecuentemente, los años que van de 1848 a mediados de la década de 1870 no fueron un período de los que inspiran a los lectores que disfrutan del espectáculo dramático y heroico en el sentido convencional. Sus guerras —en cantidad más considerable que los treinta años precedentes o los cuarenta posteriores— o fueron breves operaciones decididas por la superioridad tecnológica y organizada, como la mayoría de las campañas europeas de ultramar y los rápidos y decisivos combates por los que se estableció el imperio alemán entre 1864 y 1871, o matanzas absurdas que ni siquiera el patriotismo de los países beligerantes quiere explicar con agrado, como la guerra de Crimea de 1854-1856. La mayor de todas las guerras de este período, la guerra civil norteamericana, la ganó en última instancia el peso del poder económico y de los recursos superiores. El Sur perdedor tenía el mejor ejército y los mejores generales. Los ejemplos ocasionales de heroísmo romántico y pintoresco resaltaban por su misma rareza, como el caso de Garibaldi con sus cabellos sueltos y su camisa roja. Tampoco existía gran dramatismo en la política, donde los criterios de éxito habría de definirlos Walter Bagehot como la posesión de «opiniones comunes y habilidades extraordinarias». Era evidente que a Napoleón III le resultaba incómodo vestir la capa de su gran tío el primer Napoleón. Lincoln y Bismarck, a cuyas imágenes públicas han beneficiado las marcadas facciones de sus rostros y la belleza de su prosa, fueron indudablemente hombres sobresalientes, pero sus verdaderos triunfos los lograron por sus dotes de diplomáticos y políticos; lo mismo podría decirse de Cavour en Italia, quien, sin embargo, adoleció por completo de la falta de lo que ahora consideramos como carisma de aquéllos.

El drama más obvio de este período se hallaba en lo económico y lo tecnológico: el hierro, extendiéndose en millones de toneladas por todo el mundo, serpenteaba como rasles de ferrocarril a través de los continentes, los cables submarinos cruzaban el Atlántico, se construía el canal de Suez, las grandes ciudades como Chicago sacudían el suelo virgen del Medio Oeste norteamericano, se producía el enorme movimiento de emigrantes. Era el drama del poder europeo y norteamericano con el mundo a sus pies. No obstante, si exceptuamos la partida numéricamente pequeña de aventureros y pioneros, descubrimos que aquellos que explotaban a este mundo vencido eran hombres sobrios con trajes discretos, los cuales propagaban respetabilidad y un sentimiento de superioridad racial junto a las plantas de gases, las líneas de ferrocarril y los empréstitos.

Era el drama del *progreso*, palabra clave de la época: masiva, ilustradora, segura de sí misma, autosatisfecha, pero, sobre todo, inevitable. Casi nadie con poder e influencia, ni siquiera en el mundo occidental, confiaba ya en contenerlo. Sólo unos cuantos pensadores y quizá un número algo mayor de críticos intuitivos predijeron que su inevitable avance produciría un mundo muy distinto del que parecía iba a procurar: tal vez incluso su opuesto. Ninguno de ellos, ni siquiera el Marx que había vislumbrado la revolución social en 1848 y para una década después, esperaba un trastrueque inmediato. Por la década de 1860 las esperanzas de Marx eran inclusive a largo plazo.

El «drama del progreso» es una metáfora. Sin embargo, fue una realidad literal para dos tipos de gente. Significó, por ejemplo, un cataclismo para los millones de pobres que, transportados a un nuevo mundo, frecuentemente a través de fronteras y océanos, tuvieron que cambiar de vida. Para los miembros del mundo ajeno al capitalismo, a quienes éste tenía en sus manos y los zarandeaba, significó la posibilidad de elegir entre una resistencia resuelta de acuerdo con sus viejas tradiciones y modos de vida, y un proceso traumático de asir las armas de Occidente y hacer frente a los conquistadores; o dicho de otra manera, significó la posibilidad de comprender y manipular por sí mismos el «progreso». El mundo del tercer cuarto del siglo XIX estuvo formado por vencedores y víctimas. El drama no hay que buscarlo en el apuro de los primeros, sino lógicamente en el de los últimos.

El historiador no puede ser objetivo con respecto al período que escoge como tema. En esto difiere (con ventaja intelectual a su favor) de los ideólogos típicos que creen que el progreso de la tecnología, la «ciencia positiva» y la sociedad han posibilitado la visión de su presente con la incontestable imparcialidad del científico natural, cuyos métodos consideran (erróneamente) que entienden. El autor de este libro no puede ocultar un cierto disgusto, quizá un cierto desprecio, por la época que está tratando, si bien la admiración por sus titánicos logros materiales y el esfuerzo por comprender hasta lo que no agrada mitigan en parte estos sentimientos. Uno no comparte el nostálgico anhelo por la seguridad y la confianza en sí mismo del mundo burgués de mediados del siglo XIX que tienta a muchos de los que, un siglo

más tarde, miran hacia atrás desde un mundo occidental obsesionado con la crisis. Mis simpatías están con aquellos a quienes hace un siglo escucharon unos pocos. En cualquier caso tanto la seguridad como la confianza en sí mismos fueron una equivocación. El triunfo burgués fue breve e inestable. En el preciso momento en que pareció completo, se demostró que no era monolítico, sino que estaba lleno de fisuras. A principios de la década de 1870 la expansión económica y el liberalismo parecían ser irresistibles. Hacia finales de la década ya no se los consideraba así.

Este momento crítico señala el final de la era que trata este libro. Al revés de lo ocurrido con la revolución de 1848, que indica su punto de partida, ninguna fecha conveniente o universal señala tal coyuntura. Y si fuera necesario elegir una, ésta tendría que ser 1873, el equivalente victoriano del colapso de Wall Street en 1929. Porque entonces comenzó lo que un observador contemporáneo denominó como «el más curioso, y en muchos sentidos sin precedentes, desconcierto y depresión de los negocios, el comercio y la industria». Los contemporáneos llamaron a este estado la «Gran Depresión», y habitualmente se le da la fecha de 1873-1896.

Su peculiaridad más notable —escribía el mismo observador— ha sido su universalidad; ya que ha afectado a naciones implicadas en la guerra y también a las que han mantenido la paz; a aquellas que cuentan con una moneda estable ... y a aquellas que tienen una moneda inestable ...; a aquellas que viven con un sistema de libre intercambio de productos y a aquellas cuyos intercambios se encuentran más o menos limitados. Igual de penoso ha sido para viejas comunidades como Inglaterra y Alemania, que para Australia, Suráfrica y California, representantes del mundo nuevo; ha sido una tremenda calamidad, insoportable tanto para los habitantes de las estériles Terranova y Labrador, como para los de las soleadas, productivas y dulces islas de las Indias orientales y occidentales; y no ha enriquecido a aquellos que se hallan en los centros de los intercambios mundiales, cuyas ganancias son de ordinario mayores cuando los negocios fluctúan y varían más.¹

De este modo escribía un eminente norteamericano el mismo año que, bajo la inspiración de Karl Marx, se fundó la Internacional Socialista y del Trabajo. La Depresión iniciaba una nueva era, y por esa razón puede servir adecuadamente de fecha final de la vieja.

Primera parte

PRELUDIO REVOLUCIONARIO

1. «LA PRIMAVERA DE LOS PUEBLOS»

Lee por favor los periódicos con mucho cuidado; ahora merece la pena leerlos ... Esta revolución cambiará la hechura de la tierra —¡como tenía que ser!—. Vive la République!

El poeta GEORG WEERTH a su madre, 11 de marzo de 1848¹

Verdaderamente, si yo fuera más joven y rico de lo que por desgracia soy, emigraría hoy mismo a América. Y no por cobardía —ya que los tiempos pueden hacerme tan poco daño personal como ellos—, sino por el insuperable disgusto que siento ante la podredumbre moral que —usando la frase de Shakespeare— apesta hasta el alto cielo.

El poeta JOSEPH VON EICHENDORFF a un corresponsal,
1 de agosto de 1849²

I

A principios de 1848 el eminente pensador político francés Alexis de Tocqueville se levantó en la Cámara de Diputados para expresar sentimientos que compartían la mayor parte de los europeos: «Estamos durmiendo sobre un volcán ... ¿No se dan ustedes cuenta de que la tierra tiembla de nuevo? Sopla un viento revolucionario, y la tempestad se ve ya en el horizonte». Casi al mismo tiempo dos exiliados alemanes, Karl Marx y Friedrich Engels, de treinta y dos y veintiocho años de edad, respectivamente, se hallaban perfilando los principios de la revolución proletaria contra la que Tocqueville advertía a sus colegas. Unas semanas antes la Liga Comunista Alemana había instruido a aquellos dos hombres acerca del contenido del borrador que finalmente se publicó de modo anónimo en Londres el 24 de febrero de 1848 con el título (en alemán) de *Manifiesto del Partido Comunista*, y que «habría de publicarse en los idiomas inglés, francés, alemán, italiano, flamenco y danés».* A las pocas semanas, de hecho en el caso del *Manifiesto* a las pocas horas,

* En realidad, se tradujo también al polaco y al sueco en el transcurso de aquel mismo año, si bien hay que advertir que, fuera de los pequeños círculos de los revolucionarios alemanes, sus ecos políticos fueron insignificantes hasta que fue reimpresso a principios de la década de 1870.

las esperanzas y temores de los profetas parecían estar a punto de convertirse en realidad. La insurrección derrocó a la monarquía francesa, se proclamó la república y dio comienzo la revolución europea.

En la historia del mundo moderno se han dado muchas revoluciones mayores, y desde luego buen número de ellas con mucho más éxito. Sin embargo, ninguna se extendió con tanta rapidez y amplitud, pues ésta se propagó como un incendio a través de fronteras, países e incluso océanos. En Francia, centro natural y detonador de las revoluciones europeas (*La era de la revolución*, capítulo 6, pp. 126-127), la república se proclamó el 24 de febrero. El 2 de marzo la revolución había llegado al suroeste de Alemania, el 6 de marzo a Baviera, el 11 de marzo a Berlín, el 13 de marzo a Viena y casi inmediatamente a Hungría, el 18 de marzo a Milán y por tanto a Italia (donde una revuelta independiente se había apoderado ya de Sicilia). En aquel tiempo, el servicio informativo más rápido de que disponía un *grande* (el de la banca Rothschild) era incapaz de llevar las noticias de París a Viena en menos de cinco días. En cuestión de semanas, no se mantenía en pie ninguno de los gobiernos comprendidos en una zona de Europa ocupada hoy por el todo o parte de diez estados;* eso sin contar repercusiones menores en otros países. Por otro lado, la de 1848 fue la primera revolución potencialmente mundial cuya influencia directa puede detectarse en la insurrección de Pernambuco (Brasil) y unos cuantos años después en la remota Colombia. En cierto sentido, constituyó el paradigma de «revolución mundial» con la que a partir de entonces soñaron los rebeldes, y que en momentos raros, como, por ejemplo, en medio de los efectos de las grandes guerras, creían poder reconocer. De hecho, tales estallidos simultáneos de amplitud continental o mundial son extremadamente excepcionales. En Europa, la revolución de 1848 fue la única que afectó tanto a las regiones «desarrolladas» del continente como a las atrasadas. Fue a la vez la revolución más extendida y la de menos éxito. A los seis meses de su brote ya se predecía con seguridad su universal fracaso; a los dieciocho meses habían vuelto al poder todos menos uno de los regímenes derrocados; y la excepción (la República Francesa) se alejaba cuanto podía de la insurrección a la que debía la existencia.

Las revoluciones de 1848, pues, tienen una curiosa relación con el contenido de este libro. Porque debido a su acaecimiento y al temor de su reaparición, la historia europea de los siguientes veinte años habría de ser muy distinta. El año 1848 está muy lejos de ser «el punto final cuando Europa falló en el cambio». Lo que Europa dejó de hacer fue embarcarse en las sendas revolucionarias. Y como no lo hizo, el año de la revolución se sostiene por sí mismo; es una abertura pero no la ópera principal; es la entrada cuyo estilo arquitectónico no le permite a uno esperar el carácter de lo que descubriremos cuando penetremos en este estudio.

* Francia, Alemania occidental, Alemania Oriental, Austria, Italia, Checoslovaquia, Hungría, parte de Polonia, Yugoslavia y Rumanía. Los efectos políticos de la revolución pueden considerarse también igual de graves en Bélgica, Suiza y Dinamarca.

II

La revolución triunfó en todo el gran centro del continente europeo, aunque no en su periferia. Aquí debemos incluir a países demasiado alejados o demasiado aislados en su historia como para que les afectara directa o inmediatamente en algún sentido (por ejemplo, la península ibérica, Suecia y Grecia); o demasiado atrasados como para poseer la capa social políticamente explosiva de la zona revolucionaria (por ejemplo, Rusia y el imperio otomano); pero también a los únicos países ya industrializados cuyo juego político ya estaba en movimiento siguiendo normas más bien distintas, Gran Bretaña y Bélgica.* Por su parte, la zona revolucionaria, compuesta esencialmente por Francia, la Confederación Alemana, el imperio austríaco que se extendía hasta el sureste de Europa e Italia, era bastante heterogénea, ya que comprendía regiones tan atrasadas y diferentes como Calabria y Transilvania, tan desarrolladas como Renania y Sajonia, tan cultas como Prusia y tan incultas como Sicilia, tan lejanas entre sí como Kiel y Palermo, Perpiñán y Bucarest. La mayoría de estas regiones se hallaban gobernadas por lo que podemos denominar ásperamente como monarcas o príncipes absolutos, pero Francia se había convertido ya en reino constitucional y efectivamente burgués, y la única república significativa del continente, la Confederación Suiza, había iniciado el año de la revolución con una breve guerra civil ocurrida al final de 1847. En número de habitantes, los estados afectados por la revolución oscilaban entre los treinta millones de Francia y los pocos miles que vivían en los principados de opereta de Alemania central; en cuanto a estatus, iban desde los grandes poderes independientes del mundo hasta las provincias o satélites con gobierno extranjero; y en lo que se refiere a estructura, desde la centralizada y uniforme hasta la mezcla indeterminada.

Sobre todo, la historia —en su sentido de estructura social y económica— y la política dividieron la zona revolucionaria en dos partes cuyos extremos parecían tener muy poco en común. Su estructura social difería de modo fundamental, si bien con la excepción de la preponderancia sustancial y casi universal del hombre rural sobre el hombre de la ciudad, de los pueblos sobre las ciudades; un hecho que fácilmente se pasaba por alto, ya que la población urbana y en especial las grandes ciudades destacaban de forma desproporcionada en política.** En Occidente los campesinos eran legalmente libres y los grandes estados relativamente insignificantes. En muchas de las regiones orientales, en cambio, los labriegos seguían siendo siervos y los nobles terra-

* Tenemos asimismo el caso de Polonia, dividida desde 1796 entre Rusia, Austria y Prusia, que sin duda hubiera participado en la revolución de no haber sido porque sus gobernantes rusos y austríacos lograron con éxito movilizar al campesinado contra los revolucionarios. (Véase p. 28.)

** De los delegados al «preparlamento» alemán procedentes de Renania, cuarenta y cinco representaban a ciudades grandes, veinticuatro a pueblos pequeños y únicamente diez a la zona rural, en donde vivía el 73 por 100 de la población.³

tenientes tenían muy concentrada la posesión de las haciendas (véase el capítulo 10). En Occidente pertenecían a la «clase media» banqueros autóctonos, comerciantes, empresarios capitalistas, aquellos que practicaban las «profesiones liberales» y los funcionarios de rango superior (entre ellos los profesores), si bien algunos de estos individuos se creían miembros de una clase más elevada (*haute bourgeoisie*) dispuesta a competir con la nobleza hacendada, al menos en los gastos. En Oriente la clase urbana equivalente consistía sobre todo en grupos nacionales que nada tenían que ver con la población autóctona, como, por ejemplo, alemanes y judíos, y en cualquier caso era mucho más pequeña. El verdadero equivalente de la «clase media» era el sector educador y/o de mentalidad negociadora de los hacendados rurales y los nobles de menor categoría, una variedad, asombrosamente numerosa en determinadas áreas (véase *La era de la revolución*, pp. 24, 188-189). La zona central desde Prusia en el norte hasta la Italia septentrional y central en el sur, que en cierto sentido constituía el corazón del área revolucionaria, de diversas maneras era una combinación de las características de las regiones relativamente «desarrolladas» y atrasadas.

Políticamente, la zona revolucionaria era también heterogénea. Si exceptuamos a Francia, lo que se disputaba no era simplemente el contenido político y social de los estados, sino su forma o inclusive su existencia. Los alemanes se esforzaban por construir una «Alemania» —¿unitaria o federal?— partiendo de una asamblea de numerosos principados alemanes que variaban en extensión y carácter. De modo similar, los italianos trataban de convertir en una Italia unida lo que el canciller austríaco Metternich había descrito, despectiva pero no erróneamente, como «mera expresión geográfica». Ambos estados, con la habitual visión parcial de los nacionalistas, incluían en sus proyectos a pueblos que no eran ni se consideraban frecuentemente alemanes o italianos, como, por ejemplo, los checos. Alemanes, italianos y en realidad todos los movimientos nacionales implicados en la revolución, aparte del francés, chocaron contra el gran imperio multinacional de la dinastía de los Habsburgo que se extendía hasta Alemania e Italia, a la vez que comprendía a checos, húngaros y una porción sustancial de polacos, rumanos, yugoslavos y otros pueblos eslavos. Algunos de éstos, o al menos sus portavoces políticos, consideraron que el imperio era una solución con menos falta de atractivo que la absorción por parte de algunos nacionalismos expansivos como el de los alemanes o los magiares. «Si Austria no hubiera existido —se cree que dijo el profesor Palacky, representante checo—, hubiera sido necesario inventarla.» La política, pues, funcionó a través de la zona revolucionaria en diversas dimensiones simultáneas.

Se reconoce que los radicales defendían una solución simple: una república democrática, unitaria y centralizada en Alemania, Italia, Hungría o del país que fuera, formada de acuerdo con los probados principios de la Revolución francesa sobre las ruinas de todos los reyes y príncipes, y que impondría su versión tricolor que, según el ejemplo francés, era el modelo básico de la bandera nacional (véase *La era de la revolución*, p. 135). Por su parte, los

moderados se hallaban enredados en una batalla de cálculos complejos cuya base esencial era el temor de la democracia, a la que creían capaz de igualar la revolución social. Allí donde las masas no habían derrocado aún a los príncipes hubiera sido insensato alentarlas para que minaran el orden social, y en donde ya lo habían conseguido, hubiera sido deseable apartarlas o sacarlas de las calles y dismantelar las barricadas que eran los símbolos esenciales de 1848. Así que la cuestión consistía en a cuál de los príncipes, paralizados pero no depuestos por la revolución, se podría persuadir para que apoyara la buena causa. ¿Cómo podría lograrse exactamente una Alemania o Italia federal y liberal, con qué fórmula constitucional y bajo los auspicios de quién? ¿Podría contener al rey de Prusia y al emperador de Austria (como pensaban los moderados «alemanes superiores», a los que no hay que confundir con los demócratas radicales que por definición eran «grandes alemanes» de una especie distinta), o tendría que ser la «pequeña Alemania», excluyendo a Austria? Del mismo modo, los moderados del imperio de los Habsburgo practicaban el juego de inventar constituciones federales y plurinacionales, proyectos que únicamente cesaron cuando se desmoronó en 1918. Allí donde estallaba la acción revolucionaria o la guerra, no había mucho tiempo para la especulación constitucional. Donde no había tales brotes, como sucedía en la mayor parte de Alemania, la especulación contaba con amplio campo. Puesto que una gran proporción de liberales moderados de este país se componía de profesores y funcionarios civiles —el 68 por 100 de los representantes en la Asamblea de Frankfurt eran oficiales y el 12 por 100 pertenecían a las «profesiones libres—, a los debates de este parlamento de corta vida se les aplicó un epíteto que designaba la inteligencia fútil.

Las revoluciones de 1848, pues, requerían un detallado estudio por estados, pueblos y regiones, para el que no disponemos aquí de lugar. Digamos, no obstante, que tuvieron mucho en común, como, por ejemplo, que ocurrieron casi simultáneamente, que sus destinos se hallaban entrelazados y que todas ellas poseían un talante y estilo comunes, una curiosa atmósfera romántico-utópica y una retórica similar, para la que los franceses inventaron la palabra *quarante-huitard*. Cualquiera historiador lo reconoce inmediatamente: las barbas, las chalinas y los sombreros de ala ancha de los militantes, los tricolores, las ubicuas barricadas, el sentido inicial de liberación, de inmensa esperanza y de confusión optimista. Era «la primavera de los pueblos», y como tal estación, no perduró. Echemos ahora una breve ojeada a sus características comunes.

En primer término todas ellas prosperaron y se debilitaron rápidamente, y en la mayoría de los casos de manera total. Durante los primeros meses fueron barridos o reducidos a la impotencia todos los gobiernos de la zona revolucionaria. Virtualmente, todos se desplomaron o se retiraron sin oponer resistencia. Sin embargo, al cabo de un período relativamente corto la revolución había perdido la iniciativa casi en todas partes: en Francia, a finales de abril; en el resto de la Europa revolucionaria, durante el verano, aunque el movimiento conservó cierta capacidad de contraataque en Viena, Hungría e Italia. En Francia el primer signo de resurgimiento conservador fueron las elecciones de abril,

en las que el sufragio universal, si bien eligió únicamente a una minoría de monárquicos, envió a París una gran mayoría de conservadores votados por un campesinado que, más que reaccionario, era políticamente inexperto, y al que la izquierda de mentalidad puramente urbana no sabía aún cómo atraer. (De hecho, en 1849 ya habían surgido las regiones «republicanas» e izquierdistas de la Francia rural familiares a los estudiantes de la posterior política francesa, y es aquí —por ejemplo, en Provenza— donde encontramos en 1851 la más encarnizada resistencia a la abolición de la república.) El segundo signo fue el aislamiento y la derrota de los obreros revolucionarios en París, vencidos en la insurrección de junio (véase p. 29).

En la Europa central el momento decisivo se produjo cuando el ejército de los Habsburgo, con más libertad de maniobra debido a la huida del emperador en mayo, tuvo ocasión de reagruparse para derrotar en junio una insurrección radical ocurrida en Praga, no sin el apoyo de la moderada clase media checa y alemana; así reconquistó las tierras de Bohemia, el corazón económico del imperio, mientras que poco después volvía a obtener el control del norte de Italia. Por su parte la intervención rusa y turca dominaba una revolución tardía y de corta vida acaecida en los principados del Danubio.

Entre el verano y el final del año los viejos regímenes recuperaron el poder en Alemania y Austria, si bien se hizo necesario recurrir a la fuerza de las armas para reconquistar en octubre la cada vez más revolucionaria ciudad de Viena, al precio de unas cuatro mil vidas. Después de esto el rey de Prusia reunió el valor suficiente para restablecer su autoridad sobre los rebeldes berlineses sin dificultades, y el resto de Alemania (con la excepción de cierta resistencia en el suroeste) siguió el mismo camino, dejando que, en tanto aguardaban el momento de su disolución, prosiguieran sus discusiones el parlamento alemán, o más bien la asamblea constitucional elegida en los esperanzadores días de primavera, y las otras asambleas prusianas más radicales. En el invierno sólo dos regiones seguían todavía en manos de la revolución: algunas zonas de Italia y Hungría. Después de un reavivamiento más modesto de acción revolucionaria ocurrido en la primavera de 1849, hacia mediados de aquel mismo año fueron también reconquistadas.

Después de la capitulación de húngaros y venecianos acaecida en agosto de 1849, murió la revolución. Con la única excepción de Francia, todos los antiguos gobiernos habían recuperado el poder —en algunos casos, como en el del imperio de los Habsburgo, con mayor autoridad que nunca—, y los revolucionarios se desperdigaron en los exilios. De nuevo con la salvedad de Francia, virtualmente todos los cambios institucionales, todos los sueños políticos y sociales de la primavera de 1848 desaparecieron pronto, e inclusive en Francia la república contó solamente con otros dos años y medio de vida. No obstante, hubo un grande y único cambio irreversible: la abolición de la servidumbre en el imperio de los Habsburgo.* Con la excepción de este úni-

* Hablando en términos generales, la abolición de la servidumbre y de los derechos señoriales sobre los campesinos en el resto de la Europa occidental y central (incluida Prusia) se

co logro, si bien reconocidamente importante, 1848 aparece como la única revolución de la historia moderna de Europa que combina la mayor promesa, la más amplia meta y el éxito inicial más inmediato, con el más rápido y completo fracaso. En cierto sentido recuerda a aquel otro fenómeno masivo de la década de 1840, el movimiento cartista en Gran Bretaña. Finalmente se consiguieron sus objetivos específicos, pero no por la revolución o en un contexto revolucionario. Tampoco desaparecieron sus aspiraciones más amplias, pero los movimientos que las iban a adoptar y a llevarlas adelante serían totalmente distintos de los de 1848. No es accidental que el documento de aquel año que ha tenido el efecto más duradero y significativo sobre la historia del mundo fuese el *Manifiesto comunista*.

Todas las revoluciones tuvieron algo más en común, que en gran parte fue la causa de su fracaso. De hecho, o como inmediata anticipación, fueron revoluciones sociales de los trabajadores pobres. Por eso a los liberales moderados a quienes habían empujado al poder y la hegemonía, e inclusive a algunos de los políticos más radicales, les asustó por lo menos tanto como a los partidarios de los antiguos regímenes. Unos años antes (en 1846) el conde Cavour del Piamonte, futuro arquitecto de la Italia unida, había puesto el dedo en esta llaga:

Si se viera de verdad amenazado el orden social, si corrieran un grave riesgo los grandes principios sobre los que ese orden descansa; entonces muchos de los más decididos opositores, de los republicanos más entusiastas, estamos convencidos de que serían los primeros en incorporarse a las filas del partido conservador.⁴

Por tanto, quienes hicieron la revolución fueron incuestionablemente los trabajadores pobres. Fueron ellos quienes murieron en las barricadas urbanas: en Berlín se contabilizaron sólo unos 15 representantes de las clases educadas y alrededor de 30 maestros artesanos entre las 300 víctimas de las luchas de marzo; en Milán se encuentran únicamente 12 estudiantes, oficinistas o hacendados entre los 350 muertos de la insurrección.⁵ Era su hambre lo que potenciaba las demostraciones que se convertían en revoluciones. La zona rural de las regiones occidentales de la revolución se hallaba relativamente en calma, aunque el suroeste de Alemania observó mucha más insurrección de campesinos que lo que se recordaba comúnmente. Sin embargo, por todas partes el temor a la revuelta agraria era lo suficientemente agudo como para situarse en su realidad, si bien nadie necesitaba utilizar mucha imaginación en zonas semejantes al sur de Italia, donde los labriegos de cualquier lugar organizaban espontáneamente marchas con banderas y tambores para dividir los grandes estados. Pero el miedo solo bastó para concentrar de forma

había producido en el período revolucionario francés y napoleónico (1789-1815), si bien algunos restos de dependencia en Alemania se abolieron en 1848. La servidumbre en Rusia y Rumania duró hasta la década de 1860 (véase el capítulo 10).

prodigiosa las mentes de los terratenientes. Asustados por falsos rumores respecto a una gran insurrección de siervos al mando del poeta S. Petöfi (1823-1849), la dieta húngara —una opresiva asamblea de hacendados— votó la inmediata abolición de la servidumbre el 15 de marzo, pero sólo unos días antes el gobierno imperial, que pretendía aislar a los revolucionarios partiendo de una base agraria, decretó la inmediata abolición de la servidumbre en Galitzia, la abolición de los trabajos forzados y de otras obligaciones feudales en tierras checas. No cabía duda del peligro que corría el «orden social».

Dicho peligro no era exactamente igual en todas partes. Ocurría a veces que algunos gobiernos conservadores sobornaban a los campesinos, especialmente cuando sus señores o los comerciantes y prestamistas que los explotaban pertenecían a nacionalidades no tan «revolucionarias» como la polaca, la húngara o la alemana. Es improbable que a las clases medias alemanas, entre ellas los confiados negociantes que prosperaban en Renania, les preocupara terriblemente cualquier posibilidad inmediata de comunismo proletario, o inclusive el poder proletario, que apenas tuvo consecuencias, salvo en Colonia (donde Marx instaló su cuartel general) y en Berlín, donde un impresor comunista, Stefan Born, organizó un movimiento obrero importante. No obstante, al igual que las clases medias europeas de la década de 1840 creyeron reconocer el carácter de sus futuros problemas sociales en la lluvia y el humo de Lancashire, también creyeron reconocer otra concepción del futuro detrás de las barricadas de París, esas grandes iniciadoras y exportadoras de revoluciones. Por otro lado, la revolución de febrero no sólo la hizo «el proletariado», sino que la concibió como consciente revolución social. Su objetivo no era simplemente cualquier república, sino la «república democrática y social». Sus dirigentes eran socialistas y comunistas. Su gobierno provisional incluyó además a un obrero de verdad, un mecánico conocido con el nombre de Albert. Durante unos días existieron dudas respecto a si la bandera debería ser la tricolor o la roja de la revuelta social.

Salvo en los lugares en donde se litigaban cuestiones de autonomía o independencia nacional, la moderada oposición de la década de 1840 ni había querido ni había procurado seriamente la revolución, e inclusive en lo concerniente a la cuestión nacional los moderados habían preferido la negociación y la diplomacia a la confrontación. Sin duda que hubieran preferido más, pero se hallaban totalmente dispuestos a permitir concesiones que, se argumentaba de modo razonable, todos menos los más estúpidos y autoconfiados de los absolutismos, como, por ejemplo, el del zar, se verían forzados antes o después a otorgar; o a aceptar los cambios internacionales que, más pronto o más tarde, hasta la oligarquía de los «grandes poderes» que decidía en tales asuntos tendría que admitir. Empujados a la revolución por las fuerzas de los pobres y/o el ejemplo de París, intentaron lógicamente sacar el máximo provecho a una situación que de manera inesperada los favorecía. Con todo, al final, y muchas veces desde el principio, les preocupaba muchísimo más el peligro que les podía venir por su izquierda que el de los viejos regímenes.

Desde el instante en que se levantaron las barricadas en París, todos los liberales moderados (y, como observó Cavour, una considerable proporción de radicales) fueron conservadores potenciales. A medida que la opinión moderada cambiaba más o menos rápidamente de bandos o se retiraba, los trabajadores, los intransigentes de los radicales democráticos, quedaban aislados o, lo que era mucho peor, frente a una unión de los viejos regímenes con fuerzas conservadoras y anteriormente moderadas: un «partido del orden», como lo llamaban los franceses. El año 1848 fracasó porque resultó que la confrontación decisiva no fue entre los viejos regímenes y las unidas «fuerzas del progreso», sino entre el «orden» y la «revolución social». La confrontación crucial no fue la de París en febrero, sino la de París en junio, cuando los trabajadores, manipulados para que pareciera una insurrección aparte, fueron derrotados y asesinados en masa. Lucharon y murieron cruentamente. Alrededor de 1.500 cayeron en las luchas callejeras; los dos tercios de dicha cantidad pertenecían al bando gubernamental. La ferocidad del odio de los ricos hacia los pobres queda reflejado en el hecho de que después de la derrota fueron asesinados unos 3.000 más, en tanto que eran detenidos 12.000 para ser deportados casi todos a los campos de concentración argelinos.**

Por consiguiente, la revolución sólo mantuvo su ímpetu allá donde los radicales eran lo bastante fuertes y se hallaban lo suficientemente vinculados al movimiento popular como para arrastrar consigo a los moderados o no necesitar a éstos. Esta situación era más probable que se diera en países en los que el problema crucial fuese la liberación nacional, un objetivo que requería la continua movilización de las masas. Esta es la causa de que la revolución durara más tiempo en Italia y sobre todo en Hungría.**

Los moderados italianos reunidos en torno del rey antiaustriaco del Piamonte, a quienes después de la insurrección de Milán se les incorporaron los principados menores con considerables reservas mentales, se hicieron cargo de la lucha contra el opresor, al mismo tiempo que seguían muy pendientes de los republicanos y la revolución social. Sin embargo, debido a la debilidad militar de los estados italianos, a las vacilaciones del Piamonte y, posiblemente sobre todo, a su negativa a pedir ayuda a los franceses (quienes, casi con seguridad, hubieran reforzado la causa republicana), fueron enérgicamente derrotados por el reagrupado ejército austriaco en Custoza, en el mes de julio. (Debemos anotar aquí de pasada que el gran republicano G. Mazzini,

* La revolución de febrero en París había costado unas 360 vidas.

** En Francia no estaba en litigio la unidad y la independencia nacionales. El nacionalismo alemán se hallaba preocupado por la unificación de numerosos estados separados, pero el obstáculo no era la dominación extranjera, sino —aparte de intereses particulares— la actitud de dos grandes poderes que se consideraban a sí mismos alemanes, Prusia y Austria. Las aspiraciones nacionales eslavas tropezaron en primer término con las de las naciones «revolucionarias» como Alemania y Hungría y por lo mismo fueron silenciadas, eso incluso en los casos en que no apoyaron a la contrarrevolución. Hasta la izquierda checa consideró que el imperio de los Habsburgo era una protección contra la absorción en una Alemania nacional. Los polacos, por su parte, no intervinieron demasiado en esta revolución.

1805-1872, con su infalible instinto para lo políticamente fútil, se opuso a recurrir a los franceses.) La derrota desacreditó a los moderados y la jefatura de la liberación nacional pasó a los radicales, quienes consiguieron el poder en varios estados italianos durante el otoño para finalmente establecer de verdad una república romana a principios de 1849, lo que proporcionó amplia oportunidad a la retórica de Mazzini. (Venecia, que al mando del sensato abogado Daniele Manin, 1804-1857, se había transformado ya en república independiente, se mantuvo al margen del problema hasta que los austríacos la reconquistaron inevitablemente hacia finales de agosto de 1849, más tarde incluso que a Hungría.) Los radicales no eran enemigo militar para Austria; cuando lograron que el Piamonte declarara otra vez la guerra en 1849, los austríacos conquistaron fácilmente Novara en marzo. Además, aunque se hallaban más decididos a expulsar a Austria y a unificar Italia, por lo general compartían el miedo de los moderados a la revolución social. Inclusive Mazzini, que con todo su celo de hombre de mando prefería limitar sus intereses a las cuestiones espirituales, detestaba el socialismo y se oponía a todo lo que pusiera trabas a la propiedad privada. Después de su fracaso inicial, por tanto, la revolución italiana vivió con tiempo prestado. Irónicamente, entre los que la reprimieron se hallaban los ejércitos de una Francia por entonces ya no revolucionaria, que reconquistó Roma a principios de junio. La expedición romana fue el intento francés de reafirmar su influencia diplomática en la península frente a Austria. Además, contó con la ventaja incidental de ser popular entre los católicos, en cuyo apoyo confiaba el régimen posrevolucionario.

Al contrario de Italia, Hungría era ya una entidad política más o menos unificada («las tierras de la corona de san Esteban»), con una constitución efectiva, un grado de autonomía considerable y muchos de los elementos de un estado soberano a excepción de la independencia. Su debilidad consistía en que la aristocracia magiar que administraba esta vasta región agraria, no sólo gobernaba al campesinado de la gran llanura, sino a una población cuyo 60 por 100 aproximadamente constaba de croatas, serbios, eslovacos, rumanos y ucranianos, aparte de una minoría alemana sustancial. A estos pueblos no les desagradaba una revolución que liberaba de la servidumbre, pero la negativa de la mayoría de los radicales de Budapest a hacer concesiones a su diferencia nacional de los magiares les convirtió en enemigos, ya que sus portavoces políticos estaban hartos de la feroz política que se seguía contra ellos para transformarlos en magiares y de la incorporación a un estado magiar, centralizado y unitario, de regiones fronterizas que hasta entonces habían sido autónomas. La corte de Viena, que secundaba la máxima imperialista de «divide y gobierna», les ofreció ayuda. Pero sería un ejército croata al mando del barón Jelačić, amigo de Gaj, el pionero del nacionalismo yugoslavo, el que guiara el asalto contra la revolucionaria Viena y la revolucionaria Hungría.

No obstante, dentro de aproximadamente la actual Hungría, la revolución contó con el apoyo masivo del pueblo (magiar), tanto por razones nacionales

como sociales. Los campesinos consideraron que no había sido el emperador quien les había dado la libertad, sino la revolucionaria dieta húngara. Este fue el único lugar de Europa en el que, a la derrota de la revolución, le siguió una especie de guerrilla rural que mantuvo durante varios años el famoso bandido Sandor Rószsa. Cuando estalló la revolución, la Dieta, que consistía en una cámara alta de magnates comprometidos o moderados y en una cámara baja dominada por nobles y juristas radicales de la zona rural, no tenía más que intercambiar propuestas de actuación. Y lo hizo de buena gana bajo la dirección de Lajos Kossuth (1802-1894), capaz abogado, periodista y orador, que se iba a convertir en la figura revolucionaria de 1848 más conocida internacionalmente. Hungría, a la que gobernaba una coalición moderada-radical autorizada de mala gana por Viena, fue a efectos prácticos un autónomo estado reformado, al menos hasta que los Habsburgo pudieran reconquistarla. Después de la batalla de Custozza creyeron que ya estaba en sus manos, y con la cancelación de las leyes de reforma húngaras de marzo y la invasión del país consiguieron que los húngaros afrontaran la disyuntiva de la capitulación o la radicalización. Consecuentemente, en abril de 1849 Hungría al mando de Kossuth quemó sus naves con el derrocamiento del emperador (si bien no se proclamó formalmente la república). El apoyo popular y el generalato de Görgei permitieron a los húngaros hacer algo más que resistir frente al ejército austriaco. Y sólo fueron derrotados cuando Viena, desesperada, recurrió a la última arma de la reacción: las fuerzas rusas. La intervención de éstas resultó decisiva. El 13 de agosto se rindió lo que quedaba del ejército húngaro, pero no a los austríacos, sino al comandante ruso. Entre las revoluciones de 1848, la húngara fue la única que no sucumbió o pareció sucumbir debido a debilidades y conflictos internos; la causa de su caída fue la derrota ante un ejército muy superior. Hay que reconocer desde luego que, después del fracaso de todas las demás, sus posibilidades de evitar tal derrota eran nulas.

Aparte de esta *débaçle* general, ¿existía alguna otra alternativa? Casi seguro que no. Como hemos visto, de los principales grupos sociales implicados en la revolución, la burguesía, cuando había por medio una amenaza a la propiedad, prefería el orden a la oportunidad de llevar a cabo todo su programa. Enfrentados a la revolución «roja», los liberales moderados y los conservadores se unían. Los «notables» de Francia, o sea, las familias respetables, influyentes y ricas que administraban los asuntos políticos del país, abandonaron sus anteriores rencillas para apoyar a los Borbones, a los Orleans, o inclusive a una república, y adquirieron conciencia de clase nacional a través de un nuevo «partido del orden». Las figuras clave de la restaurada monarquía de los Habsburgo serían el ministro del Interior, Alexander Bach (1806-1867), anterior liberal moderado de la oposición, y el magnate comercial y naviero K. von Bruck (1798-1860), personaje sobresaliente en el próspero puerto de Trieste. Los banqueros y empresarios de Renania que favorecían el liberalismo burgués prusiano hubieran preferido una monarquía constitucional limitada, pero se instalaron cómodamente en

su condición de pilares de una Prusia restaurada que evitaba a toda costa el sufragio democrático. Por su parte, los regímenes conservadores restaurados se hallaban muy dispuestos a hacer concesiones al liberalismo económico, legal e incluso cultural de los hombres de negocios, en tanto en cuanto no implicara ningún retroceso político. Como veremos más adelante, en términos económicos la reaccionaria década de 1850 iba a ser un período de liberalización sistemática. En 1848-1849, pues, los liberales moderados hicieron dos importantes descubrimientos en la Europa occidental: que la revolución era peligrosa y que algunas de sus demandas sustanciales (especialmente las económicas) podían satisfacerse sin ella. La burguesía dejaba de ser una fuerza revolucionaria.

El gran conjunto de las clases medias bajas radicales, artesanos descontentos, pequeños tenderos, etc., e incluso agricultores, cuyos portavoces y dirigentes eran intelectuales, en su mayoría jóvenes y marginales, constituían una significativa fuerza revolucionaria pero raramente una alternativa política. Por lo general, se hallaban en la izquierda democrática. La izquierda alemana exigía nuevas elecciones porque su radicalismo se mostró muy fuerte en muchas provincias a finales de 1848 y principios de 1849, si bien carecía por entonces de la atención de las grandes ciudades, a las que había reconquistado la reacción. En Francia los demócratas radicales obtuvieron 2 millones de votos en 1849, frente a los 3 millones de los monárquicos y los 800.000 de los moderados. Los intelectuales producían sus activistas, aunque quizás fuera únicamente en Viena donde la «legión académica» de estudiantes formó verdaderas tropas de combate. Es erróneo denominar a 1848 la «revolución de los intelectuales». Porque entonces no sobresalieron éstos más que en la mayoría de las otras revoluciones que ocurrieron en países relativamente atrasados en los que el grueso de la clase media se componía de personas caracterizadas por la instrucción y el dominio de la palabra escrita: graduados de todos los tipos, periodistas, maestros, funcionarios. Sin embargo, no hay duda de la importancia de los intelectuales: poetas como Petöfi en Hungría; Herwegh y Freiligrath en Alemania (fue miembro del consejo editorial que publicó la obra de Marx titulada *Neue Rheinische Zeitung*); Victor Hugo y el consecuente moderado Lamartine en Francia; numerosos académicos (principalmente del bando moderado) en Alemania;* médicos como C. G. Jacoby (1804-1851) en Prusia; Adolf Fischhof (1816-1893) en Austria; científicos como F. V. Raspail (1794-1878) en Francia, y una gran cantidad de periodistas y publicistas de los que el más famoso era por aquel tiempo Kossuth y el más formidable sería Marx.

Individualmente, tales personas podían desempeñar una función decisiva; en cambio, no era posible decir lo mismo considerados como miembros de una clase social específica o como portavoces de la pequeña burguesía radical. Puede calificarse de genuino el radicalismo de los «pequeños hombres»

expresado en la demanda de «un estado de constitución democrática, fuera constitucional o republicano, recibiendo ellos y sus aliados los campesinos una mayoría, a la vez que el gobierno local democrático que les permitiera controlar la propiedad municipal y una serie de funciones que entonces desempeñaban los burócratas»,⁷ si bien la crisis secular, por un lado, que amenazaba la tradicional forma de vida de los maestros artesanos y de sus semejantes, y la depresión económica temporal, por otro, le proporcionaban un especial carácter de amargura. El radicalismo de los intelectuales tenía raíces menos profundas. Como se vio temporalmente, se basaba sobre todo en la incapacidad de la nueva sociedad burguesa de antes de 1848 para proporcionar suficientes cargos de adecuado estatus a los instruidos que producía en promociones sin precedentes y cuyos beneficios eran mucho más modestos que sus ambiciones. ¿Qué les sucedió a todos aquellos estudiantes radicales de 1848 en las prósperas décadas de 1850 y 1860? Pues que establecieron la tan familiar y aceptadísima norma biográfica en el continente europeo; por lo cual puede decirse que los jóvenes burgueses dieron rienda suelta a sus excesos políticos y sexuales durante la juventud, antes de «sentar la cabeza». Y hubo numerosas posibilidades para sentar la cabeza, especialmente cuando la retirada de la vieja nobleza y la diversión de hacer dinero por parte de la negociante izquierda burguesa aumentaron las oportunidades de aquellos cuyas aptitudes eran primariamente escolásticas. En 1842 el 10 por 100 de los profesores de liceos franceses procedían aún de los «notables»; en cambio, en 1877 ya no había ninguno de éstos. En 1868 Francia apenas producía más titulados de enseñanza media (*bacheliers*) que en la década de 1830, pero muchos de ellos tenían acceso entonces a los bancos, el comercio, el periodismo de éxito y, después de 1870, la política profesional.⁸

Por otra parte, cuando se enfrentaban con la revolución roja, hasta los radicales más bien democráticos tendían a refugiarse en la retórica, divididos por su genuina simpatía hacia «el pueblo» y por su sentido de la propiedad y el dinero. Al contrario de la burguesía liberal, ellos no cambiaban de bando. Simplemente vacilaban, aunque nunca se acercaban demasiado a la derecha.

En cuanto a los pobres de la clase obrera, carecían de organización, de madurez, de dirigentes y, posiblemente, sobre todo de coyuntura histórica para proporcionar una alternativa política. Aunque lo suficientemente poderosa como para lograr que la contingencia de revolución social pareciera real y amenazadora, era demasiado débil para conseguir otra cosa aparte de asustar a sus enemigos. Concentrados los obreros en masas hambrientas en los sitios políticamente más sensibles, como, por ejemplo, las grandes ciudades y sobre todo la capital, sus fuerzas eran desproporcionadamente efectivas. Sin embargo, estas situaciones ocultaban algunas debilidades sustanciales: en primer lugar, su deficiencia numérica, pues no siempre eran siquiera mayoría en las ciudades que, por lo general, incluían únicamente una modesta minoría de la población, y en segundo lugar, su inmadurez política e ideológica. Entre ellos el grupo activista más políticamente consciente eran los artesanos preindustriales, enten-

* Aunque sospechosos para los gobernantes, los maestros franceses habían permanecido quietos durante la monarquía de julio y daban la sensación de adherirse al «orden» en 1848.

diendo el término en el sentido contemporáneo británico que lo aplicaba a los oficiales de los distintos ramos, los artífices, los especialistas manuales de talleres no mecanizados, etc. Introducidos en la revolución social e inclusive en las ideologías socialistas y comunistas de la Francia jacobina y *sans-culotte*, sus objetivos en calidad de masa eran mucho más modestos en Alemania, como descubriría en Berlín el impresor comunista Stefan Born. Los pobres y los peones en las ciudades y, fuera de Gran Bretaña, el proletariado industrial y minero como un todo, apenas contaban todavía con alguna ideología política desarrollada. En la zona industrial del norte de Francia hasta el republicanismo realizó escasos progresos antes del final de la Segunda República. El año 1848 fue testigo de cómo Lille y Roubaix se preocupaban exclusivamente de sus problemas económicos y dirigían sus manifestaciones, no contra reyes o burgueses, sino contra los aún más hambrientos obreros inmigrantes de Bélgica.

Allá donde los plebeyos urbanos, o más raramente los nuevos proletarios, entraban dentro de la órbita de la ideología jacobina, socialista, democrática republicana o, como en Viena, de los estudiantes activistas, se convertían en una fuerza política, al menos como manifestantes. (Su participación en las elecciones era todavía escasa e impredecible, al contrario de los explotados obreros de las empobrecidas regionales rurales, quienes, como en Sajonia o en Gran Bretaña, se hallaban muy radicalizados.) Paradójicamente, fuera de París esta situación era rara en la Francia jacobina, mientras que en Alemania la Liga Comunista de Marx proporcionaba los elementos de una red nacional para la extrema izquierda. Fuera de este radio de influencia, la clase obrera era políticamente insignificante.

Desde luego que no debemos subestimar el potencial de una fuerza social como el «proletariado» de 1848, a pesar de su juventud e inmadurez y de que apenas tenía conciencia aún de clase. En cierto sentido su potencial revolucionario era mayor de lo que sería posteriormente. La generación de hierro del pauperismo y de la crisis antes de 1848 había alentado en unos pocos la creencia de que el capitalismo podía depararles condiciones decentes de vida, y que incluso dicho capitalismo perduraría. La misma juventud y debilidad de la clase trabajadora, todavía surgiendo de entre la masa de los obreros pobres, los patronos independientes y los pequeños tenderos impedían que, aparte de los más ignorantes y aislados, concentraran exclusivamente sus exigencias en las mejoras económicas. Las demandas políticas sin las cuales no se lleva a cabo ninguna revolución, ni siquiera la más puramente social, se hallaban incorporadas a la situación. El objetivo popular de 1848, la «república democrática y social», era tanto social como política. Por lo menos en Francia, la experiencia de la clase obrera introdujo en ella elementos institucionales originales basados en la práctica del sindicato y la acción cooperativa, si bien no creó elementos tan insólitos y poderosos como los *soviets* de la Rusia de principios del siglo XX.

Por otra parte, la organización, la ideología y el mando se encontraban en un triste subdesarrollo. Hasta la forma más elemental, el sindicato, se hallaba limitado a grupos con unos pocos centenares de miembros, o como mucho,

con unos cuantos miles. Con bastante frecuencia incluso, los gremios de los hábiles pioneros del sindicalismo aparecieron por primera vez durante la revolución: los impresores en Alemania, los sombrereros en Francia. Los socialistas y los comunistas organizados contaban con un número más exiguo todavía: unas cuantas docenas, o como mucho unos pocos centenares. Sin embargo, 1848 fue la primera revolución en la que los socialistas o, más probablemente, los comunistas —porque el socialismo previo a 1848 fue un movimiento muy apolítico dedicado a la creación de utópicas cooperativas— se colocaron a la vanguardia desde el principio. No sólo fue el año de Kossuth, A. Ledru-Rollin (1807-1874) y Mazzini, sino de Karl Marx (1818-1883), Louis Blanc (1811-1882) y L. A. Blanqui (1805-1881) —el austero rebelde que únicamente salía de la cárcel cuando lo liberaban por poco tiempo las revoluciones—, de Bakunin, incluso de Proudhon. Pero ¿qué significaba el socialismo para sus seguidores, aparte de dar nombre a una clase obrera consciente de sí misma y con aspiraciones propias de una sociedad diferente del capitalismo y basada en el derrocamiento de éste? Ni siquiera su enemigo estaba claramente definido. Se hablaba muchísimo de la «clase obrera» e inclusive del «proletariado», pero en el curso de la revolución no se mencionó para nada al «capitalismo».

Verdaderamente, ¿cuáles eran las perspectivas políticas de una clase trabajadora socialista? Ni Karl Marx creía que la revolución proletaria fuese una cuestión a tener en cuenta. Hasta en Francia «el París proletario era todavía incapaz de ir más allá de la república burguesa aparte de en ideas, en imaginación». «Sus necesidades inmediatas y admitidas no lo condujeron a desear la consecuencia del derrocamiento de la burguesía, por la fuerza, ni tampoco contaba con el poderío suficiente para esta tarea.» Lo más que pudo lograrse fue una república burguesa que puso de manifiesto la verdadera naturaleza de la lucha futura que existiría entre la burguesía y el proletariado, y uniría, a su vez, al resto de la clase media con los trabajadores «a medida que su posición fuera más insostenible y su antagonismo con la burguesía se hiciera más agudo». En primer lugar fue una república democrática, en segundo lugar la transición desde una burguesía incompleta a una revolución popular proletaria y, por último, una dictadura proletaria o, en palabras que posiblemente tomara Marx de Blanqui y que reflejan la intimidad temporal de los dos grandes revolucionarios en el transcurso de los efectos inmediatos de 1848, «la revolución permanente». Pero, al revés de Lenin en 1917, a Marx no se le ocurrió sustituir la revolución burguesa por la revolución proletaria hasta después de la derrota de 1848; y, aun cuando entonces formuló una perspectiva comparable a la de Lenin (comprendió «el respaldo a la revolución con una nueva edición de la guerra de los campesinos», según dijo Engels), no mantuvo tal actitud durante mucho tiempo. En la Europa occidental y central no iba a haber una segunda edición de 1848. Como él mismo reconoció en seguida, la clase trabajadora tendría que seguir un camino distinto.

Por consiguiente, las revoluciones de 1848 surgieron y rompieron como grandes olas, y detrás suyo dejaron poco más que el mito y la promesa. «De-

bieran haber sido» revoluciones burguesas, pero la burguesía se apartó de ellas. Podían haberse reforzado mutuamente bajo la dirección de Francia, impidiendo o posponiendo la restauración de los antiguos gobiernos y manteniendo acorralado al zar ruso. Pero la burguesía francesa prefirió la estabilidad social en la patria a los premios y peligros de ser una vez más *la grande nation*, y por razones análogas, los dirigentes moderados de la revolución dudaron en pedir la intervención francesa. Ninguna otra fuerza social fue lo bastante fuerte para darles coherencia e ímpetu, salvo en los casos especiales en los que la lucha era por la independencia nacional y contra un poder políticamente dominador; pero inclusive en estas ocasiones también fallaron, puesto que las luchas nacionales se producían aisladamente y en todos los casos su debilidad les impidió contener la fuerza militar de los antiguos regímenes. Las grandes y características figuras de 1848 desempeñaron su papel de héroes sobre el escenario europeo durante unos cuantos meses hasta que desaparecieron para siempre, si bien con la única excepción de Garibaldi, quien doce años más tarde vivió un momento aún más glorioso. Aunque se les premió al final con un lugar seguro en sus panteones nacionales, Kossuth y Mazzini pasaron mucho tiempo de sus vidas en el exilio, sin poder contribuir directamente gran cosa a la obtención de la autonomía o unificación de sus países. Ledru-Rollin y Raspail no volvieron a conocer otra ocasión de celebridad como la de la Segunda República, y los elocuentes profesores del parlamento de Frankfurt se retiraron a sus estudios y auditorios. De los grandes planes y gobiernos rivales que idearon los apasionados exiliados en la neblinosa Londres durante la década de 1850, nada sobrevivió sino la obra de los más aislados y menos típicos: Marx y Engels.

Y, sin embargo, 1848 no fue meramente un breve episodio histórico sin consecuencias. Porque si bien es verdad que los cambios que logró no fueron los deseados por los revolucionarios, ni tampoco podían definirse fácilmente en términos de regímenes, leyes e instituciones políticas, se hicieron, no obstante, en profundidad. Al menos en la Europa occidental, 1848 señaló el final de la política tradicional, de la creencia en los patriarcales derechos y deberes de los poderosos social y económicamente, de las monarquías que pensaban que sus pueblos (salvo los revoltosos de la clase media) aceptaban, e incluso aprobaban, el gobierno de las dinastías por derecho divino para presidir las sociedades ordenadas por jerarquías. Como irónicamente escribió el poeta Grillparzer, que no tenía nada de revolucionario, acerca de, seguramente, Metternich:

Aquí yace, olvidada toda la celebridad del famoso don Quijote legítimo quien, al trocar la verdad y los hechos, se consideró sabio y acabó creyéndose sus propias mentiras; un viejo tonto, que de joven había sido bribón: ya era incapaz de reconocer la verdad.¹⁰

En lo sucesivo las fuerzas del conservadurismo, del privilegio y de la opulencia tendrían que defenderse de otra manera. En la gran primavera de 1848 hasta los oscuros e ignorantes campesinos del sur de Italia dejaron de apoyar al absolutismo, actitud que venían manteniendo desde cincuenta años atrás. Cuando fueron a ocupar la tierra, casi ninguno manifestó hostilidad hacia «la constitución».

Los defensores del orden social tuvieron que aprender la política del pueblo. Esta fue la mayor innovación que produjeron las revoluciones de 1848. Incluso los prusianos más intolerantes y archirreaccionarios descubrieron a lo largo de aquel año que necesitaban un periódico capaz de influir en la «opinión pública», concepto en sí mismo ligado al liberalismo e incompatible con la jerarquía tradicional. Otto von Bismarck (1815-1898), el más inteligente de los archirreaccionarios prusianos de 1848, demostraría posteriormente su lúcida comprensión de la naturaleza de la política de la sociedad burguesa y su dominio de estas técnicas. Con todo, las innovaciones políticas más significativas de este tipo ocurrieron en Francia.

En dicho país la derrota de la insurrección de la clase obrera acaecida en junio había dejado el camino libre a un poderoso «partido del orden», capaz de vencer a la revolución social, pero no de conseguir demasiado apoyo de las masas o incluso de muchos conservadores que, con su defensa del «orden», no deseaban comprometerse con aquella clase de moderado republicanismo que estaba ahora en el poder. La gente se hallaba todavía demasiado movilizada para permitir la limitación en las elecciones: la exclusión del voto por pertenecer a la sustancial partida de «la multitud detestable» —esto es, alrededor de un tercio en Francia, aproximadamente dos tercios en el radical París— no se produjo hasta 1850. Sin embargo, si en diciembre de 1848 los franceses no eligieron a un moderado para la nueva presidencia de la República, tampoco eligieron a un radical. (No hubo candidato monárquico.) El ganador, que obtuvo una aplastante mayoría con sus 5,5 millones de votos de los 7,4 millones registrados, fue Luis Napoleón, el sobrino del gran emperador. Aunque resultó ser un político de extraordinaria astucia, cuando entró en Francia a últimos de septiembre no parecía tener más posesiones que un nombre prestigioso y el respaldo financiero de una leal querida inglesa. Estaba claro que no era un revolucionario social, pero tampoco un conservador; de hecho, sus partidarios se burlaban en cierta medida de su juvenil interés por el sansimonismo (véase p. 68) y de sus supuestas simpatías por los pobres. Sin embargo, ganó básicamente porque los campesinos votaron de modo unánime por él bajo el lema de «No más impuestos, abajo los ricos, abajo la República, larga vida al emperador»; en otras palabras, y como observó Marx, los trabajadores votaron por él contra la república de los ricos, ya que a sus ojos Luis Napoleón significaba «la deposición de Cavaignac (quien había sofocado el levantamiento de junio), el rechazo del republicanismo burgués, la anulación de la victoria de junio»,¹¹ la pequeña burguesía por cuanto él no parecía representar la gran burguesía.

La elección de Luis Napoleón significó que inclusive la democracia del sufragio universal, es decir, la institución que se identificaba con la revolución, era compatible con el mantenimiento del orden social. Ni siquiera una masa de abrumador descontento se hallaba dispuesta a elegir gobernantes consagrados al «derrocamiento de la sociedad». Las mejores lecciones de esta experiencia no se aprendieron inmediatamente, ya que, si bien Luis Napoleón jamás olvidó las ventajas políticas de un sufragio universal bien dirigido que volvió a introducir, pronto abolió la República y se hizo a sí mismo emperador. Iba a ser el primero de los modernos jefes de estado que gobernara no por la mera fuerza armada, sino por esa especie de demagogia y relaciones públicas que se manipulan con mucha más facilidad desde la jefatura del estado que desde ningún otro sitio. Su experiencia no sólo demostró que el «orden social» podía disfrazarse de forma capaz de atraer a los partidarios de «la izquierda», sino que, en un país o en una época en la que los ciudadanos se movilizaban para participar en la política, tenía que enmascararse así. Las revoluciones de 1848 evidenciaron que, en lo sucesivo, las clases medias, el liberalismo, la democracia política, el nacionalismo e inclusive las clases trabajadoras, iban a ser rasgos permanentes del panorama político. Es posible que la derrota de las revoluciones los eliminaran temporalmente de la escena, pero cuando reaparecieran determinarían incluso la actuación de aquellos estadistas a los que no caían nada simpáticos.

Segunda parte

DESARROLLOS

tre 1858 y 1876, de 64 libras a 100 libras por año, y que las sirvientas habían subido de 8-10 libras a unas 24-30 libras al año, suma verdaderamente vergonzosa.¹⁸ Pero estas eran también las personas que, con toda seguridad, podían pagar dichos precios.

Así pues, ¿podemos afirmar que el mundo de la década de 1870 estaba absolutamente dominado por la emigración, los viajes y la corriente demográfica? Es fácil olvidar que la mayoría de los habitantes de la Tierra seguían viviendo y muriendo donde habían nacido, o más concretamente, que sus movimientos no eran mayores, ni diferentes de lo que habían sido antes de la revolución industrial. Realmente, eran más los que no salían de su lugar de origen, como los franceses (el 88 por 100 de los cuales vivía en el departamento donde había nacido; en el departamento de Lot, el 97 por 100 vivía en la parroquia natal), que los que salían y emigraban.¹⁹ Y, sin embargo, las personas fueron liberándose, gradualmente, de sus amarras, llegaron a vivir y ver cosas que sus padres jamás habían visto ni hecho y que incluso ellos difícilmente habrían imaginado. A finales del período que estudiamos, los emigrantes formaban una mayoría importante, no sólo en países como Australia y en ciudades como Nueva York y Chicago, sino en Estocolmo, Cristianía (la actual Oslo), Budapest, Berlín y Roma (entre el 55 y el 60 por 100), en París y en Viena (aproximadamente el 65 por 100).²⁰ Las ciudades y las nuevas zonas industriales fueron, de una forma general, los polos de atracción de los emigrantes. ¿Qué clase de vida les esperaba?

12. CIUDAD, INDUSTRIA Y CLASE OBRERA

Ahora incluso cuecen nuestro pan de cada día
con el vapor y con la turbina
y muy pronto charlaremos
con ayuda de una máquina.

En Trautenau tienen dos cementerios
para los pobres y para los ricos;
ni siquiera en la tumba
es igual el pobre diablo.

Poema aparecido en *Trautenau Wochenblatt*, 1869¹

Antiguamente, si alguien llamaba «obrero» a un artesano jornalero, había una pelea segura ... Pero ahora les han dicho a los jornaleros que los obreros son la primera jerarquía del estado, y todos insisten en querer ser obreros.

M. MAY, 1848²

El problema de la pobreza es como el de la muerte, la enfermedad, el invierno o el de cualquier fenómeno natural. No se cómo puede ponerse fin.

WILLIAM MAKEPEACE THACKERAY, 1848³

I

Decir que nuevos emigrantes y nuevas generaciones surgían en un mundo de industria y tecnología es obvio, pero no muy ilustrativo. ¿De qué clase de mundo se trataba?

En primer lugar, no se trataba tanto de un mundo consistente en fábricas, patronos y proletarios, como de un mundo transformado por el enorme progreso de su sector industrial. Sin embargo, a pesar de los sorprendentes cambios originados por la difusión de la industria y por la urbanización, en sí mismos estos fenómenos no dan la medida del impacto del capitalismo.

En 1866, Reichenberg (Liberec), centro textil de Bohemia, obtenía todavía la mitad de su producción total de los telares artesanos, en su mayor parte dependientes de unas pocas fábricas de gran tamaño. Sin duda estaban menos adelantados en su organización industrial que Lancashire, donde los últimos tejedores manuales que quedaban fueron absorbidos por otros empleos en la década de 1850, pero también sería falso decir que no estaban industrializados. En el período álgido del auge del azúcar, a principios de 1870, fueron empleados no más de 40.000 trabajadores en las factorías azucareras checas. Pero esto es lo menos significativo a la hora de explicar el impacto de la nueva industria azucarera, que el hecho de que la extensión de terreno dedicado a la remolacha azucarera, en el campo bohemio, aumentara más de veinte veces entre 1853-1854 (4.800 hectáreas) y 1872-1873 (123.800 hectáreas).⁴ Que, en Gran Bretaña, el número de pasajeros de ferrocarril se duplicase entre 1848 y 1854 —pasando de unos 58 millones a unos 108—, mientras que los ingresos de las compañías debido al tráfico de fletes aumentase casi dos veces y media, es más significativo que el exacto porcentaje de los bienes industriales o de los viajes de negocios, encubiertos por dichas cifras.

Sin embargo, tanto el trabajo industrial, en su estructura y contexto característicos, como la urbanización —la vida en las ciudades de rápido crecimiento— fueron, con certeza, las manifestaciones más dramáticas de la nueva vida; nueva porque incluso la continuidad de algunas ocupaciones regionales o ciudadanas ocultaban cambios trascendentales. Pocos años antes de finalizar el período que estudiamos (1887), el profesor alemán Ferdinand Toennies formulaba la distinción existente entre *Gemeinschaft* (comunidad) y *Gesellschaft* (sociedad de individuos), conceptos que son ahora familiares a cualquier estudiante de sociología. Esta distinción es semejante a otras hechas por autores contemporáneos entre los que en lenguaje vulgar se llamarían posteriormente sociedades «tradicionales» y «modernas» —por ejemplo, la fórmula de sir Henry Maine resumiendo el progreso de la sociedad como el paso «del estatus al contrato». Sin embargo, la cuestión fundamental es que Toennies no basaba su análisis en la diferencia existente entre comunidad campesina y sociedad urbana, sino entre la ciudad tradicional y la ciudad capitalista, «esencialmente ciudad comercial y, en la medida en que el comercio domina su fuerza de trabajo productiva, ciudad fabril». Este nuevo medio y su estructura son el sujeto del presente capítulo.

La ciudad era, realmente, el símbolo externo más llamativo del mundo industrial, después del ferrocarril. La urbanización se incrementó con rapidez después de 1850. En la primera mitad del siglo, sólo Gran Bretaña tenía una tasa anual de urbanización de más de 0,20 puntos,⁵ aunque casi fue igualada por Bélgica. Pero entre 1850 y 1890 incluso Austria-Hungría, Noruega e Irlanda se urbanizaron a este ritmo; Bélgica y Estados Unidos lo hicieron entre un 0,30 y un 0,40; Prusia, Australia y Argentina, entre un 0,40 y un 0,50;

⁴ Esto representa el punto de inflexión del porcentaje en el nivel de población urbana entre el primer y último censo del período, dividido por el número de años.⁵

Inglaterra y Gales (que se mantuvieron todavía levemente en cabeza) y Sajonia con cerca de un 0,50 al año. Afirmar que la concentración urbana en las ciudades fue el «fenómeno social más importante del presente siglo»,⁷ sería constatar algo evidente. Según nuestros patrones actuales esta concentración era todavía modesta —a finales de siglo apenas una docena de países habían alcanzado la tasa de concentración urbana de Inglaterra y Gales en 1801. Aunque a partir de 1850 la alcanzaron, excepto Escocia y los Países Bajos.

La típica sociedad industrial de este período era aún una ciudad de tamaño medio, incluso con arreglo a los patrones contemporáneos, aunque se dio el caso, en la Europa central y oriental, de que algunas capitales (que tendían a ser muy grandes) se convirtiesen también en los principales centros manufactureros, por ejemplo, Berlín, Viena y San Petersburgo. En 1871 Oldham tenía 83.000 habitantes, Barmen 75.000, Roubaix, 65.000. Realmente, las antiguas ciudades preindustriales más famosas no solían atraer los nuevos modos de producción, por lo que las nuevas regiones industriales típicas asumieron, generalmente, la forma de una especie de crecimiento convergente de pueblos aislados que se convertían en ciudades pequeñas, y luego se transformaban en otras mayores. No eran aún las vastas zonas ininterrumpidamente edificadas del siglo xx, aunque las chimeneas de las fábricas, que con frecuencia se extendían a lo largo de las cuencas de los ríos, los apartaderos del ferrocarril, la monotonía de los ladrillos descoloridos y el sudario de humo que se cernía sobre todo ello, les confería una cierta coherencia. Todavía no eran muchos los habitantes de las ciudades que se hallaban a una distancia del campo mayor de la que podían cubrir caminando. Hasta la década de 1870 las mayores ciudades industriales de Alemania occidental, como Colonia y Düsseldorf, se llenaron de campesinos provenientes de la región circundante, que llevaban sus artículos al mercado semanal.⁸ En cierto sentido, el choque producido por la industrialización residía, precisamente, en el brutal contraste entre los poblados, negros, monótonos, atestados y torturados, y las colonias granjas y colinas que los rodeaban; así Sheffield era descrita como «ruidosa, humeante, aborrecible [pero] ... rodeada por todas partes por uno de los paisajes más encantadores que puedan encontrarse en el planeta».⁹

Esto es lo que permitió, aunque cada vez en menor medida, que los trabajadores de las zonas recientemente industrializadas siguieran siendo medio agricultores. Hasta después de 1900 los mineros belgas, en la estación adecuada, dedicaban algún tiempo a cuidar de sus campos de patatas (y si era necesario llegaban a hacer una «huelga de la patata» anual). Incluso en el norte de Inglaterra los parados de la ciudad podían volver fácilmente a trabajar en las granjas cercanas durante el verano: en 1859, los tejedores en huelga de Padigham (Lancashire) se ayudaron preparando heno.¹⁰

La gran ciudad —en este período se consideraba como tal toda población de más de 200.000 habitantes, incluyendo las ciudades metropolitanas que

superaban el medio millón—* no era tanto un centro industrial (aunque podía contar con un buen número de fábricas), como un centro de comercio, de transporte, de administración y de la multiplicidad de servicios que trae consigo una gran concentración de habitantes y que a su vez sirve para engrosar su número. Realmente, la mayoría de sus habitantes eran obreros de un tipo u otro, incluyendo gran número de criados: oficio al que pertenecían uno de cada cinco londinenses (1851), aunque, sorprendentemente, esto ocurría en proporción considerablemente menor en París.¹² Aun así, su tamaño garantizaba que en ellas también vivía un gran número de personas pertenecientes a la clase media y clase media baja, en proporción sustancial: es decir, constituían entre el 20 y el 23 por 100 de la población de Londres y París.

Estas ciudades crecieron con extraordinaria rapidez, Viena pasó de unos 400.000 habitantes en 1846 a 700.000 en 1880; Berlín pasó de 378.000 (1849) a casi un millón en 1875; París, de 1.000.000 a 1.900.000; Londres, de 2.500.000 a 3.900.000, entre 1851 y 1881, aunque estas cifras palidecen frente a algunas de ultramar: concretamente las de Chicago y Melbourne. Pero el aspecto, la imagen y la estructura mismos de la ciudad cambiaron, debido tanto a la presión de nuevos edificios y planificaciones decididos por razones políticas (especialmente en París y Viena), como a la empresa hambrienta de beneficios. A nadie le gustaba la presencia de los pobres en la ciudad, que eran la mayoría de la población, aunque reconocían su lamentable indigencia.

Para los proyectistas urbanos los pobres eran un peligro público, por lo que dividieron sus concentraciones potencialmente sediciosas mediante avenidas y bulevares que pudiesen conducir a los habitantes de los multitudinarios barrios populares, que estaban renovando, a emplazamientos algo indeterminados, pero probablemente más salubres y, sin duda, menos peligrosos. Este fue también el punto de vista propagado por las compañías de ferrocarriles, que llevaban extensas redes de líneas y apartaderos hasta el centro de las ciudades, preferiblemente a través de los suburbios, donde los costes de los bienes raíces eran más bajos y las protestas casi insignificantes. Para los constructores y urbanizadores los pobres constituían un mercado improductivo, en comparación con las abundantes ganancias provenientes de los nuevos distritos de negocios o barrios comerciales y de las sólidas casas de apartamentos de la clase media, o de los barrios periféricos en crecimiento. Cuando los pobres no se apiñaban en los antiguos distritos del centro abandonados por las clases superiores, sus domicilios eran edificados por pequeños constructores especuladores, con frecuencia con una capacitación algo mayor que la de los

* A mediados de la década de 1870, se cree que existían cuatro ciudades de un millón o más de habitantes, y todas en Europa (Londres, París, Berlín, Viena), seis de más de medio millón (San Petersburgo, Constantinopla, Moscú, Glasgow, Liverpool, Manchester) y veinticinco de unos 200.000 habitantes. De éstas, cinco se encontraban en el Reino Unido, cuatro en Alemania, cuatro en Italia, tres en Francia, dos en España, y una, respectivamente, en Dinamarca, Hungría, Holanda, Bélgica, Rusia, Polonia, Rumania y Portugal. Cuarenta y una ciudades más de 100.000 habitantes, nueve de las cuales estaban en el Reino Unido y ocho en Alemania.¹³

simples artesanos, o por constructores especializados en dichos endebles y rebosantes bloques, expresivamente denominados en Alemania «cuarteles de alquiler» (*Mietskasernen*). De las casas edificadas en Glasgow entre 1866 y 1874, tres cuartos se componían de una o dos habitaciones, que estuvieron superpobladas en poco tiempo.

Quien habla de las ciudades de mediados del siglo XIX, habla de «amon-tonamiento» y «barrio bajo», y cuanto más rápidamente crecía la ciudad, su hacinamiento aumentaba paralelamente. A pesar de la reforma sanitaria y de una cierta planificación, el hacinamiento urbano se incrementó, probablemente, durante este período y allí donde no se había deteriorado realmente, no mejoraron ni la salud ni las tasas de mortalidad. La principal, sorprendente y en lo sucesivo continua mejora de dichas condiciones no comenzó hasta finales del período que estudiamos. Las ciudades seguían devorando a su población, aunque las británicas, que eran las más antiguas de la era industrial, estaban próximas a poder reproducirse, es decir, a crecer sin la constante y masiva transfusión de sangre de la inmigración.

Las construcciones destinadas a abastecer las necesidades de los pobres difícilmente podían haber duplicado el número de los arquitectos londinenses en veinte años (de unos 1.000 a unos 2.000, y en la década de 1830, probablemente no llegasen a 100), aunque la construcción y el arrendamiento de propiedades en los barrios bajos podía ser un negocio muy lucrativo, a juzgar por los beneficios por pie cúbico, derivados de un espacio a bajo costo.¹⁴ Realmente, la expansión de la arquitectura y el desarrollo de la propiedad fue tan grande precisamente porque nada desviaba el flujo de capital de lo que *The Builder* llamaba «la mitad del mundo en busca de inversión» a «la otra media que continuamente estaba en busca de residencias familiares agradables»,¹⁵ proporcionando viviendas a los pobres de la ciudad, que, evidentemente, no pertenecían en absoluto a su mundo. El tercer cuarto del siglo XIX fue, para la burguesía, la primera era mundial de expansión de las propiedades raíces urbanas y del auge de la construcción. Su historia, en lo referente a París, ha sido escrita por el novelista Zola. Eran dignos de verse cómo los edificios, situados en zonas caras, aumentaban constantemente el número de pisos, con la consiguiente aparición del «ascensor» o «elevador», y en la década de 1880, la construcción del primer «rascacielos» en Estados Unidos. Pero vale la pena recordar que cuando los negocios de Manhattan comenzaban a tocar el cielo, el Lower East neoyorkino era, probablemente, la zona de barrios bajos más superpoblada del mundo occidental, con unos 520 habitantes por acre. Nadie les construía rascacielos... quizá por suerte para ellos.

Paradójicamente, cuantos más recursos desviaba la clase media, creciente y floreciente, hacia sus propios albergues, sus oficinas y sus grandes almacenes, tan característicos de esta era del desarrollo, y sus edificios de prestigio, tantos menos iban destinados, en relación, a los barrios obreros, excepto en su forma más general de gastos públicos: calles, saneamiento, alumbrado y servicios públicos. La única modalidad de empresa privada (incluida la construcción) que iba dirigida primordialmente al mercado de masas, aparte de los

mercados y pequeñas tiendas, era la taberna —que llegó a ser el primoroso *gin-palace* (palacio de la ginebra) británico de las décadas de 1860 y 1870— y sus derivados el teatro y el *music-hall*. Pues a medida que la gente se fue haciendo más urbana, las antiguas costumbres y modos de vida que habían llevado consigo desde el campo o la ciudad preindustrial resultaron irrelevantes o impracticables.

II

La gran ciudad era un prodigio, aunque contenía, únicamente, una minoría de la población. La gran empresa industrial era todavía menos significativa. Realmente, con respecto a los patrones modernos el tamaño de dichas empresas no era demasiado impresionante, aunque tendía a crecer. Hacia 1850, en Gran Bretaña, una factoría de 300 trabajadores podía considerarse muy grande, e incluso en 1871 las empresas algodoneras inglesas empleaban 180 personas por término medio, y las que fabricaban maquinaria sólo 85.¹¹ Evidentemente, la industria pesada, tan característica del período que estudiamos, tenía mucha más importancia, y tendía a promover concentraciones de capital que controlaban ciudades e incluso regiones enteras, y de modo poco usual movilizaban varios ejércitos de trabajadores bajo su autoridad.

Las compañías de ferrocarriles eran empresas desmesuradamente grandes, tanto cuando construían y administraban en condiciones de libre demanda competitiva como cuando no era así, caso este último menos frecuente. A finales de la década de 1860, más o menos en la época en que el sistema británico de ferrocarriles se estabilizó, cada metro de vía existente entre la frontera escocesa, los montes Peninos, el mar y el río Humber estaba controlado por el ferrocarril del noroeste. En aquel entonces, las minas de carbón eran explotadas aún, en gran medida, por particulares y solían ser de pequeño tamaño, aunque la magnitud de los grandes desastres mineros fortuitos da alguna idea de la escala a la que operaban: 145 muertos en Risca, en 1860; 178, en Ferndale (también en el sur de Gales), en 1875; 140, en Swaithe (Yorkshire), y 110, en Mons (Bélgica), en 1875, y 200, en High Blantyre (Escocia), en 1877. Aun así, cada vez con mayor frecuencia, especialmente en Alemania, la combinación vertical y horizontal produjo esos imperios industriales que controlaban las vidas de cientos de personas. El complejo conocido desde 1873 como Gutehoffnungshütte A. G., no era, en absoluto, el mayor del Rur, pero para entonces sus actividades cubrían desde la fundición del hierro a la cantería y la minería del hierro y del carbón —producía prácticamente la totalidad de las 215.000 toneladas de hierro y la mitad de las 415.000 toneladas de carbón que necesitaba—; además había diversificado sus actividades con el transporte, el laminado y la construcción de puentes, barcos y de gran variedad de maquinaria.¹⁶ No es de extrañar que las fábricas Krupp, de Essen, pasasen de 72 obreros en 1848 a casi 12.000 en 1873, o que la Schneider francesa pasase a tener 12.500 obreros en 1870, y que la

mitad de la población de Creusot trabajase en sus altos hornos, laminadoras, martillos pilones y talleres de ingeniería.¹⁷ La industria pesada no originó a la región industrial en la misma medida que la compañía originó a la ciudad, en la que el futuro de hombres y mujeres dependía de la fortuna y benevolencia de un solo patrón, respaldado por la fuerza del derecho y el poder del estado, que consideraban la autoridad de aquél como algo necesario y beneficioso.*

En cuanto a la pequeña y gran empresa, el «patrón» era quien la dirigía, con preferencia a la impersonal autoridad de la «compañía», e incluso la compañía se identificaba con un hombre más que con un consejo directivo. Para la mayor parte de las personas, y así era en realidad, el capitalismo era sinónimo de un hombre o de una familia que dirigía sus propios negocios. Sin embargo, este mero hecho suscitaba dos serios problemas para la estructura de la empresa. Atañían a la obtención de capital y a su dirección.

De forma general la empresa característica de la primera mitad del siglo había sido financiada privadamente —por ejemplo, con el capital familiar— y se había expandido mediante la reinversión de los beneficios, aunque ello significase que, con la mayoría del capital así asegurado, la empresa contaba con un crédito aceptable en sus operaciones en curso. Pero la creciente magnitud y el costo de tales empresas, como las ferroviarias, metalúrgicas y otras actividades costosas, requerían fuertes desembolsos iniciales, por lo que su creación se hacía cada vez más difícil, en especial, en los países de industrialización reciente y faltos de grandes concentraciones de capital privado para inversiones. Es cierto que en algunos países dichas reservas de capital ya estaban disponibles y eran lo suficientemente amplias, no sólo para cubrir sus propias necesidades, sino para ser invertidas en otros sectores de la economía mundial (a cambio de una tasa de interés satisfactoria). En este período los británicos invirtieron en el extranjero como nunca lo habían hecho antes o, en términos relativos, según algunos, fue a partir de este momento cuando comenzaron a hacerlo así. También actuaron de esta forma los franceses, probablemente a costa, al menos teóricamente, de sus propias industrias, que crecieron bastante más lentamente que las de sus rivales. Pero incluso en Gran Bretaña y Francia se creaban nuevas formas de movilizar dichos fondos, de canalizarlos hacia las empresas que lo necesitaban, y de constituir capitales sociales en vez de empresas de financiación privada.

Por consiguiente, el tercer cuarto de siglo fue un período fértil para la experimentación en la movilización del capital destinado al desarrollo industrial. Con la notable excepción de Gran Bretaña, la mayoría de estas operaciones implicaron, de una forma u otra, a los bancos, bien directamente o

* El artículo 414 del Código Penal francés, modificado en 1864, convirtió en delito el intento, la realización y la prosecución de un paro del trabajo colectivo con el propósito de elevar o bajar los salarios, o interferir de cualquier otra forma en el libre ejercicio de la industria o del trabajo, mediante la violencia, la amenaza o el engaño. Incluso en Italia, cuya legislación no se inspiró realmente en el Código citado, representó la actitud más general de la ley ante este problema.¹⁴

a través del expediente, ahora de moda, del *crédit mobilier*, una especie de compañía industrial financiera que consideraba a los bancos convencionales poco satisfactorios y desinteresados por la financiación industrial, por lo que competía con ellos. Los hermanos Pereire, aquellos dinámicos industriales inspirados por las ideas de Saint-Simon y que gozaban de un cierto respaldo de Napoleón III, desarrollaron el modelo prototípico de este expediente. Lo difundieron por toda Europa, en abierta competición con los Rothschild, sus peores rivales, a los que no complacía la idea, pero que se vieron obligados a seguir su ejemplo, y fue muy imitado, especialmente en Alemania (como ocurre tan frecuentemente en las épocas de expansión económica, cuando los financieros se sienten héroes y el dinero abunda). Los *crédits mobiliers* estuvieron de moda, al menos hasta que los Rothschild les ganaron la batalla a los Pereire y —como suele ocurrir en los períodos de expansión— algunos corredores de Bolsa fueron demasiado lejos a través de la siempre azarosa frontera que separa el optimismo en los negocios y el fraude. Sin embargo, al mismo tiempo, se estaba desarrollando una multiplicidad de experiencias con propósitos similares, especialmente los bancos de inversión o *banques d'affaires*. Y, por supuesto, la Bolsa se expandió como nunca lo había hecho, ya que ahora trataba considerablemente con las acciones de las empresas industriales y del transporte. En 1856, tan sólo la *Bourse* parisina cotizaba las acciones de 33 compañías ferroviarias y de canales, de 38 compañías mineras, 22 metalúrgicas, 11 compañías portuarias y marítimas, 7 empresas de autobuses y de transporte por carretera, 11 compañías de gas y 42 empresas clasificadas como industriales, que iban desde las textiles al hierro galvanizado y al caucho, cuyo valor se elevaba a cerca de 5,5 millones de francos-oro, es decir, algo más de un cuarto de todos los títulos negociados.¹⁹

¿En qué medida eran necesarias estas formas de movilizar capital? ¿En qué medida eran efectivas? A los industriales no les gustaban demasiado los financieros, y los industriales consagrados trataban de tener el menor trato posible con los banqueros. En 1869 un observador local escribió: «Lille no es una ciudad capitalista, principalmente es un gran centro industrial y comercial»,²⁰ donde los hombres reinvertían sus ingresos en los negocios, no bromeaban a su costa y esperaban no tener nunca que pedir prestado. A ningún industrial le gustaba colocarse a merced de los acreedores. Aun así podía tenerlos. Krupp creció tan rápidamente entre 1855 y 1866 que acabó con su capital. Hay un ejemplo histórico brillante según el cual cuanto más atrasada es una economía y cuanto más tarde inicia la industrialización, mayor es su confianza en los nuevos métodos de movilización y orientación de los ahorros a gran escala. En los países occidentales desarrollados existía cierta proporción entre los recursos privados y el mercado de capital. En Europa central, los Bancos e instituciones similares tuvieron que actuar mucho más sistemáticamente como «factores de progreso» histórico. Más al este y al sur y en ultramar, los gobiernos intervenían por sí mismos generalmente con la ayuda de las inversiones extranjeras, tanto para asegurar el capital como para demostrar que los inversores tenían garantizados los dividendos —o para que,

al menos, *pensasen* que estaban garantizados—, caso este último que era el más frecuente, ya que este era el único motivo por el que movilizaban su dinero o también para emprender ciertas actividades económicas. Sea cual fuese la validez de esta teoría, no hay duda de que, en el período que estudiamos, los bancos (e instituciones similares) jugaron en Alemania, el gran país recientemente industrializado, un papel como factores de progreso mucho más importante que en el resto de Occidente. El que tuviesen algún sentido —como en el caso de los *crédits mobiliers*— o el que prestasen grandes servicios, es un problema muy poco claro. Probablemente no fuesen especialmente prácticos hasta que los grandes industriales, que entonces reconocieron la necesidad de una financiación más elaborada que la existente en los primeros tiempos, colonizaron los grandes bancos, como ocurrió, cada vez con más frecuencia, en Alemania a partir de 1870.

La organización de los negocios no resultó muy afectada por las finanzas, aunque pudieron influir en su política. El problema administrativo resultó más difícil, ya que el modelo básico de la empresa dirigida por un propietario individual o familiar, es decir, la autocracia familiar patriarcal, fue haciéndose cada vez más irrelevante en las industrias de la segunda mitad del siglo XIX. «Las órdenes mejores —recomendaba un libro alemán de 1868— son las verbales. Dejando que éstas sean dadas por el mismo empresario, que todo lo supervise y que sea omnipresente e incluso asequible, y cuyas órdenes personales se ven reforzadas por su ejemplo personal que sus empleados tienen constantemente ante los ojos.»²¹ Esta advertencia, que se adaptaba a los pequeños maestros artesanos o granjeros, tenía aún algún sentido en las pequeñas oficinas de los banqueros y comerciantes de cierta importancia, y siguió siendo válida en la misma medida en que las *instrucciones* fueron un aspecto esencial de la administración en los países de reciente industrialización. Así, incluso individuos con la formación básica del obrero artesano (especialmente en el ramo del metal) debían aún aprender las especialidades propias de los obreros cualificados fabriles. La gran mayoría de los trabajadores especializados de las fábricas Krupp, y, en realidad, de todas las empresas constructoras de maquinaria alemanas, habían sido preparados para trabajar de esta forma. Únicamente en Gran Bretaña los empresarios contaban ya con una provisión de trabajadores especializados con experiencia en la industria —muchos de los cuales lo eran en realidad gracias, en gran medida, a su propio esfuerzo. El paternalismo de tantas grandes empresas europeas se debía, en cierta medida, a esta prolongada asociación de los trabajadores con la empresa, en la que, por así decirlo, crecían, y de la que dependían. Pero los años del ferrocarril, de las minas y de las acerías no esperaban siempre poder mirar paternalmente por encima del hombro a sus obreros y, sin duda, no lo hacían.

La alternativa y el complemento a las instrucciones era la autoridad. Pero ni la autocracia familiar, ni las operaciones a pequeña escala de la industria artesanal y de los negocios mercantiles proporcionaban dirección alguna a las organizaciones capitalistas verdaderamente extensas. Así, paradójicamente, la

empresa privada en sus períodos más libres y anárquicos tuvo tendencia a recurrir a los únicos modelos válidos de dirección a gran escala, los militares y burocráticos. Las compañías ferroviarias, con su pirámide de trabajadores uniformados y disciplinados, que poseían un trabajo seguro y que, con frecuencia, gozaban de la promoción por antigüedad e incluso de pensiones, son un ejemplo extremo. El recurso a los tratamientos y títulos militares, que se daban con frecuencia entre los ejecutivos de los primeros ferrocarriles británicos y los empresarios de las grandes empresas portuarias, no se basaba en un aprecio por las jerarquías de soldados y oficiales, como ocurría en Alemania, sino por la incapacidad de la empresa privada, como tal, para inventar un tipo específico de dirección para los grandes negocios. Evidentemente, esto proporcionaba algunas ventajas desde el punto de vista organizativo. Por lo general, se solucionaba el problema de hacer que los trabajadores tuviesen en su trabajo una actitud modesta, diligente y humilde. Todo esto estaba muy bien para aquellos países donde los uniformes eran de buen tono —cosa que no ocurría en Gran Bretaña ni en Estados Unidos—, para promocionar entre los trabajadores las virtudes del soldado, entre las que se contaban, sobre todo, la de recibir una paga escasa.

Soy un soldado, un soldado de la industria,
como tú, yo tengo mi bandera.
Mi trabajo ha enriquecido a la patria.
Y, como tú sabes, mi destino es glorioso.²²

Así cantaba un poetaastro de Lille (Francia). Pero, incluso allí, el patriotismo apenas bastaba.

La era del capital halló dificultades para resolver este problema. La insistencia burguesa sobre la lealtad, la disciplina y las satisfacciones humildes no encubrían, en realidad, sus verdaderas ideas acerca de que quienes realizaban el trabajo eran bastante distintos. Pero ¿qué eran? En teoría debían trabajar para dejar de ser obreros en cuanto les fuera posible, para así entrar a formar parte del universo burgués. Como «E. B.» escribió, en 1867, en sus *Songs for English Workmen to Sing*:

Trabajad muchachos, trabajad y estad contentos
mientras tengáis con qué comprar vuestro sustento;
el hombre en el que podéis confiar
será pronto rico
sólo si arrima el hombre.²³

Pero aunque para algunos esta esperanza podía bastar, en especial para aquellos que estaban a punto de apartarse de la clase obrera, o también, quizá, para un gran número de personas que sólo se contentaban con soñar con el éxito cuando leían el *Self-Help* de Samuel Smiles (1859) o libros similares, estaba perfectamente claro que la mayoría de los obreros seguirían siendo obreros toda la vida, y que ciertamente el sistema económico les obligaba a

actuar así. La promesa de encontrar un bastón de mariscal en cada mochila, no se entendió nunca como un programa para promocionar a todos los soldados al rango de mariscales.

Si la promoción no era el incentivo adecuado, había que preguntarse cuál era éste; ¿era acaso el dinero? Pero un axioma de los patronos de mediados del siglo XIX era que los salarios debían mantenerse tan bajos como fuese posible, aunque ciertos empresarios inteligentes con experiencia internacional, como Thomas Brassey, el constructor de ferrocarriles, comenzaron a señalar que el trabajo de los obreros británicos bien retribuido era, en realidad, más barato que el de los terriblemente mal pagados culis, ya que su productividad era mucho más elevada. Pero dichas paradojas difícilmente convencían a los hombres de negocios formados en la teoría económica del «fondo salarial», pues consideraban que estaba científicamente demostrado que la elevación de los salarios era imposible, y que, por consiguiente, los sindicatos estaban condenados al fracaso. La «ciencia» se hizo algo más flexible hacia 1870, cuando los trabajadores organizados comenzaron a aparecer como actores permanentes en la escena industrial, en vez de aparecer brevemente en algún entreacto ocasional. El gran santón de los economistas, John Stuart Mill (1806-1873) (que personalmente simpatizaba con los trabajadores), modificó su postura sobre el problema en 1869, después de lo cual desapareció la autoridad canónica de la teoría del fondo salarial. Aun así, no hubo ningún cambio en los principios que regían los negocios. Pocos patronos estaban dispuestos a pagar más de lo que estaban acostumbrados.

Además, dejando aparte la economía, la clase media de los países del Viejo Mundo creía que los obreros debían ser pobres, no sólo porque siempre lo habían sido, sino también porque la inferioridad económica era un índice neto de la inferioridad de clase. Si, como ocurría ocasionalmente —por ejemplo, en la gran expansión de 1872-1873—, algunos obreros ganaban realmente lo suficiente como para permitirse, por breves momentos, los lujos que los patronos consideraban suyos, la indignación era sincera y sentida. ¿Qué tenían que ver los mineros con los grandes pianos y con el champán? En países con escasez de trabajadores, una jerarquía social subdesarrollada y una población obrera, dura y democrática, las cosas podían ser distintas, pero en Gran Bretaña y en Alemania, en Francia y en el imperio de los Habsburgo, a diferencia de Australia y Estados Unidos, el máximo apropiado para la clase trabajadora eran buenos alimentos dignos, en cantidad suficiente (preferiblemente con una dosis menos que suficiente de bebidas alcohólicas), una modesta vivienda atestada y unos vestidos adecuados para proteger la moral, la salud y el bienestar, sin riesgo de una incorrecta emulación de la ropa de sus superiores. Se esperaba que el progreso capitalista llevase, eventualmente, a los trabajadores al punto más próximo a este máximo, y se consideraba lamentable que tantos obreros estuviesen aún tan por debajo del mismo (aunque esto no era inoportuno si se querían mantener bajos los salarios). Sin embargo, era innecesario, desventajoso y peligroso que los salarios superasen este máximo.

De hecho, las teorías económicas y los presupuestos sociales del liberalismo de la clase media estuvieron enfrentados entre sí, y en cierto sentido triunfaron las teorías. A lo largo del período que estudiamos, las relaciones salariales pasaron a convertirse, cada vez en mayor medida, en puras relaciones de mercado, en un nexo monetario. Así, observamos que, en la década de 1860, el capitalismo británico abandonó las coacciones no económicas a los trabajadores (como las *Master and Servant Acts* —leyes de Amos y Criados—, que castigaban los incumplimientos de contrato de los trabajadores con la cárcel), los contratos asalariados a largo plazo (como el «compromiso anual» de los mineros de carbón del Norte), y el pago en especie, al tiempo que se acortó la duración de los contratos y el intervalo medio entre pago y pago se fue reduciendo gradualmente a una semana, o incluso a un día o a una hora, haciendo así que el mercado fuese más sensible o flexible. Por otra parte, la clase media podría haber resultado conmocionada y aterrada si los obreros hubiesen reivindicado realmente el modo de vida que ella misma decía merecer, y aun más si hubiesen dado señales de conseguirla. La desigualdad frente a la vida y sus oportunidades era algo intrínseco al sistema.

Esto limitó los incentivos económicos que estaban dispuestos a proporcionar. Estaban deseosos de unir los salarios con la producción mediante diversos sistemas de «trabajo a destajo», que al parecer se difundieron durante el período que estudiamos, y también a puntualizar que lo mejor que podían hacer los obreros era estar agradecidos, de alguna manera, por tener un trabajo, ya que fuera había un ejército de reserva esperando sus puestos.

El pago por obra realizada tenía algunas ventajas obvias: Marx consideraba que esta forma de pago era la más provechosa para el capitalismo. Proporcionaba al obrero un incentivo real para intensificar su trabajo y de esta forma incrementar su productividad, era una garantía contra la negligencia, un dispositivo automático para reducir las cuentas salariales en épocas de depresión, así como un método conveniente, mediante el recorte de los períodos de trabajo, para reducir los costos de la fuerza de trabajo y prevenir la elevación de los jornales más allá de lo necesario y adecuado. Ello dividió a los obreros entre sí, ya que sus ganancias podían variar mucho, incluso dentro del mismo establecimiento, o los diferentes tipos de trabajo podían ser pagados de formas completamente diferentes. En ocasiones el especializado era, en realidad, una especie de subcontratista, pagado por rendimiento, que contrataba a sus auxiliares no cualificados por mero jornal, y procuraba que mantuviesen el ritmo. El problema fue que, con frecuencia, la introducción del destajo fue rechazada (allí donde éste no formaba ya parte de la tradición), especialmente por parte de los individuos especializados, y esto no sólo era complejo y oscuro para los obreros, sino para los empresarios, que con frecuencia sólo tenían una confusa idea de qué tipo de normas de producción debían establecer. Asimismo, no era fácilmente aplicable a ciertas profesiones. Los obreros intentaron eliminar dichas desventajas mediante la reintroducción del concepto de un salario base incompresible y predecible «tarifa estándar», bien a través de los sindicatos, bien a través de sistemas informales. Los empre-

sarios estuvieron a punto de eliminarlos mediante lo que sus paladines norteamericanos denominaron «gerencia científica», pero en el período que estudiamos estaban aún tanteando la solución.

Quizá esto llevase a dar mayor énfasis al otro incentivo económico. Si hubo un factor que determinó las vidas de los obreros del siglo XIX, ese fue la *inseguridad*. Al comienzo de la semana no sabían cuánto dinero podrían llevar a sus casas al finalizar aquella. No sabían cuánto iba a durar su trabajo, o, si lo perdían, cuándo podrían conseguir otro empleo, o bajo qué condiciones. No sabían cuándo iban a encontrarse con un accidente o una enfermedad y, aunque eran conscientes de que en un cierto momento de su vida, en la edad madura —quizá a los cuarenta años para los obreros no cualificados, o a los cincuenta para los más capacitados—, serían incapaces de llevar a cabo, en toda su extensión, el trabajo físico de un adulto, no sabían qué les pasaría entre este momento y la muerte. La suya no era la inseguridad de los campesinos, a merced de catástrofes periódicas —aunque, para ser sinceros, con frecuencia más crueles—, tales como sequías y hambres, pero capaces de predecir, con cierta seguridad, cómo podrían transcurrir la mayor parte de los días de un individuo, desde su nacimiento hasta su muerte. Se trataba de una imprecisión profunda, a pesar de que probablemente un buen número de trabajadores obtenían empleo, por largos períodos de su vida, de un solo empresario. Incluso en los trabajos más cualificados no existía ninguna certidumbre: durante la depresión de 1857-1858, el número de obreros de la industria mecánica berlinesa disminuyó casi un tercio.²⁴ No había nada semejante a la moderna seguridad social, excepto la caridad y la limosna para la miseria real, y en ocasiones en muy escasa medida.

La inseguridad era para el mundo del capitalismo el precio pagado por el progreso y la libertad, por no hablar de la riqueza, y era soportable por la constante expansión económica. La seguridad podía adquirirse —al menos en ciertas ocasiones—, pero no estaba destinada a los individuos libres, sino, como especificaba la terminología inglesa con claridad, a los «empleados de servicios», cuya libertad se hallaba estrictamente restringida: criados, «funcionarios de ferrocarriles» e incluso «funcionarios públicos». De hecho, incluso el principal núcleo de trabajadores de esta clase, los criados urbanos, no gozaban de la seguridad de los privilegiados criados familiares de la nobleza y clase media alta tradicional, sino que se enfrentaban constantemente con la inseguridad en su forma más terrible: el despido inmediato «sin referencias», por ejemplo, recomendaciones del año anterior, para los futuros patronos, o con mayor frecuencia, del ama anterior. Ya que el mundo de la burguesía «establecida» se consideraba básicamente inseguro, como en un estado de guerra en el que podían resultar víctimas de la competición, el fraude o la depresión económica, aunque en la práctica los hombres de negocios vulnerables probablemente eran sólo una minoría dentro de la clase media, y el castigo del fracaso raramente era el trabajo manual, por no hablar de las casas de misericordia. El riesgo más grave con el que se enfrentaban era el

mismo que existía para sus involuntariamente parásitas esposas: la muerte inesperada del varón productor.

La expansión económica mitigaba esta constante inseguridad. No hay muchas pruebas de que los salarios reales empezasen a aumentar en Europa, significativamente, hasta finales de la década de 1860; pero incluso antes, el sentir general de que por aquel entonces estaban mejorando, era evidente en los países desarrollados, y era palpable el contraste entre los tumultuosos y desesperanzados años de las décadas de 1830 y 1840. Ni la inestabilidad, a escala europea, del coste de la vida entre 1853-1854, ni la dramática depresión mundial de 1858, comportaron ningún desasosiego social serio. La verdad es que la gran expansión económica proporcionó empleo —tanto en su país, como en el exterior a los emigrantes— a un nivel sin precedentes. A pesar de lo malas que fuesen las dramáticas depresiones cíclicas de los países desarrollados, se consideraban ahora menos como pruebas de su descomposición económica, que como interrupciones temporales del crecimiento. Evidentemente, no hubo ninguna escasez absoluta de fuerza de trabajo, aunque sólo fuese porque el ejército de reserva constituido por la población rural (fuese ésta nacional o extranjera), por primera vez estaba avanzando *en masse* sobre los mercados de la fuerza de trabajo industrial. Sin embargo, el hecho de que su concurrencia no invirtiese lo que los estudiosos entienden por una clara, aunque modesta, mejora del conjunto, excepto en las condiciones de vida de la clase obrera, indica la medida e ímpetu de la expansión económica.

Así pues, al contrario que la clase media, la clase obrera se hallaba a un paso de la pobreza y, por ello, la inseguridad era constante y real. El trabajador no contaba con reservas de entidad. Los que podían vivir de sus ahorros por algunas pocas semanas o meses, constituían una «clase rara».²⁵ También los salarios de los obreros cualificados eran, en el mejor de los casos, modestos. En un período de tiempo normal el capataz de una hilandería de Preston, que con sus siete hijos a su servicio obtenía cuatro libras semanales, trabajando una semana a tiempo completo, podría haber sido la envidia de sus vecinos. Pero bastaban pocas semanas, durante la carestía de algodón de Lancashire (debida a la interrupción de los suministros de materia prima a causa de la guerra civil norteamericana) para reducir a esta familia a la caridad. El ritmo de vida normal —e inevitable— atravesaba diversos baches en los que podían caer el trabajador y su familia; por ejemplo, el nacimiento de un hijo, la ancianidad y la jubilación. En Preston, el 52 por 100 de todas las familias obreras con hijos por debajo de la edad laboral, trabajando a pleno rendimiento en un año memorablemente bueno (1851), podían contar con vivir por debajo del nivel de pobreza.²⁶ En cuanto a la vejez, era una catástrofe que se esperaba estoicamente, una disminución de las posibilidades de conseguir un salario, así como una disminución de la fuerza física, a partir de los cuarenta años y, especialmente, para los menos especializados, todo ello iba seguido de la pobreza, de la caridad y la limosna. Para la clase media de mediados del siglo XIX esta fue la edad de oro de la madurez, cuando los hombres alcanzaban la cúspide de sus carreras, ingresos y actividades y aún no era evidente el

declive fisiológico. Únicamente para los oprimidos —los trabajadores de ambos sexos y las mujeres de todas clases— la flor de la vida florecía en su juventud.

Por consiguiente, ni los incentivos económicos ni la inseguridad proporcionaron un mecanismo *general*, realmente efectivo, para mantener a los trabajadores en sus puestos; los primeros, debido a que su alcance era limitado; la segunda porque, en su mayor parte, era o parecía tan inevitable como el frío o el calor. A la clase media le resultaba difícil comprender esto. ¿Por qué los obreros mejores, más sobrios y juiciosos eran los únicos capaces de formar parte de los sindicatos? ¿Debido acaso a que sólo ellos merecían los salarios más elevados y el puesto de trabajo más seguro? Con todo, los sindicatos estuvieron formados, de hecho, y dirigidos, sin duda, por estos hombres, aunque la mitología burguesa los consideraba una chusma de estúpidos e ilusos, instigada por agitadores, que de lo contrario no habrían podido conseguir un modo de vida confortable. Por supuesto, no se trataba de ningún misterio. Los obreros que los patronos se disputaban no eran sólo los únicos con la capacidad de negociación suficiente para hacer factibles los sindicatos, sino también aquellos más conscientes de que el «mercado» por sí solo no les garantizaba ni seguridad, ni aquello a lo que creían tener derecho. No obstante, en la medida en que carecían de organización —y en ocasiones, incluso, cuando la tenían— los mismos obreros dieron a sus patronos una solución al problema de la dirección de los trabajadores: por lo general, les gustaba el trabajo, y sus aspiraciones eran notablemente modestas. Los inmigrantes no cualificados o «novatos», provenientes del campo, estaban orgullosos de su fuerza, y procedían de un entorno en el que el trabajo duro era el criterio para valorar los méritos de una persona, y donde la esposa no se escogía por su aspecto físico, sino por su potencial para trabajar. «La experiencia me ha demostrado —decía en 1875 un norteamericano, supervisor de una fundición— que una juiciosa mezcla de alemanes, irlandeses, succos y lo que yo llamo «alforfones» —jóvenes campesinos norteamericanos— constituyen la fuerza de trabajo más efectiva y manejable que se pueda encontrar»; en realidad, cualquier cosa era preferible a «los ingleses, que porfían con gran insistencia por mayores salarios, menor producción y que van a la huelga».²⁷

Por otra parte, los obreros especializados se movían por los incentivos no capitalistas del conocimiento del oficio y del orgullo profesional. Eran las verdaderas máquinas de este período, limaban y pulían el hierro y el bronce con cariño y el trabajador en perfecto orden durante un siglo, son una demostración de ello (en la medida en que aún sobreviven). Los interminables catálogos de objetos exhibidos en las exposiciones internacionales, aunque enormemente antiestéticos, son monumentos al amor propio de los que los construyeron. Estos hombres no aceptaban fácilmente las órdenes y la supervisión, y por ello estuvieron con frecuencia fuera de un control efectivo, excepto el colectivo de su taller. Con frecuencia, también se sintieron agraviados por los salarios por pieza, o por cualquier otro método de acelerar las

tareas complejas o difíciles y, por consiguiente, bajar la calidad de un trabajo que respetaban. Pero, aunque no trabajaban con más intensidad ni rapidez que lo que requería su trabajo, tampoco lo hacían más despacio ni con menos intensidad: nadie les daba un incentivo especial para que lo hiciesen lo mejor posible. Su lema era: «una jornada laboral por el jornal diario», y si, confiadamente, esperaban que la paga les satisficiera, también esperaban que su trabajo satisficiera a todo el mundo, incluidos ellos mismos.

De hecho, por supuesto, este enfoque del trabajo, esencialmente no capitalista, beneficiaba más a los patronos que a los obreros. Ya que los compradores del mercado de fuerza de trabajo operaban sobre el principio de comprar en el mercado más barato y vender en el más caro, aunque, en ocasiones, desconocían los métodos adecuados para contabilizar los costos. Pero, por regla general, los vendedores no pedían que se les diese el máximo salario que pudiese proporcionar el mercado, a cambio de la mínima cantidad de fuerza de trabajo posible. Trataban de obtener un modo de vida decente como seres humanos. Quizá lo que intentaban era «mejorar». En pocas palabras, aunque, naturalmente, no eran insensibles a la diferencia existente entre los salarios más altos y más bajos, estaban más preocupados por una forma de vida humana que por una negociación económica.*

III

Pero ¿podemos acaso hablar de «los obreros» como si fuesen una sola categoría o clase? ¿Qué podía haber en común entre grupos con tan distintos ambientes, orígenes sociales, formación, situación económica y, en ocasiones, incluso con tan diferentes idiomas y costumbres? Dicha unidad no provenía de la pobreza, ya que, según los patronos de la clase media, todos tenían unos ingresos modestos —excepto en paraísos del trabajador como Australia, donde en la década de 1850 un cajista de imprenta podía ganar 18 libras a la semana—,²⁹ pero, según los patronos de los pobres, había gran diferencia entre los «artesanos» especializados, bien pagados y con un empleo más o menos fijo, que los domingos vestían una copia del traje de la clase media respetable, e incluso lo hacían para ir y venir del trabajo, y los muertos de hambre andrajosos, que a duras penas sabían de dónde sacar su próxima comida, y menos aún la de su familia. Realmente, estaban unidos por un sentimiento común hacia el trabajo manual y la explotación, y cada vez más también por el

* El caso extremo de esta clase de contraposición se dio en el campo de los deportes-espectáculo profesionales, aunque sus formas modernas apenas se dieron en el período que estudiamos. El futbolista profesional británico, que apareció a finales de la década de 1870, solía jugar hasta después de la segunda guerra mundial principalmente por un premio justo, además de por la gloria y por una ganancia ocasional, aunque su valor monetario en el mercado de las transferencias solía alcanzar miles de libras. El momento en el que la estrella futbolística aspiró a que le pagasen según su valor en el mercado señaló una transformación fundamental en el deporte; lo cual se consiguió mucho antes en Estados Unidos que en Europa.

destino común que les obligaba a ganar un jornal. Estaban unidos por la creciente segregación a que se veían sometidos por parte de la burguesía cuya opulencia se incrementaba espectacularmente, mientras que, por el contrario, su situación seguía siendo precaria, una burguesía que se iba haciendo cada vez más cerrada e impermeable a los advenedizos.* En esto residía toda la diferencia entre los modestos grados de bienestar que, razonablemente, podía esperar conseguir un obrero o ex obrero afortunado, y las acumulaciones de riqueza realmente impresionantes. Los obreros fueron empujados hacia una conciencia común, no sólo por esta polarización social, sino por un estilo de vida común, al menos en las ciudades —en el que la taberna («la iglesia del obrero», como la denominó un liberal burgués) desempeñaba un papel central—, y por su modo de pensar común. Los menos conscientes tendían a «secularizarse» tácitamente, los más conscientes a radicalizarse, convirtiéndose en los defensores de la Internacional en las décadas de 1860 y 1870, y en los futuros seguidores del socialismo. Ambos fenómenos estuvieron unidos, pues la religión tradicional siempre había sido un lazo de unión social a través de la afirmación ritual de la comunidad. Pero en Lille, durante el Segundo Imperio, las procesiones y ceremonias comunes decayeron. Los pequeños artesanos de Viena, cuya piedad simple e ingenua felicidad frente a la pompa y ostentación católica constató ya Le Play en la década de 1850, se habían vuelto indiferentes. En menos de dos generaciones habían traspasado su fe al socialismo.³⁰

Indiscutiblemente, el heterogéneo grupo de los «trabajadores pobres» tendió a formar parte del «proletariado» en las ciudades y regiones industriales. En la década de 1860, la creciente importancia de los sindicatos dio fe de ello, y la misma existencia —por no hablar del poder— de la Internacional habría sido imposible sin aquéllos. Aun así, los «trabajadores pobres» no habían sido únicamente una reunión de diferentes grupos. En especial, en los difíciles y desesperanzados tiempos de la primera mitad del siglo, se habían fundido en la masa homogénea de los descontentos y los oprimidos. En estos momentos dicha homogeneidad se estaba perdiendo. La era del capitalismo liberal floreciente y estable ofrecía a la «clase obrera» la posibilidad de mejorar su suerte mediante la organización colectiva. Pero aquellos que, simplemente, siguieron siendo los «pobres», poco uso pudieron hacer de los sindicatos, y menos aún de las mutualidades. De una manera general, los sindicatos fueron organizaciones de minorías favorecidas, aunque las huelgas masivas pudiesen, en ocasiones, movilizar a las masas. Por otra parte, el capitalismo liberal ofrecía al obrero individual claras perspectivas de prosperar, en términos burgueses, lo cual no estaba al alcance de grandes grupos de población trabajadora, o simplemente era rechazado por ellos.

* En Lille la «clase alta» (burguesa) pasó de ser el 7 a ser el 9 por 100 de la población entre 1820 y 1873-1875, pero su porción de las riquezas legadas por testamento creció del 58 al 90 por 100. Las «clases populares», que aumentaron de un 62 a un 68 por 100, únicamente legaban un 0,23 por 100 de los bienes testamentarios. Y esta cifra que habría sido muy modesta para 1821, era todavía entonces del 1,4 por 100.²⁹

Por ello se produjo una fisura en lo que, cada vez en mayor medida, se estaba convirtiendo en la «clase obrera»; fisura que separó a los «obreros» de los «pobres», o, alternativamente, a los «respetables» de los «no respetables». En términos políticos (véase el capítulo 6), separó a los individuos como «los artesanos inteligentes», a los que estaban ansiosos de conceder el voto los radicales de clase media, de las peligrosas y harapientas masas, que aún estaban decididos a seguir excluyendo.

Ningún término es tan difícil de analizar como el de la «respetabilidad» de la clase obrera a mediados del siglo XIX, pues expresaba, simultáneamente, la penetración de los valores y patrones de la clase media, así como de las actitudes sin las que hubiera sido difícil conseguir la autoestimación de la clase obrera, y, asimismo, define un movimiento de lucha colectiva de muy difícil construcción: sobriedad, sacrificio y aplazamiento de la recompensa. Si el movimiento obrero hubiese sido claramente revolucionario, o al menos hubiese estado rigurosamente separado del mundo de la clase media (como había ocurrido hasta 1848 y como ocurriría en la época de la Segunda Internacional), la distinción habría sido bastante evidente. Sin embargo, en el tercer cuarto del siglo XIX resultaba casi imposible trazar la línea de demarcación entre mejora individual y colectiva, y entre la imitación de la clase media y, por así decirlo, su derrota mediante el empleo de sus propias armas. ¿Dónde situaríamos a William Marcroft (1822-1894)? Podría ser presentado como un modesto ejemplo de la autoayuda de Samuel Smiles —hijo ilegítimo de una criada rural y de un tejedor, absolutamente falto de educación formal, que pasó de ser un obrero textil en Oldham a capataz en unas obras de ingeniería, hasta que en 1861 se estableció por su cuenta como dentista, poseyendo a su muerte casi 15.000 libras; como vemos no fue un individuo sin importancia: fue un liberal radical toda su vida, y un sobrio abogado. Sin embargo, debe su modesto lugar en la historia a una pasión, que duró igualmente toda su vida, por la producción cooperativa (es decir, por el socialismo, a través de la autoayuda), a la que consagró su existencia. Por el contrario, William Allan (1813-1874) fue un defensor indiscutible de la lucha de clases y, según su necrológica, «en cuestiones sociales se inclinó hacia la escuela de Robert Owen». Sin embargo, este trabajador radical, formado en la escuela revolucionaria anterior a 1848, pasaría a la historia del trabajo como el precavido, moderado y, sobre todo, eficiente administrador del principal sindicato de trabajadores especializados al «nuevo estilo», la Sociedad Corporativa de Ingenieros (Amalgamated Society of Engineers); así como un miembro practicante de la Iglesia anglicana, y «en política, un liberal profundo y consecuente, sin ninguna inclinación por el charlatanismo político».³¹

El hecho es que, en esta época, el obrero capaz e inteligente, sobre todo si poseía alguna especialización, constituía el principal puntal del control social y la disciplina industrial ejercida por la clase media, y formaba los cuadros más activos de la autodefensa obrera colectiva. En el primer caso operaba así porque lo necesitaba un capitalismo estable, próspero y en expansión, y que le ofrecía perspectivas de mejorar, modestamente, y en cualquier caso

parecía ineludible, pues ya no se consideraba algo provisional y temporal. Por el contrario, la revolución total parecía menos la primera etapa de un cambio aún mayor que la última de una era pasada: en el mejor caso era un espléndido recuerdo de vivos colores; en el peor, una prueba de que no había atajos agitados al progreso. Pero el obrero también participaba en la segunda opción, porque —con la posible excepción de Estados Unidos, la tierra que prometía a los pobres un camino para salir de la pobreza de toda la vida, a los obreros el éxito privado en el seno de la clase obrera, y a cada ciudadano la igualdad— la clase obrera sabía que el mercado libre del liberalismo no iba a proporcionarles sus derechos, ni a cubrir sus necesidades. Tenían que organizarse y luchar. La «aristocracia del trabajo» británica, un estrato social peculiar de este país, donde la clase de pequeños productores independientes, de comerciantes, etc., era relativamente insignificante, así como la clase media baja de *whitecollars* (oficinistas) y otros burócratas, sirvió para transformar el Partido Liberal en un partido con una genuina atracción para las masas. Al mismo tiempo formó el núcleo principal del desusadamente poderoso y organizado movimiento sindicalista. En Alemania, incluso los obreros más «respetables» fueron empujados a las filas del proletariado, por la gran distancia que los separaba de la burguesía, y por el poder de las clases intermedias. En este país, los individuos inmersos en las nuevas asociaciones de «automejora» (*Bildungsvereine*), de la década de 1860 —en 1863 había unos 1.000 clubs de esta clase, y hacia 1872 sólo en Baviera, no menos de 2.000—, fueron arrastrados lejos del liberalismo de clase media de dichos cuerpos, aunque quizá no ocurrió lo mismo con la cultura de clase media que seguían inculcando.³² Llegarían a formar los cuadros del nuevo movimiento socialdemócrata, especialmente al finalizar el período que tratamos. No obstante, eran obreros que se autopromocionaban, «respetables» porque se autorrespetaban y llevaban el lado bueno y malo de su respetabilidad a los partidos de Lassalle y Marx. Sólo donde la revolución aparecía todavía como la única solución plausible para las condiciones de vida del trabajador pobre, o donde —como en Francia— la tradición insurreccional y la república social revolucionaria pertenecían a la tradición política dominante de los obreros, la «respetabilidad» fue un factor relativamente insignificante, o quedó limitada a la clase media y aquellos que quisiesen identificarse con ella. ¿Qué ocurría con el resto de los trabajadores? A pesar de que fueron objeto de un mayor número de estudios que la «respetable» clase obrera (aunque en esta generación bastante menos que antes de 1848 o después de 1880), en realidad sabemos muy poco sobre ellos, excepto con respecto a su pobreza y abandono. No expresaban jamás sus opiniones en público y rara vez les importaban aquellas organizaciones sindicales, políticas o de cualquier otro tipo, que se esforzaban por atraer su atención. Incluso el Ejército de Salvación, formado sobre la idea de los pobres «no respetables», apenas triunfó, a no ser como grata adición a los entretenimientos públicos gratuitos (con sus uniformes, bandas de música y vivaces himnos) y como una útil fuente de caridad. Realmente, para muchos de los oficios no cualificados o duros, el tipo de organizaciones que comenzaban a dar fuerza

al movimiento obrero eran casi imposibles de ser llevadas a la práctica. Las grandes corrientes del movimiento político, como el cartismo de la década de 1840, podían enrolarlos en sus filas: los vendedores ambulantes londinenses (pequeños comerciantes), descritos por Henry Mayhew, eran todos artistas. Las grandes revoluciones, aunque quizá sólo brevemente, podían atraer incluso a los más oprimidos y apolíticos; las prostitutas de París apoyaron con firmeza a la Comuna de 1871. Pero la era del triunfo de la burguesía no significó, precisamente, el de la revolución, ni siquiera el de un movimiento político de masas. Quizá Bakunin no estuviese del todo equivocado al suponer que, en esa época, el espíritu de insurrección, al menos potencial, estaba latente entre los marginados y el subproletariado, aunque quizá errase al creer que podían constituir la base de los movimientos revolucionarios. Los pobres de París apoyaron la Comuna, pero sus activistas eran los obreros y artesanos más cualificados, y el sector más marginal de los pobres —los adolescentes— apenas gozaron de representación. Los adultos, especialmente aquellos con edad suficiente para acordarse, aunque fuese débilmente, de 1848, fueron los verdaderos insurrectos de 1871.

La línea que dividía a los trabajadores pobres en militantes potenciales de los movimientos obreros y en «los demás», no era neta, pero aun así, existía. La «asociación» —la formación libre y consciente de sociedades democráticas voluntarias para la protección y la mejora social— fue la fórmula mágica de la era liberal; a través de ella iban a desarrollarse incluso los movimientos obreros que luego abandonarían el liberalismo.³¹ Los que querían y podían «asociarse», podían efectivamente, en el mejor de los casos, encogerse de hombros, o en último extremo despreciar a aquellos otros que ni querían ni podían hacerlo, incluidas las mujeres, que estaban virtualmente excluidos del mundo de las ceremonias, cuestiones de procedimiento y propuestas para la admisión de miembros en los clubs. Los límites de esa porción de la clase obrera —que podía identificarse con los artesanos independientes, los comerciantes e incluso con los pequeños empresarios—, que comenzaba a ser considerada como fuerza social y política, coincidía medianamente con los del mundo de los clubs: mutualidades, hermandades de beneficencia (generalmente con impresionantes rituales), coros, clubs gimnásticos o deportivos y, por un lado, incluso organizaciones religiosas voluntarias y, por el otro, sindicatos obreros y asociaciones políticas. Todo esto abarcaba una porción variable, aunque sustancial, de la clase obrera, que en Gran Bretaña alcanzó quizá a un 40 por 100 al final del período que estudiamos. Pero dejaba a una gran mayoría fuera. Ellos fueron el objeto y no el sujeto de la era liberal. Los demás estaban a la espera y alcanzaron bastante poco: e incluso menos.

Es difícil, retrospectivamente, hacerse una idea equilibrada de la situación de esta gran masa trabajadora. Por una razón: el número de países que contaban con ciudades e industrias modernas era mucho más elevado, como largo era el camino recorrido en el campo del desarrollo industrial. Por consiguiente, no es fácil generalizar, y el valor de dicha generalización es limitado, aun en el caso de que nos limitemos —como efectivamente hemos hecho— a los

países relativamente desarrollados, tan distintos de los atrasados, y a la clase obrera urbana, tan distinta de los sectores agrarios y campesinos. El problema consiste en lograr un equilibrio entre, por una parte, la terrible pobreza que aún dominaba la vida de la mayoría de los obreros, con el repulsivo entorno físico y vacío moral que rodeaba a muchos de ellos y, por otra, el progreso general indiscutible de sus condiciones y perspectivas desde la década de 1840. Los autocomplacientes voceros de la burguesía estaban inclinados a recalcar los progresos realizados, aunque nadie podía evitar que sir Robert Giffen (1837-1900), reflexionando sobre la vida británica del medio siglo anterior a 1883, la denominase discretamente «un residuo todavía inculto», ni se podía negar que la mejora «incluso medida con un rasero muy bajo, es demasiado pequeña», ni que «nadie puede contemplar las condiciones de las masas sin desear algún tipo de revolución que dé lugar a mejores condiciones».³⁴ Los reformadores sociales, menos autocomplacientes, aunque no negaban el progreso (que era un progreso sustancial, en el caso de la clase obrera, cuya relativa escasez de cualificaciones los mantenía continuamente en un mercado de fuerza de trabajo), proporcionaron una perspectiva no tan de color de rosa:

Quedan [escribió miss Edith Simcox, de nuevo a principios de la década de 1880] ... unos diez millones de obreros urbanos, incluyendo a todos los artesanos y trabajadores, cuya vida no está, por lo general, oscurecida por el temor a «ir al asilo». No podemos trazar una línea neta y segura entre los trabajadores que se cuentan entre los «pobres» y los que no se cuentan entre ellos, hay un flujo constante, y además de aquellos que sufren una retribución insuficiente crónica, los artesanos y los comerciantes y aldeanos, se hunden constantemente, sea o no por su culpa, en las profundidades de la miseria. No es fácil juzgar que proporción de los diez millones pertenece a la próspera aristocracia de la clase obrera, esa parte con la que toman contacto los políticos y de donde provienen aquellos a los que la sociedad se apresura a recibir como «representantes de los obreros...». Confieso que difícilmente me aventuraría a esperar que más de dos millones de obreros especializados, que representan a una población de cinco millones, estén viviendo, habitualmente, en la situación desahogada y relativamente segura de la clase modesta ... Los otros cinco millones incluyen a los operarios y obreros menos especializados, hombres y mujeres, cuyos salarios máximos sólo bastan para cubrir las necesidades más estrictas, y para poder llevar una existencia decente, y para los que, por consiguiente, cualquier infortunio significa la penuria, pasando velozmente a la indigencia.³⁵

Pero incluso estas impresiones documentadas y bien intencionadas fueron demasiado esperanzadas, por dos razones: primero porque (como pusieron en claro los estudios sociales disponibles desde finales de la década de 1880) los trabajadores pobres —que constituían casi el 40 por 100 de la clase obrera londinense— apenas podían «llevar una existencia decente» aun haciendo referencia a los austeros patrones que entonces se aplicaban a las clases más bajas. Segundo, porque «la situación desahogada y relativamente segura de la

clase modesta» valía bastante poco. La joven Beatrix Potter, que vivió anónimamente entre los obreros textiles de Bacup, estaba segura de que compartía la «confortable vida de la clase obrera»: disidentes y colaboradores, una comunidad hermética en la que no había lugar para los advenedizos, marginados y gentes «no respetables», rodeada por «el bienestar general del trabajo bien ganado y bien pagado», y por las «confortables casitas bien amuebladas y el té excelente». Y, sin embargo, esta aguda observadora podría describir a esas mismas personas —casi sin darse cuenta de lo que estaba contemplando— como seres sobrecargados de trabajo en las épocas de mucho movimiento, comiendo y durmiendo demasiado poco, y demasiado exhaustas físicamente para realizar un esfuerzo intelectual, a merced de los «múltiples riesgos de postración y fracaso que significaba ausencia de bienestar físico». Potter afirmaba que la profunda y simple piedad puritana de dichos hombres y mujeres era una respuesta al temor de «unas vidas de agotamiento y fracaso».

«La vida en Cristo» y la esperanza en el otro mundo proporcionaban alivio y elevación a la mera lucha por la existencia, calmando el inocente anhelo por las cosas buenas de este mundo, gracias a la creencia en el «mundo del más allá», y convirtiendo el fracaso en un «instrumento de la gracia», en vez de en un despreciable deseo de éxito.³⁴

Este no es el retrato de los hambrientos a punto de despertarse de su sueño, pero tampoco el retrato de los hombres y mujeres «mejor, infinitamente mejor que cincuenta años atrás», y aún menos lo era de una clase que «tenía casi todos los beneficios materiales de esos últimos cincuenta años» (Giffen),³⁵ como mantenían los autocomplacientes e ignorantes economistas liberales. Es el retrato de individuos que se autorrespetaban y que confiaban en sí mismos, y cuyas expectativas eran lastimosamente modestas, que sabían que podían hallarse en circunstancias peores, y que quizá recordasen los tiempos en que habían sido aún más pobres, pero que estaban siempre obsesionados por el espectro de la pobreza (tal como ellos la entendían). El nivel de vida de la clase media nunca sería para ellos, sino que siempre les rondaba la pobreza. «No debemos abusar de las cosas buenas, pues el dinero se gasta rápidamente», dijo uno de los anfitriones de Beatrix Potter, dejando tras una o dos chupadas, el cigarrillo que ella le había ofrecido en la repisa de la chimenea para la noche siguiente. Quienquiera que olvide que esto era lo que pensaban durante estos años los hombres sobre las cosas buenas de la vida, será incapaz de juzgar el pequeño pero genuino progreso que la gran expansión capitalista llevó a una buena parte de la clase obrera, en el tercer cuarto del siglo XIX. Y que el abismo que los separaba del mundo burgués era amplio e insalvable.

13. EL MUNDO BURGUÉS

Sabéis que pertenecemos a un siglo en el que el hombre sólo se valora por lo que es. Todos los días algún patrón, sin la suficiente energía o seriedad, es obligado a descender los escalones de una jerarquía social que le parecía permanentemente suya, y toma su puesto cualquier dependiente inteligente y animoso.

Mme. MOTTE-BOSSUT a su hijo, 1856¹

He aquí a sus pequeños rodeándole, se calientan al calor de su sonrisa.
Y la inocencia infantil y la alegría iluminan sus rostros.
Él es puro y ellos le honran; él les ama y ellos le aman.
Él es coherente y ellos le aprecian; él es firme y ellos le temen.
Sus amigos son los mejores de entre los hombres.
Él va al bien organizado hogar.

MARTIN TUPPER, 1876²

I

Ahora debemos atender a la sociedad burguesa. Los fenómenos más superficiales son, en ocasiones, los más profundos. Permítasenos comenzar el análisis de esta sociedad, que alcanzó su apogeo en este periodo, con la descripción de las ropas que vestían sus miembros y los intereses que los rodeaban. «El hábito hace al monje», decía un proverbio alemán, y ninguna otra época lo entendió tan bien como ésta, en la que la movilidad social podía colocar a un gran número de personas en la situación, históricamente nueva, de desempeñar nuevos (y superiores) papeles sociales, y, en consecuencia, vestir las ropas apropiadas. No hacía mucho que el austriaco Nestroy había escrito su divertida y amarga farsa *El talismán* (1840), en la que el destino de un pobre hombre pelirrojo cambia dramáticamente por la adquisición y subsiguiente pérdida de una peluca negra. El hogar era la quintaesencia del mundo burgués, pues en él y sólo en él podían olvidarse o eliminarse artificialmente los problemas y contradicciones de su sociedad. Aquí, y sólo aquí, la burguesía e incluso la familia pequeñoburguesa podía mantener la ilusión de una armoniosa y jerárquica felicidad, rodeada por los objetos materiales que

16. CONCLUSIÓN

Haced lo que queráis, el destino tiene la última palabra en lo referente a los asuntos humanos. Hay una tiranía real para vosotros. Según los principios del Progreso, el destino debería haber sido abolido hace mucho tiempo.

JOHANN NESTROY, dramaturgo cómico vienés, 1850¹

La era del triunfo liberal se inició con una revolución fracasada y terminó con una prolongada depresión. La primera constituye un hito más apropiado que la segunda para indicar el comienzo o el fin de una era, pero la historia no tiene en cuenta el interés de los historiadores, aunque algunos de ellos no siempre son conscientes de ello. Las exigencias del drama podían sugerir que la conclusión de este libro debería ser un acontecimiento corrientemente espectacular —quizá la proclamación de la unidad alemana y la Comuna de París de 1871, o incluso la gran caída de la Bolsa de 1873—, pero las exigencias del drama y la realidad con frecuencia no coinciden. El camino no finaliza con el espectáculo de una cumbre o una cascada, sino con el menos identificable paisaje de una vertiente: un período situado entre 1871 y 1879. Si hemos de elegir una fecha, permítasenos escoger una que simbolice el «a mediados» de la década de 1870, que no se identifica con ningún acontecimiento suficientemente descollante que constituya un obstáculo innecesario, es decir, 1875.

La nueva era que sigue al triunfo del liberalismo va a ser muy distinta. En economía se alejará con rapidez de la desenfrenada competencia entre empresas privadas, de la no injerencia gubernamental en los asuntos económicos, y de lo que los alemanes llamaban *Manchesterismus* (la ortodoxia del libre comercio de la Inglaterra victoriana), para pasar a las grandes corporaciones industriales (cárteles, trusts y monopolios), a la injerencia gubernamental en grados considerables, y a las muy diferentes ortodoxias de la política, aunque no necesariamente las de la teoría económica. La era del individualismo finalizó en 1870, de lo que se lamentaba el abogado inglés A. V. Dicey, y se iniciaba la del «colectivismo», y si bien la mayor parte de lo que él consideraba, lúgubremente, avances del «colectivismo» nos parecen insignificantes, no le faltaba razón en cierto sentido.²

La economía capitalista cambiaría en cuatro aspectos significativos. En primer lugar, entramos en una nueva era tecnológica, ya no determinada por las invenciones y métodos de la primera revolución industrial: una era con nuevas fuentes de energía (la electricidad y el petróleo, las turbinas y el motor de explosión), de nuevas maquinarias basadas en los nuevos materiales (acero, aleaciones y metales no férricos) y de nuevas industrias con bases científicas, como la industria, en plena expansión, de la química orgánica. En segundo lugar, entramos, de manera creciente, en la economía de mercado dirigida al consumidor doméstico, iniciada en Estados Unidos y fomentada (en Europa, modestamente) no sólo por los crecientes ingresos de las masas, sino, sobre todo, por el evidente crecimiento demográfico de los países desarrollados. De 1870 a 1910, la población de Europa pasó de 290 a 435 millones y las de Estados Unidos de 38,5 a 92 millones. En otras palabras, entramos en el período de la producción en serie, incluyendo la de algunos productos duraderos para el consumo.

En tercer lugar —y en ciertos aspectos esto constituyó el progreso más decisivo— tuvo lugar un paradójico cambio de sentido. La era del triunfo liberal había sido la del monopolio industrial británico, *de facto*, a nivel internacional, en el que (con algunas notables excepciones) los beneficios estaban asegurados, con pocos problemas, gracias a la competencia de la pequeña y mediana empresa. La era posliberal se caracterizó por la existencia de una competencia internacional entre economías industriales nacionales rivales: la británica, la alemana y la norteamericana; competencia agudizada por las dificultades que las empresas de cada una de esas economías encontraban, durante el período de depresión, para obtener los beneficios adecuados. Así, la competencia desembocó en la concentración económica, en el control y en la manipulación del mercado. Citemos a un excelente historiador:

El crecimiento económico ahora también significaba lucha económica —lucha que separaba a los fuertes de los débiles, que desanimaba a unos y endurecía a otros, para favorecer a las nuevas y hambrientas naciones a expensas de las viejas. El optimismo sobre un futuro de progreso indefinido dio paso a una incertidumbre y a un sentido agónico, en el sentido más clásico del término. Todo lo cual robusteció y, a su vez, fue robustecido por agudas rivalidades políticas: ambas formas de competencia quedaron fundidas en esa oleada final de hambre de tierra y de acaparamiento de esferas de influencia que se ha llamado el nuevo imperialismo.³

El mundo entraba en el período imperialista, en el sentido más amplio del término (que incluye los cambios acontecidos en la estructura de la organización, por ejemplo, el «capital monopolista»), pero también en su sentido más restringido: es decir, la nueva integración de los países «subdesarrollados» como dependencias de una economía mundial dominada por los países «desarrollados». Esto se debió no sólo a la rivalidad de los mercados y de los capitales de exportación (que llevó a las potencias a dividirse el mundo en reservas formales e informales para sus propios hombres de negocios), sino

a la creciente importancia de las materias primas que no podían obtenerse en la mayoría de los países desarrollados por razones climáticas o geológicas. Las nuevas industrias tecnológicas requerían estas materias: petróleo, caucho y metales no férricos. Hacia finales del período, Malaysia era famosa por su producción de estaño; Rusia, la India y Chile, por el manganeso; Nueva Caledonia, por el níquel. La nueva economía comunista requería cantidades crecientes, no sólo de las materias que también producían los países desarrollados (por ejemplo, cereales y carne), sino de aquellas que no producían (por ejemplo, bebidas y frutas tropicales o subtropicales o aceite vegetal «ultramarino» para jabón). Las «repúblicas bananeras» llegaron a formar parte de la economía del mundo capitalista, en la misma medida que las colonias productoras de estaño, de caucho o de cocos.

A escala global, esta dicotomía entre zonas desarrolladas y subdesarrolladas (teóricamente complementarias), aunque en sí misma no era nada nuevo, iba a asumir un aspecto moderno. La aparición del nuevo patrón de desarrollo-dependencia continuaría sólo con breves interrupciones hasta la depresión de 1930, y constituye el cuarto cambio principal experimentado por la economía mundial.

En política, el fin de la era liberal representa, literalmente, lo que sus palabras implican. En Gran Bretaña, los *whigs* (en el sentido amplio de que no fuesen *tories*) habían estado ocupando cargos, con dos breves excepciones, a lo largo del período que va de 1848 a 1874. En el último cuarto de siglo iban a seguir en sus cargos por no más de ocho años. En Alemania y Austria, los liberales dejaron, en la década de 1870, de constituir la principal base parlamentaria de los gobiernos, en la medida en que los gobiernos necesitaban tal base. Resultaron debilitados, no sólo por el fracaso de su ideología del libre comercio y sobria administración (es decir, relativamente inactiva), sino por la democratización de la política electoral (véase el capítulo 6), que destruyó la ilusión de que su política representaba a las masas. Por una parte, la depresión aumentó la fuerza de los intereses proteccionistas de algunas empresas y de los intereses nacionales agrarios. La tendencia hacia el libre comercio fue trastocada en Rusia y Austria en 1874-1875, en España en 1877, en Alemania en 1879, y, prácticamente, en todas partes, excepto en Gran Bretaña: e incluso, en este país, el libre comercio sufrió fuertes presiones a partir de la década de 1870. Por otra parte, la exigencia desde abajo de protección contra los «capitalistas», por parte de los «económicamente débiles», de seguridad social, de medidas públicas contra el desempleo y de un salario mínimo por parte de los obreros, llegaron a ser oral y políticamente efectivas. La clase obrera pasó a ser la «clase mejor», pues la antigua nobleza jerárquica y la nueva burguesía no pudieron seguir denominándola «clase baja», o, sobre todo, basarse en su apoyo, prestado sin contrapartida.

Estaba surgiendo un nuevo estado increíblemente poderoso e interventor, y en su seno se estaban desarrollando nuevos patrones políticos, ya previstos con pesimismo por los pensadores antidemocráticos. «La versión moderna de

los Derechos del Hombre —afirmaba el historiador Jacob Burckhardt en 1870— incluyen el derecho al trabajo y a la subsistencia. Pues los hombres ya no quieren dejar los asuntos vitales a la sociedad, porque quieren lo imposible e imaginan que sólo están seguros bajo la compulsión del estado.»¹ Lo que les preocupaba no era sólo la exigencia, supuestamente utópica, de los pobres a vivir decentemente, sino la capacidad de esos mismos pobres para imponer este derecho. «Las masas quieren su tranquilidad y su recompensa. Si las consiguen de una república o de una monarquía se adherirán indiferentemente a una u otra. Q bien, sin mucho esfuerzo, apoyarán la primera constitución que les prometa lo que ellos quieren.»⁴ Y el estado, que ya no estaba controlado por la autonomía moral y por la legitimidad que le confería la tradición, o por la creencia en la indestructibilidad de las leyes económicas, se convertiría cada vez más, en la práctica, en un Leviatán todopoderoso, aunque en teoría sería un simple instrumento para conseguir los propósitos de las masas.

Según los patrones modernos, la ampliación del papel y de las funciones del estado siguió siendo bastante modesta, aunque su gasto per cápita (es decir, sus actividades) habían aumentado casi por doquier en estos años, en especial como consecuencia del gran aumento de la deuda pública (excepto en los bastiones del liberalismo, de la paz y de la empresa privada no subvencionada, como Gran Bretaña, Holanda, Bélgica y Dinamarca).^{*} En cualquier caso, el gasto social, excepto en el capítulo educativo, siguió siendo bastante insignificante. Por otra parte, en política, tres nuevas tendencias surgieron de las confusas tensiones de esta nueva era de depresión económica que, casi en todas partes, se había convertido en una era de agitación y descontento.

La primera, y en apariencia la más nueva, fue la aparición de los partidos y movimientos obreros independientes, generalmente con una orientación socialista (es decir, cada vez más marxista), de la que el Partido Socialdemócrata alemán fue el primer y más brillante ejemplo. Aunque los gobiernos y la clase media de la época consideraban a esos partidos como los más peligrosos, de hecho compartían los valores y presupuestos del racionalismo ilustrado sobre el que se basaba el liberalismo. La segunda tendencia no compartía esta herencia, y, en realidad, se le opuso categóricamente. Los partidos demagógicos antiliberales y antisemitas surgieron en las décadas de 1880 y 1890, ambos a la sombra de su antigua filiación liberal —como en el caso de los nacionalistas antisemitas y pangermanistas que serían los antecesores del hitlerismo—, o bajo el ala de las hasta entonces políticamente inactivas iglesias, como el movimiento «socialcristiano» de Austria.^{**} La tercera

* El incremento del gasto educativo siguió siendo mucho más importante en los países en desarrollo extraeuropeos, que se encontraban en trance de construir la infraestructura de su economía, gracias a la importación de capital, como Estados Unidos, Canadá y Argentina.

** Por varias razones, entre las cuales se cuenta la autorreconocida posición ultrarreaccionaria del Vaticano en tiempos de Pío IX (1846-1878), la Iglesia católica fracasó al tratar de utilizar con efectividad su enorme poder en la política de masas, excepto en algunos países occidentales, en los que era una minoría, y se vio obligada a organizarse como grupo de presión; como en el «Partido del Centro» alemán, a partir de la década de 1870.

tendencia era la de la emancipación de los partidos y movimientos nacionalistas de masas de su primitiva identificación ideológica con el liberal-radicalismo. Ciertos movimientos en favor de la autonomía nacional o la independencia tendieron a inclinarse, al menos teóricamente, hacia el socialismo, especialmente cuando la clase obrera desempeñaba un papel significativo en los diferentes países; se trataba de un socialismo nacional más que internacional (como los así llamados socialistas del pueblo checo, o el Partido Socialista polaco) y el elemento nacionalista tendió a prevalecer sobre el socialista. Otros se inclinaron hacia una ideología basada en el linaje, la tierra y el idioma, concebida más bien como tradición étnica o poco más.

Todo ello no alteró el patrón político básico de los estados desarrollados, surgidos en los años sesenta: es decir, un acercamiento más o menos gradual y renuente al constitucionalismo democrático. No obstante, la aparición de una política de masas no liberal, aunque teóricamente aceptable, atemorizó a los gobiernos. Antes de que aprendiesen a «manejar» el nuevo sistema, estuvieron inclinados en ocasiones —en especial durante la Gran Depresión— a caer en el pánico o la coerción. La Tercera República no readmitió en la política a los supervivientes de la masacre de la Comuna, hasta los primeros años de la década de 1880. Bismarck, que sabía cómo manejar a los liberales burgueses, pero que no sabía hacerlo con partidos de masas, como el socialista y el católico, declaró ilegales a los socialdemócratas en 1879. Gladstone utilizó la coerción en Irlanda. Sin embargo, esto demostró ser una fase temporal, más que una tendencia permanente. El entramado de la política burguesa (allí donde existía) no fue llevado a un punto de ruptura hasta bien avanzado el siglo xx.

En realidad, aunque nuestro período se prolonga hasta la agitada época de la Gran Depresión, sería erróneo ofrecer una imagen demasiado exagerada de la misma. Excepto en lo que respecta a la quiebra de 1930, las dificultades económicas por sí mismas eran tan complejas y diluidas que los historiadores han dudado incluso en encontrar justificable el término «depresión» para describir los veinte años posteriores al período estudiado en este volumen. Se equivocan, pero sus dudas bastan para ponernos en guardia contra estimaciones excesivamente dramáticas. La estructura del mundo capitalista de mediados del siglo xix no fracasó ni política ni económicamente. Entró en una nueva fase, pero, incluso bajo el aspecto de un liberalismo económico y político, lentamente modificado, había perdido numerosos campos de acción. El problema fue diferente en los países dominados, subdesarrollados, atrasados y pobres, o en aquellos como Rusia, a caballo entre el mundo de los vencedores y el de las víctimas. Entre ellos la Gran Depresión abrió una era en que la revolución era inminente. Pero para una o dos generaciones posteriores a 1875, el mundo de la burguesía triunfante parecía seguir siendo bastante firme. Quizá tenía una menor confianza en sí mismo, por lo que sus afirmaciones de autoconfianza resultaban algo estridentes, y quizá se encontrase algo más preocupado por su futuro. Quizá aumentó un poco su perplejidad ante la quiebra de sus antiguas certidumbres intelectuales, que

(especialmente después de los años cincuenta) intelectuales, artistas y científicos subrayaron con sus incursiones en nuevos y turbadores campos del pensamiento. Pero, sin duda, el «progreso» continuó inevitablemente y bajo la forma de sociedades burguesas, capitalistas y, en un sentido general, liberales. La Gran Depresión fue sólo un entreacto. ¿No había acaso crecimiento económico, avance técnico y científico, progreso y paz? ¿No sería el siglo xx una versión más gloriosa y afortunada del xix?

Hoy sabemos que no fue así.

CUADROS Y MAPAS

CUADRO 1

Europa y Estados Unidos: estados y recursos

	1847-1850			1876-1880		
	Población (millones)	Potencia de vapor (miles de C.V.)	Número de ciudades, 50.000 y más	Población (millones)	Potencia de vapor (miles de C.V.)	Envíos por correo per cápita
Reino Unido	27	1.290	32	32,7	7.600	48,2
Francia	34,1	370	14	36,9*	3.070	29,5
Alemania	-	-	17	42,7	5.120	28,7
Prusia	11,7	92				
Baviera	4,8					
Sajonia	1,8					
Hannover	1,8					
Wurtemberg	1,7					
Baden	1,3					
Otros 32 estados entre 0,02 y 0,9 (Austria)	**					
Rusia	66,0	70	8	85,7	1.740	2,6
Austria con Hungría	37,0	100	13	37,1*	1.560	12,0
Italia	-	-		27,8	500	13,4
Dos Sicilias	8,0		4			
Cerdeña	4,0		2			
Estados Pontificios	2,9		1			
Toscana	1,5		2			
Otros 3 estados entre 0,1 y 0,5 (Austria)						
España	12,3	20	8	16,6	470	7,1
Portugal	3,7	0	2	4,1	60	5,4
Suecia (con Noruega)	3,5	0	1	4,3	310	12,5
Dinamarca	1,4	0	1	1,9*	90	29,5
Holanda	3,0	10	5	3,9	130	29,5
Bélgica	4,3	70	5	5,3	610	35,5
Suiza	2,4	0	0	2,8	230	46,1
Imperio otomano	c. 30***	0	7	28 (1877)*	-	7
Grecia	c. 1,0	0	-	1,9	0	2,3
Serbia	c. 0,5	0	-	1,4	0	0,7
Rumania	-	-	-	5,0	0	1,5
Estados Unidos	23,2	1.680	7	50,2*	9.110	47,7

* Pérdidas o ganancias significativas de población-territorio, 1847-1876.

** Partes del imperio austríaco incluídas en la «Confederación Alemana» hasta 1866.

*** Sólo territorio europeo.

CUADRO 2

I. Densidad de las redes ferroviarias, 1880*

Km ¹ (por 10.000)	País
Más de 1.000	Bélgica
Más de 750	Reino Unido
Más de 500	Suiza, Alemania, Holanda
250-499	Francia, Dinamarca, Austria-Hungría, Italia
100-249	Suecia, España, Portugal, Rumanía, Estados Unidos, Cuba
50-99	Turquía, Chile, Nueva Zelanda, Trinidad, Victoria, Java
10-49	Noruega, Finlandia, Rusia, Canadá, Uruguay, Argentina, Perú, Costa Rica, Jamaica, India, Ceilán, Tasmania, Nueva Gales del Sur, Australia (sur), Colonia del Cabo, Argelia, Egipto, Tunicia

II. Ferrocarriles y buques de vapor, 1830-1876*

	Km de ferrocarril	Tm de buques de vapor
1831	332	32.000
1841	8.591	105.121
1846	17.424	139.973
1851	38.022	263.679
1856	68.148	575.928
1861	106.886	803.003
1866	145.114	1.423.232
1871	235.375	1.939.089
1876	309.641	3.293.072

* F. X. von Neumann Spallart, *Obersichten der Mettwirtschaft*, Stuttgart, 1880, pp. 335 y ss.

III. Tráfico marítimo del mundo. Distribución geográfica del tonelaje, 1879*

Área	Tonelaje total (en millares)	Área	Tonelaje total (en millares)
EUROPA		RESTO DEL MUNDO	
Mar Ártico	61	América del Norte	3.783
Mar del Norte	5.536	América del Sur	138
Báltico	1.275	Asia	700
Atlántico, incluido el mar de Irlanda y el Canal	4.553	Australia y Pacífico	359
Mediterráneo occidental	1.356		
Mediterráneo oriental, incluido el Adriático	604		
Mar Negro	188		

* A. N. Kiser, *Statistique Internationale de la Navigation Maritime*, Christiania, 1880, 1881.

CUADRO 3

Producción mundial de oro y de plata, 1830-1875 (miles de kg)*

	Oro	Plata
1831-1840	20,3	596,4
1841-1850	54,8	780,4
1851-1855	197,5	886,1
1856-1860	206,1	905,0
1861-1865	198,2	1.101,1
1866-1870	191,9	1.339,1
1871-1875	170,7	1.969,4

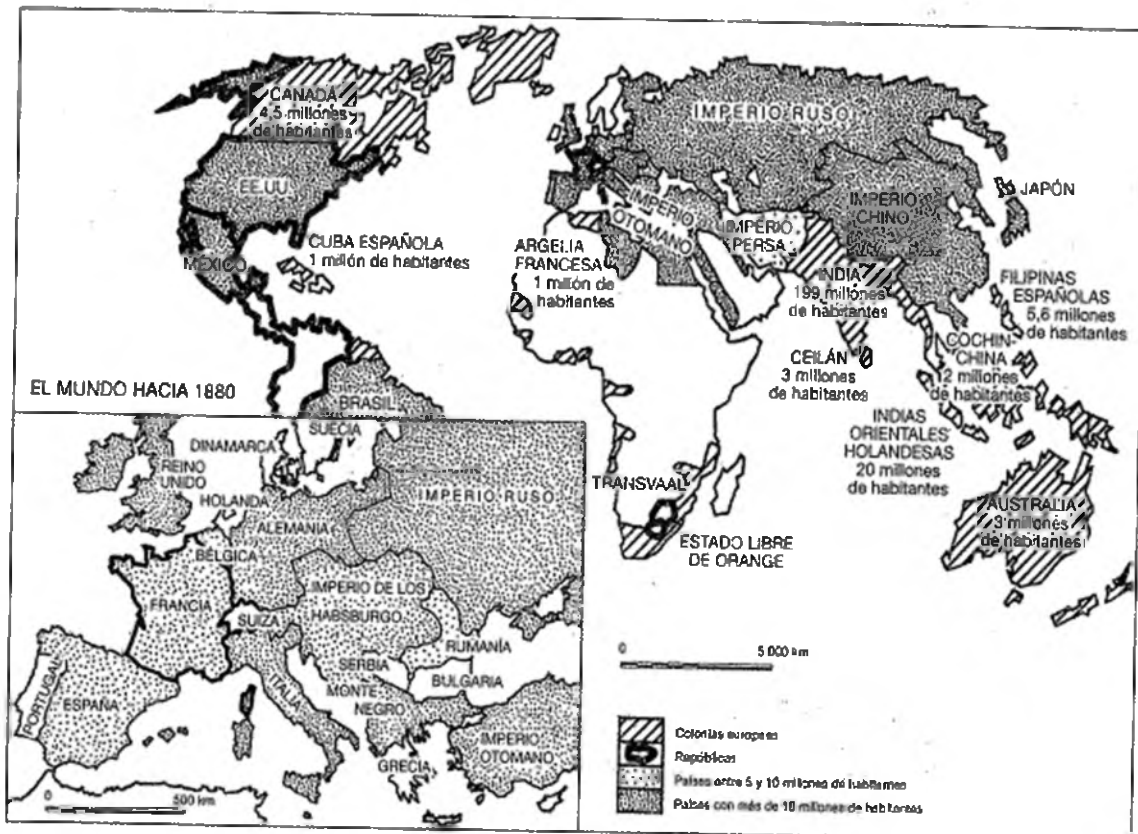
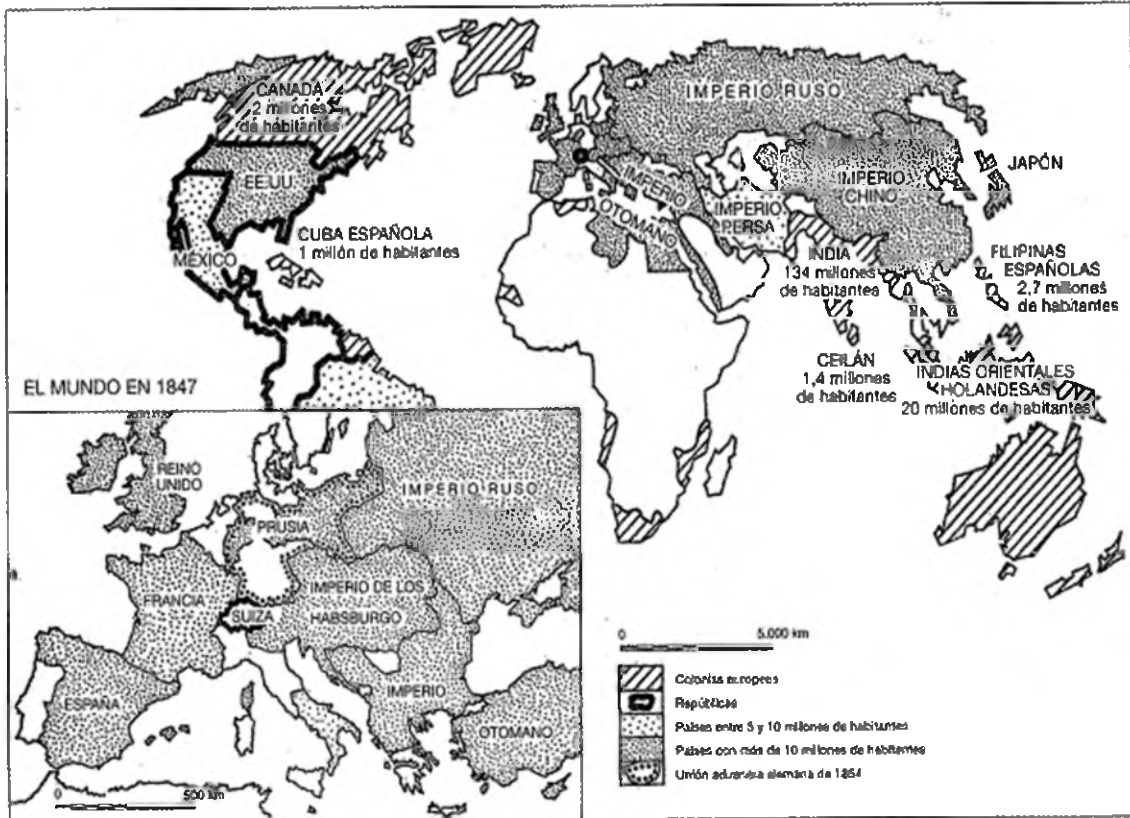
* Neumann-Spallart, *op. cit.*, 1880, p. 250.

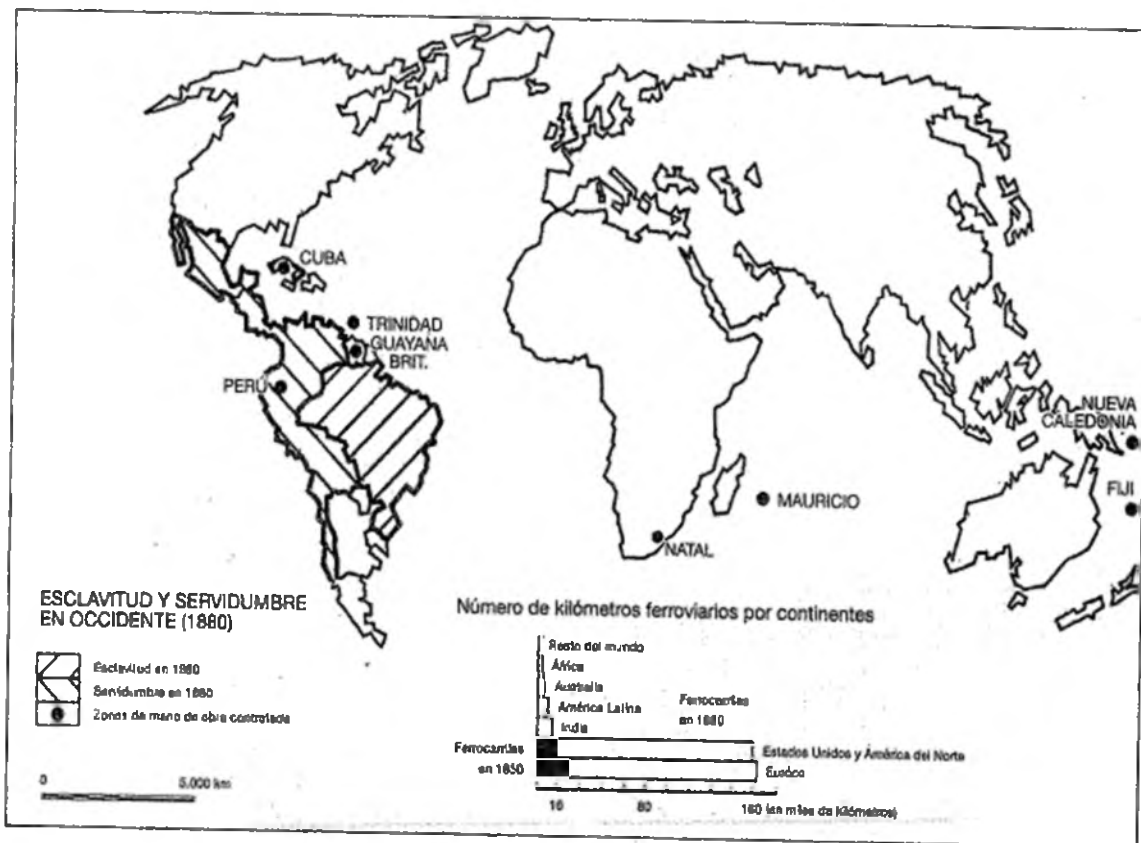
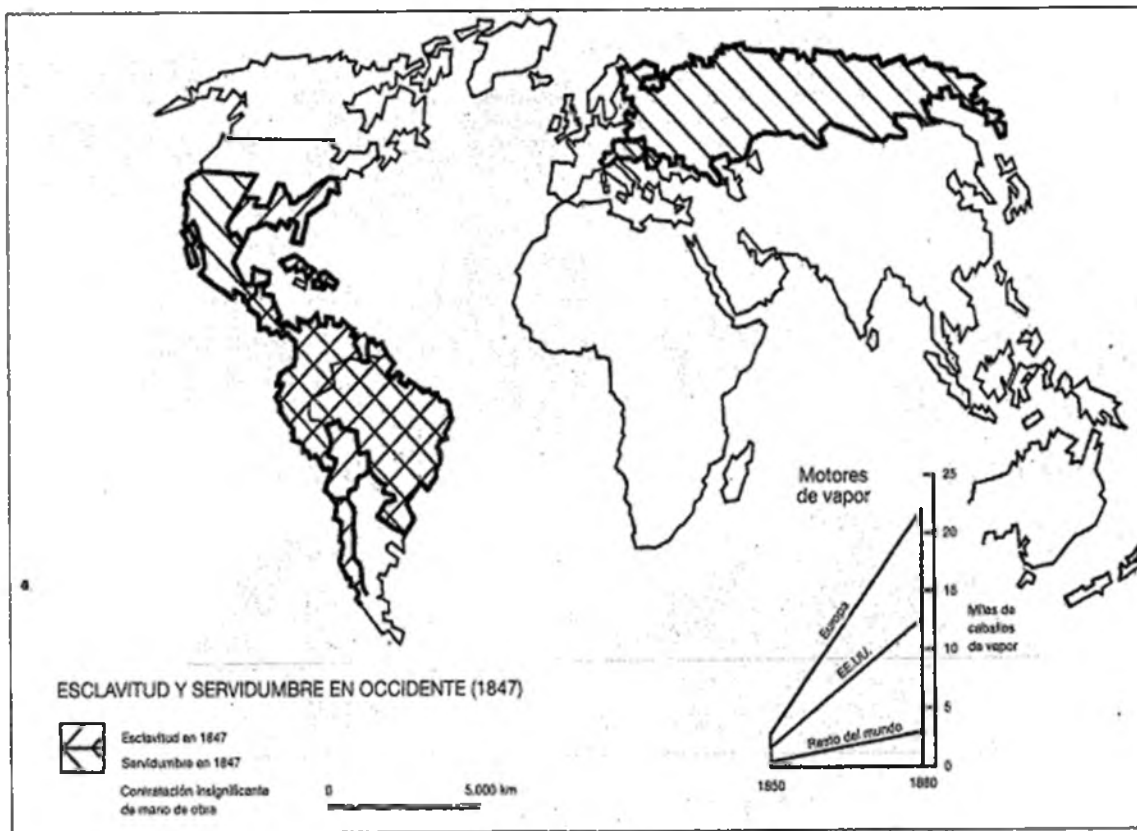
CUADRO 4

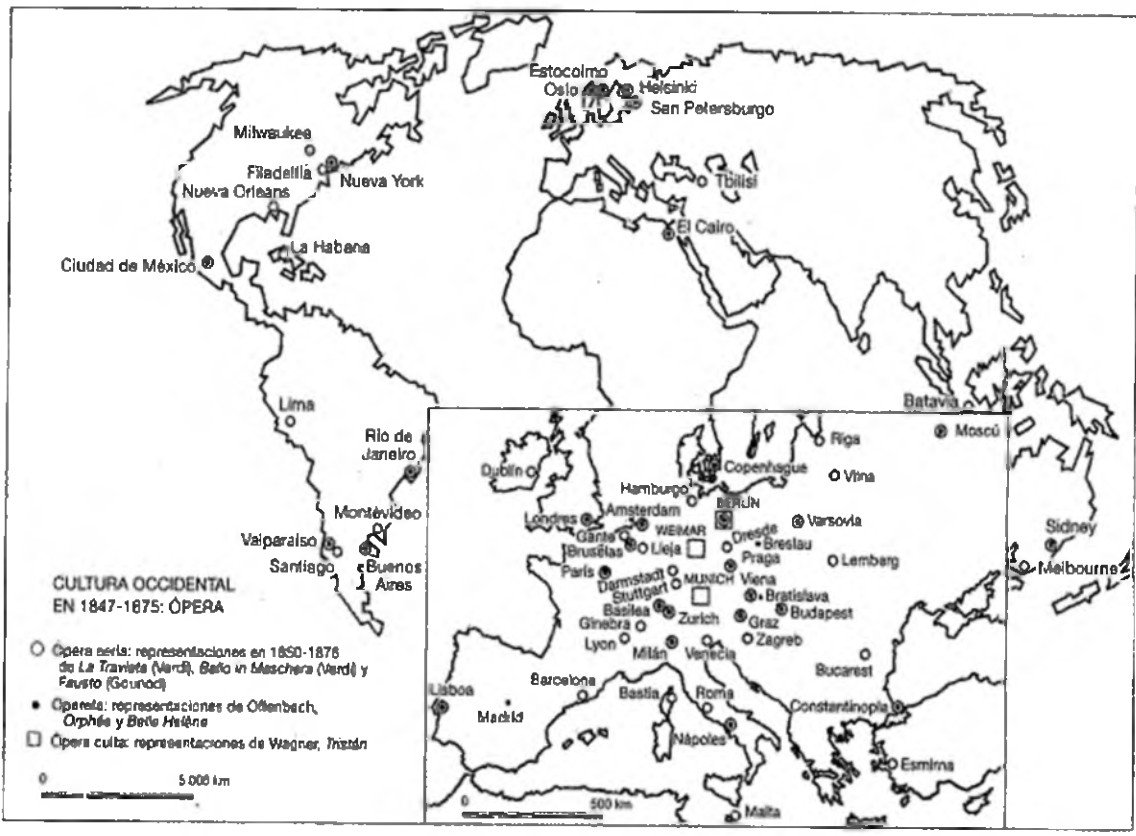
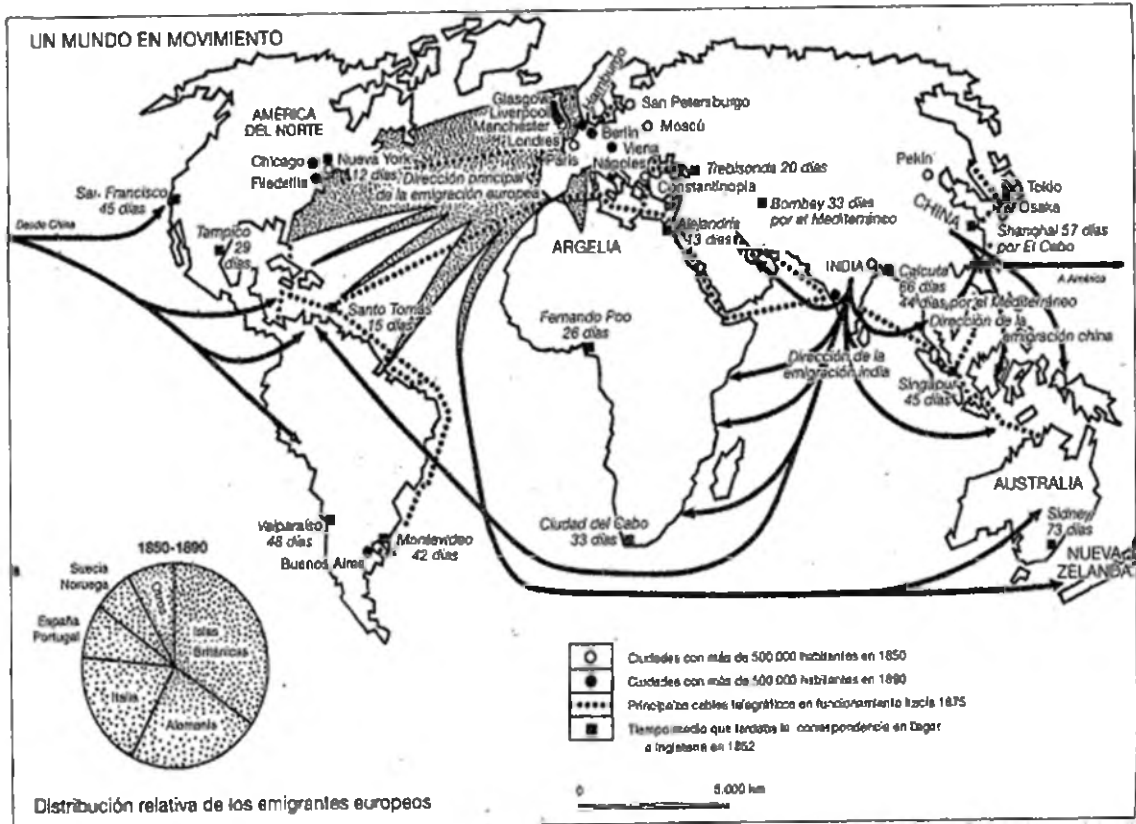
Agricultura mundial, 1840-1887*

	Valor de la producción (miles de libras)		Número de empleados (en miles)	
	1840	1887	1840	1887
Gran Bretaña	218	251	3.400	2.460
Francia	269	460	6.950	6.450
Alemania	170	424	6.400	8.120
Rusia	248	563	15.000	22.700
Austria	205	331	7.500	10.680
Italia	114	204	3.600	5.390
España	102	173	2.000	2.720
Portugal	18	31	700	870
Suecia	16	49	550	850
Noruega	8	17	250	380
Dinamarca	16	35	280	420
Holanda	20	39	600	840
Bélgica	30	55	900	980
Suiza	12	19	300	440
Turquía, etc.	98	194	2.000	2.900
Europa	1.544	2.845	50.430	66.320
Estados Unidos	184	776	2.550	9.000
Canadá	12	56	300	800
Australia	6	62	100	630
Argentina	5	42	200	600
Uruguay	1	10	50	100

* M. Mulhall, *A Dictionary of Statistics*, Londres, 1892, p. 11.







NOTAS

Introducción (pp. 13-17)

1. J. Dubois, *Le Vocabulaire politique et social en France de 1869 à 1872*, París, 1963.
2. D. A. Wells, *Recent Economic Changes*, Nueva York, 1889, p. 1.

1. «La primavera de los pueblos» (pp. 21-38)

1. P. Goldammer, ed., *1848 Augenzeugen der Revolution*, Berlín Oriental, 1973, p. 58.
2. Goldammer, *op. cit.*, p. 666.
3. K. Reppge, *Märzbewegung und Mainwahlen des Revolutionsjahres 1848 im Rheinland*, Bonn, 1955, p. 118.
4. *Reinascità, Il 1848, Raccolta di Saggi e Testimonianze*, Roma, 1948.
5. R. Hoppe y J. Kuczynski, «Eine... Analyse der Märzgefallenen 1848 in Berlin», *Jahrbuch für Wirtschaftsgeschichte*, 1964, IV, pp. 200-276; D. Cantimori en F. Fejtó, ed., *1848-Opening of an Era*, 1948.
6. Roger Ikor, *Insurrection ouvrière de juin 1848*, París, 1936.
7. K. Marx y F. Engels, Alocución a la Liga Comunista (marzo de 1850), *Werke*, VII, p. 247.
8. Paul Gerbod, *La Condition universitaire en France au 19^e siècle*, París, 1965.
9. Karl Marx, *Luchas de clases en Francia, 1848-1850* (*Werke*, VII, pp. 30-31).
10. Franz Grillparzer, *Werke*, Munich, 1960, I, p. 137.
11. Marx, *Luchas de clases en Francia* (*Werke*, VII, p. 44).

2. El gran «boom» (pp. 41-59)

1. Citado en *Ideas and Beliefs of the Victorians*, Londres, 1949, p. 51.
2. Debo esta referencia al profesor Sanford Elwitt.
3. «Philoponos», *The Great Exhibition of 1851; or the Wealth of the World in its Workshops*, Londres, 1850, p. 120.
4. T. Ellison, *The Cotton Trade of Great Britain*, Londres, 1886, pp. 63 y 66.
5. Horst Thieme, «Statistische Materialien zur Konzessionierung der Aktiengesellschaften in Preussen bis 1867», *Jahrbuch für Wirtschaftsgeschichte*, 1960, II, p. 285.
6. J. Bouvier, F. Furet y M. Gilet, *Le Mouvement du profit en France au 19^e siècle*, La Haya, 1955, p. 444.
7. Engels a Marx (5 de noviembre de 1857) (*Werke*, XXIX, p. 211).
8. Marx a Danielson (10 de abril de 1879) (*Werke*, XXXIV, pp. 370-375).
9. Cálculo de Ellison, *op. cit.*, cuadro II, usando el multiplicador de la p. 111.
10. F. S. Turner, *British Opium Policy and its Results to India and China*, Londres, 1876, p. 305.

11. B. R. Mitchell y P. Deane, *Abstract of Historical Statistics*, Cambridge, 1962, pp. 146-147.
12. C. M. Cipolla, *Literacy and Development in the West*, Harmondsworth, 1969, cuadro I, apéndice II, III.
13. F. Zunkel, «Industriebürgertum in Westdeutschland», en H. U. Wehler, ed., *Moderne Deutsche Sozialgeschichte*, Colonia, Berlin, 1966, p. 323.
14. L. Simonin, *Mines and Miners or Underground Life*, Londres, 1868, p. 290.
15. Daniel Spitzer, *Gesammelte Schriften*, Munich y Leipzig, 1912, II, p. 60.
16. J. Kuczynski, *Geschichte der Lage der Arbeiter unter dem Kapitalismus*, Berlin Oriental, 1961, XII, p. 29.

3. La unificación del mundo (pp. 60-79)

1. K. Marx y F. Engels, *Manifesto of the Communist Party*, Londres, 1848 (hay trad. bilingüe castellano-alemán, Crítica, Barcelona, en prensa, con introducción de Eric Hobsbawm).
2. U. S. Grant, Mensaje inaugural al Congreso, 1873.
3. I. Goncharov, *Oblomov*, 1859.
4. J. Laffey, «Racines de l'imperialisme français en Extrême-Orient», *Revue d'Histoire Moderne et Contemporaine*, XVI (abril-junio de 1969), p. 285.
5. Muchos de estos datos están tomados de W. S. Lindsay, *History of Merchant Shipping*, 4 vols., Londres, 1876.
6. M. Mulhall, *A Dictionary of Statistics*, Londres, 1892, p. 495.
7. F. X. von Neumann-Spallart, *Übersichten der Weltwirtschaft*, Stuttgart, 1880, p. 336; «Eisenbahnstatistik», *Handwörterbuch der Staatswissenschaften*, Jena, 1900¹.
8. L. de Rosa, *Iniziativa e capitale straniero nell'industria metalmeccanica del Mezzogiorno, 1840-1904*, Nápoles, 1968, p. 67.
9. Sir James Anderson, *Statistics of Telegraphy*, Londres, 1872.
10. Engels a Marx (24 de agosto de 1852) (*Werke*, XXVIII, p. 118).
11. *Bankers Magazine*, V (Boston, 1850-1851), p. 11.
12. *Bankers Magazine*, IX (Londres, 1849), p. 545.
13. *Bankers Magazine*, V (Boston, 1850-1851), p. 11.
14. Neumann-Spallart, *op. cit.*, p. 7.

4. Conflictos y guerra (pp. 80-92)

1. Príncipe Napoleón Luis Bonaparte, *Fragments historiques, 1688 et 1830*, París, 1841, p. 125.
2. Julio Verne, *De la Tierra a la Luna*, 1865.

5. La construcción de naciones (pp. 93-108)

1. Ernest Renan, «What is a Nation», en A. Zimmern, ed., *Modern Political Doctrines*, Oxford, 1939, pp. 191-192.
2. Johann Nestroy, *Hauptling Abendwind*, 1862.
3. Shatov en F. Dostoievski, *Los endemoniados*, 1871-1872.
4. Gustave Flaubert, *Dictionnaire des idées reçues*, c. 1852.
5. Walter Bagehot, *Physics and Politics*, Londres, 1873, pp. 20-21.
6. Citado en D. Mack Smith, *Il Risorgimento Italiano*, Bari, 1968, p. 422.
7. Tullio de Mauro, *Storia linguistica dell'Italia unita*, Bari, 1963.
8. J. Kofalka, «Social problems in the Czech and Slovak national movements», en Commission Internationale d'Histoire des Mouvements Sociaux et des Structures Sociales, *Mouvements Nationaux d'Indépendance et Classes Populaires*, París, 1971, I, p. 62.

9. J. Conrad, «Die Frequenzverhältnisse der Universitäten der hauptsächlichsten Kulturländer», *Jahrbücher für Nationalökonomie und Statistik*, 3.^a ser., I, 1891, pp. 376 ss.
10. Estoy agradecido al doctor R. Anderson por estos datos.

6. Las fuerzas de la democracia (pp. 109-126)

1. H. A. Targé, *Les Défects*, París, 1868, p. 25.
 2. Sir T. Erskine May, *Democracy in Europe*, Londres, 1877, I, p. LXXI.
 3. Karl Marx, *El dieciocho brumario de Luis Bonaparte (Werke, VIII)*, pp. 198-199.
 4. G. Procacci, *Le elezioni del 1874 e l'opposizione meridionale*, Milán, 1956, p. 60.
- W. Gagel, *Die Wahlrechtsfrage in der Geschichte der deutschen Liberalen Parteien 1848-1918*, Düsseldorf, 1958, p. 28.
5. J. Ward, *Workmen and Wages at Home and Abroad*, Londres, 1868, p. 284.
 6. J. Deutsch, *Geschichte der österreichischen Gewerkschaftsbewegung*, Viena, 1908, pp. 73-74; Herbert Steiner, «Die internationale Arbeiterassoziation und die österr. Arbeiterbewegung», *Weg und Ziel*, Viena, Sondernummer, enero de 1965, pp. 89-90.

7. Los perdedores (pp. 127-144)

1. Erskine May, *op. cit.*, I, p. 29.
2. J. W. Kaye, *A History of the Sepoy War in India*, 1870, II, pp. 402-403.
3. Bipan Chandra, *Rise and Growth of Economic Nationalism in India*, Delhi, 1966, p. 2.
4. Chandra, *op. cit.*
5. E. R. J. Owen, *Cotton and the Egyptian Economic 1820-1914*, Oxford, 1969, p. 156.
6. Nikki Keddie, *An Islamic Response to Imperialism*, Los Angeles, 1968, p. 18.
7. Hu Sheng, *Imperialism and Chinese Politics*, Pekín, 1955, p. 92.
8. Jean A. Meyer, en *Annales É.S.C.*, 25, 3 (1970), pp. 796-797.
9. Karl Marx, «British Rule in India», *New York Daily Tribune* (25 de junio de 1853) (*Werke*, IX, p. 129).
10. B. M. Bhatia, *Famines in India*, Londres, 1967, pp. 68-97.
11. Ta Chen, *Chinese Migration with Special Reference to Labour Conditions*, US Bureau of Labor Statistics, Washington, 1923.
12. N. Sánchez Albornoz, «Le Cycle vital annuel en Espagne, 1863-1900», *Annales É.S.C.*, 24, 6 (noviembre-diciembre de 1969); M. Emerit, «Le Maroc et l'Europe jusqu'en 1885», *Annales É.S.C.*, 20, 3 (mayo-junio de 1965).
13. P. Leroy-Beaulieu, *L'Algérie et la Tunisie*, 2.^a ed., París, 1897, p. 53.
14. *Almanach de Gotha*, 1876.

8. Los ganadores (pp. 145-164)

1. Jacob Burckhardt, *Reflections on History*, Londres, 1943, p. 170.
2. Erskine May, *op. cit.*, I, p. 25.
3. Citado en Henry Nash Smith, *Virgin Land*, Nueva York, ed. 1957, p. 191. Estoy reconocido al valioso estudio acerca de la tensión producida por la utopía agraria en Estados Unidos, así como también a Eric Foner, *Free Soil, Free Labor, Free Men*, Oxford, 1970.
4. Herbert G. Gutman, «Social Status and Social Mobility in Nineteenth Century America: The Industrial City. Paterson, New Jersey» (mimeografiado), 1964.
5. Martin J. Primack, «Farm construction as a use of farm labor in the United States 1850-1910», *Journal of Economic History*, XXV (1965), pp. 114 ss.
6. Rodman Wilson Paul, *Mining Frontiers of the Far West*, Nueva York, 1963, pp. 57-81.
7. Joseph G. McCoy, *Historic Sketches of the Cattle Trade of the West and South-west*,

- Kansas City, 1874; Glendale, California, 1940. El autor fundó Abilene como centro ganadero y llegó a ser su alcalde en 1871.
8. Charles Howard Shinn, en R. W. Paul, ed., *Mining Camps, A Study in American Frontier Government*, Nueva York, Evanston y Londres, 1965, capítulo XXIV, pp. 45-46.
 9. Hugh Davis Graham y Ted Gurr, eds., *The History of Violence in America*, Nueva York, 1969, capítulo V, especialmente p. 175.
 10. W. Miller, ed., *Men in Business*, Cambridge (Mass.), 1952, p. 202.
 11. Estoy agradecido al doctor William Rubinstein de la Johns Hopkins University por los datos sobre los que se basa esta tesis.
 12. Herbert G. Gutman, «Work, Culture and Society in Industrializing America 1815-1919», *American Historical Review*, 78, 3 (1973), p. 569.
 13. John Whitney Hall, *Das Japanische Kaiserreich*, Frankfurt, 1968, p. 282.
 14. Nakagawa, Keiichiro y Henry Rosovsky, «The Case of the Dying Kimono», *Business History Review*, XXXVII (1963), pp. 59-80.
 15. V. G. Kiernan, *The Lords of Human Kind*, Londres, 1972, p. 188.
 16. Horace Capron, «Agriculture in Japan», en *Report of the Commissioner for Agriculture, 1873*, Washington, 1874, pp. 364-374.
 17. Kiernan, *op. cit.*, p. 193.

9. Una sociedad en transformación (pp. 165-178)

1. Erskine May, *op. cit.*, I, pp. LXX-LXXVI.
2. *Journaux des Frères Goncourt*, París, 1956, II, p. 753.
3. *Werke*, XXXIV, pp. 510-511.
4. *Werke*, XXXII, p. 669.
5. *Werke*, XIX, p. 296.
6. *Werke*, XXXIV, p. 512.
7. M. Pushkin, «The professions and the intelligentsia in nineteenth-century Russia», *University of Birmingham Historical Journal*, XII, 1 (1969), pp. 72 ss.
8. Hugh Seton Watson, *Imperial Russia 1861-1917*, Oxford, 1967, pp. 422-423.
9. A. Ardao, «Positivism in Latin America», *Journal of the History of Ideas*, XXIV, 4 (1963), p. 519, indica que la auténtica constitución de Comte fue impuesta en el estado de Rio Grande do Sul (Brasil).
10. G. Haupt, «La Commune comme symbole et comme exemple», *Mouvement Social*, 79 (abril-junio de 1972), pp. 205-226.
11. Samuel Bernstein, *Essays in Political and Intellectual History*, Nueva York, 1955, capítulo XX, «The First International and a New Holy Alliance», especialmente pp. 194-195 y 197.
12. J. Rougerie, *Paris Libre 1871*, París, 1971, pp. 256-263.

10. La tierra (pp. 181-201)

1. Citado en Jean Meyer, *Problemas campesinos y revueltas agrarias (1821-1910)*, México, 1973, p. 93.
2. Citado en R. Giusti, «L'agricoltura e i contadini nel Mantovano (1848-1866)», *Movimento Operaio*, VII, 3-4 (1955), p. 386.
3. Neumann-Spallart, *op. cit.*, p. 65.
4. Mitchell y Deane, *op. cit.*, pp. 356-357.
5. M. Hroch, *Die Vorkämpfer der nationalen Bewegung bei den kleinen Völkern Europas*, Praga, 1968, p. 168.
6. «Bauerngut», *Handwörterbuch der Staatswissenschaften*, 2.^a ed., II, pp. 441 y 444.
7. «Agriculture» en Mulhall, *op. cit.*, p. 7.

8. I. Wellman, «Histoire rurale de la Hongrie», *Annales É.S.C.*, 23, 6 (1968), p. 1.203; Mulhall, *loc. cit.*
9. E. Sereni, *Storia del paesaggio agrario italiano*, Bari, 1962, pp. 351-352. Tampoco deberíamos pasar por alto la deforestación causada por la industria. «La enorme cantidad de combustible que exigían [los hornos de Lake Superior, Estados Unidos] ha dejado una señal clarísima en los bosques de los alrededores», escribió H. Bauermann en 1868 (*A Treatise on the Metallurgy of Iron*, Londres, 1872, p. 227); la provisión diaria de un solo horno obligaba a aclarar un acre de bosque.
10. Elizabeth Whitcombe, *Agrarian Conditions in Northern India, 1, 1860-1900*, Berkeley, Los Ángeles y Londres, 1972, pp. 75-85, trata de manera crítica las consecuencias de las obras de riego a gran escala en las Provincias Unidas.
11. Irwin Feller, «Inventive activity in agriculture, 1837-1900», *Journal of Economic History*, XXII (1962), p. 576.
12. Charles McQueen, *Peruvian Public Finance*, Washington, 1926, pp. 5-6. El guano suponía el 75 por 100 de todos los ingresos del gobierno peruano entre 1861 y 1866, y el 80 por 100 entre 1869 y 1875 (Heraclio Bonilla, *Guano y burguesía en el Perú*, Lima, 1974, pp. 138-139, citando a Shane Hunt).
13. «Bauerngut», *Handwörterbuch der Staatswissenschaften*, 2.^a ed., II, p. 439.
14. Véase el relato corto de G. Verga, «Liberty», basado en la rebelión de Bronte, una de las tratadas en D. Mack Smith, «The peasants' revolt in Sicily in 1860», en *Studi in Onore di Gino Luzzatto*, Milán, 1950, pp. 201-240.
15. E. D. Genovese, *In Red and Black, Marxian Explorations in Southern and Afro-American History*, Harmondsworth, 1971, pp. 131-134.
16. R. W. Fogel y S. Engermann, *Time on the Cross*, Boston y Londres, 1974.
17. T. Brassey, *Works and Wages Practically Illustrated*, Londres, 1872.
18. H. Klein, «The Coloured Freedmen in Brazilian Slave Society», *Journal of Social History*, 3, 1 (1969), 36 pp.; Julio Le Riverend, *Historia económica de Cuba*, La Habana, 1956, p. 160.
19. P. Lyashchenko, *A History of the Russian National Economy*, Nueva York, 1949, p. 365.
20. Lyashchenko, *op. cit.*, pp. 440 y 450.
21. D. Wells, *Recent Economic Changes*, Nueva York, 1889, p. 100.
22. Jaroslav Purš, «Die Entwicklung des Kapitalismus in der Landwirtschaft der böhmischen Länder, 1849-1879», *Jahrbuch für Wirtschaftsgeschichte*, III (1963), p. 38.
23. I. Orosz, «Arbeitskräfte in der ungarischen Landwirtschaft», *Jahrbuch für Wirtschaftsgeschichte*, II (1972), p. 199.
24. J. Varga, *Typen und Probleme des bäuerlichen Grundbesitzes, 1767-1849*, Budapest, 1965, citado en *Annales É.S.C.*, 23, 5 (1968), p. 1.165.
25. A. Girault y L. Milliot, *Principes de Colonisation et de Législation Coloniale. L'Algérie*, París, 1938, pp. 383 y 386.
26. Raymond Carr, *Spain, 1808-1939*, Oxford, 1966, p. 273.
27. José Termes Ardevol, *El movimiento obrero en España. La Primera Internacional (1864-1881)*, Barcelona, 1965, «Apéndice: Sociedades Obreras creadas en 1870-1874».
28. A. Dubuc, «Les sobriquets dans le Pays de Bray en 1875», *Annales de Normandie* (agosto de 1952), pp. 281-282.
29. Purš, *op. cit.*, p. 40.
30. Franco Venturi, *Les Intellectuals, le peuple et la révolution. Histoire du populisme russe au XIX siècle*, París, 1972, II, pp. 946-948. Este excelente libro, del que se tradujo al inglés una de las primeras ediciones (*Roots of Revolution*, Londres, 1960), es la obra clásica sobre el tema.
31. M. Fleury y P. Valmary, «Les Progrès d'instruction élémentaire de Louis XIV à Napoléon III», *Population*, XII (1957), pp. 69 ss.; E. de Laveleye, *L'Instruction du Peuple*, París, 1872, pp. 174, 188, 196, 227-228 y 481.

11. Las migraciones (pp. 202-216)

1. Scholem Alejchem, *Aus den nahen Osten*, Berlín, 1922.
2. F. Mulhauser, *Correspondence of Arthur Hugh Clough*, Oxford, 1957, II, p. 396.
3. I. Ferenczi, ed. F. Willcox, *International Migrations*, vol. I, *Statistics*, National Bureau of Economic Research, Nueva York, 1929.
4. Ta Chen, *Chinese Migration with Special Reference to Labor Conditions*, United States Bureau of Labor Statistics, Washington, 1923, p. 82.
5. S. W. Mintz, «Cuba: Terre et Esclaves», *Études Rurales*, 48 (1972), p. 143.
6. *Bankers Magazine*, V (Boston, 1850-1851), p. 12.
7. R. Mayo Smith, *Emigration and Immigration, A Study in Social Science*, Londres, 1890, p. 94.
8. M.-A. Carron, «Prélude à l'exode rural en France: les migrations anciennes des travailleurs creusois», *Revue d'histoire économique et sociale*, 43 (1965), p. 320.
9. A. F. Weber, *The Growth of Cities in the Nineteenth Century*, Nueva York, 1899, p. 374.
10. Herben Gutman, «Work, Culture and Society in industrializing America, 1815-1919», *American History Review*, 78 (3 de junio de 1973), p. 533.
11. Barry E. Supple, «A Business Elite: German-Jewish Financiers in Nineteenth Century New York», *Business History Review*, XXXI (1957), pp. 143-178.
12. Mayo Smith, *op. cit.*, p. 47; C. M. Turnbull, «The European Mercantile Community in Singapore, 1819-1867», *Journal of South East Asian History*, X, 1 (1969), p. 33.
13. Ferenczi, ed. Willcox, *op. cit.*, vol. II, p. 270 n.
14. K. E. Levi, «Geographical Origin of German Immigration to Wisconsin», *Collections of the State Historical Society of Wisconsin*, XIV (1898), p. 354.
15. Carl F. Wittke, *We who built America*, Nueva York, 1939, p. 193.
16. Egon Erwin Kisch, *Karl Marx in Karlsbad*, Berlín Oriental, 1968.
17. C. T. Bidwell, *The Cost of Living Abroad*, Londres, 1876, «Apéndice». Suiza era el objetivo principal de este viaje.
18. Bidwell, *op. cit.*, p. 16.
19. Georg v. Mays, *Statistik und Gesellschaftslehre; II, Bevölkerungsstatistik*, 2. Lieferung, Tubinga, 1922, p. 176.
20. E. G. Ravenstein, «The Laws of Migration», *Journal of the Royal Statistical Society*, 52 (1889), p. 285.

12. Ciudad, industria y clase obrera (pp. 217-238)

1. J. Purš, «The working class movement in the Czech lands», *Historica*, X (1965), p. 70.
2. M. May, *Die Arbeitsfrage* (1848), citado en R. Engelsing, «Zur politischen Bildung der deutschen Unterschichten, 1789-1863», *Hist. Ztschr.*, 206, 2 (abril de 1968), p. 356.
3. *Letters and Private Papers of W. M. Thackeray*, ed. Gordon N. Ray, Londres, 1945, II, p. 356.
4. J. Purš, «The industrial revolution in the Czech Lands», *Historica*, II (1969), pp. 210 y 220.
5. Citado en H. J. Dyos y M. Wolff, eds., *The Victorian City*, Londres y Boston, 1973, I, p. 110.
6. Dyos y Wolff, *op. cit.*, I, p. 5.
7. A. F. Weber (1898), citado en Dyos y Wolff, *op. cit.*, I, p. 7.
8. H. Croon, «Die Versorgung der Städte des Ruhrgebietes im 19. u. 20. Jahrhundert» (mimeografiado) (International Congress of Economic History, 1965), p. 2.
9. Dyos y Wolff, *op. cit.*, I, p. 341.
10. L. Henneaux-Depooter, *Misères et Luites Sociales dans le Hainaut 1860-1896*, Bruselas, 1959, p. 117; Dyos y Wolff, *op. cit.*, p. 134.
11. G. Fr. Kolb, *Handbuch der vergleichenden Statistik*, Leipzig, 1879.

12. Dyos y Wolff, *op. cit.*, I, p. 424.
13. Dyos y Wolff, *op. cit.*, I, p. 326.
14. Dyos y Wolff, *op. cit.*, I, p. 379.
15. J. H. Clapham, *An Economic History of Modern Britain*, Cambridge, 1932, II, pp. 116-117.
16. Erich Maschke, *Es entsteht ein Konzern*, Tübinga, 1969.
17. R. Ehrenberg, *Krupp-Studien* (Thünen-Archiv II, Jena, 1906-1909), p. 203; C. Fohlen, *The Fontana Economic History of Europe, 4: The Emergence of Industrial Societies*, Londres, 1973, I, p. 60; J. P. Rioux, *La Révolution Industrielle*, París, 1971, p. 163.
18. G. Neppi Modona, *Sciopero, potere politico e magistratura 1870-1922*, Bari, 1969, p. 51.
19. P. J. Proudhon, *Manuel du Spéculateur à la Bourse*, París, 1857, pp. 429 ss.
20. B. Gille, *The Fontana Economic History of Europe, 3: The Industrial Revolution*, Londres, 1973, p. 278.
21. J. Kocka, «Industrielles Management: Konzeptionen und Modelle vor 1914», *Vierteiljahrsschrift für Sozial- und Wirtschaftsgesch.*, 56/3 (octubre de 1969), p. 336, citado de Emminghaus, *Allgemeine Gewerbslehre*.
22. P. Pierrard, «Poesie et chanson ... à Lille sous le 2^e Empire», *Revue du Nord*, 46 (1964), p. 400.
23. G. D. H. Cole y Raymond Postgate, *The Common People*, Londres, 1946, p. 368.
24. H. Mottek, *Wirtschaftsgeschichte Deutschlands*, Berlin Oriental, 1973, II, p. 235.
25. E. Waugh, *Home Life of the Lancashire Factory Folk during the Cotton Famine*, Londres, 1867, p. 13.
26. M. Anderson, *Family Structure in Nineteenth Century Lancashire*, Cambridge, 1973, p. 31.
27. O. Handlin, ed., *Immigration as a Factor in American History*, Englewood Cliffs, 1959, pp. 66-67.
28. J. Hagan y C. Fisher, «Piece-work and some of its consequences in the printing and coal mining industries in Australia, 1850-1930», en *Labour History*, 25 (noviembre de 1973), p. 26.
29. A. Plessis, *De la fête impériale au mur des Fédérés*, París, 1973, p. 157.
30. E. Schwiedland, *Kleingewerbe über Hausindustrie in Osterreich*, Leipzig, 1894, II, pp. 264-265 y 284-285.
31. J. Saville y J. Bellamy, eds., *Dictionary of Labour Biography*, I, p. 17.
32. Engelsing, *op. cit.*, p. 364.
33. Rudolf Braun, *Sozialer und kultureller Wandel in einem ländlichen Industriegebiet im 19. u. 20. Jahrhundert*, Erlenbach-Zürich y Stuttgart, 1965, p. 139, utiliza este término específicamente para este período. Nunca habrá elogios suficientes para sus inestimables obras (véase también *Industrialisierung und Volksleben*, 1960).
34. *Industrial Remuneration Conference*, Londres, 1885, p. 27.
35. *Industrial Remuneration Conference*, pp. 89-90.
36. Beatrice Webb, *My Apprenticeship*, Harmondsworth, 1938, pp. 189 y 195.
37. *Industrial Remuneration Conference*, pp. 27 y 30.

13. El mundo burgués (pp. 239-259)

1. Citado en L. Trénard, «Un Industriel roubaisien du XIX siècle», *Revue du Nord*, 50 (1968), p. 38.
2. Martin Tupper, *Proverbial Philosophy*, 1876.
3. Véase Emarie Sachs, *The Terrible Siren*, Nueva York, 1928, especialmente pp. 174-175.
4. G. von Mayr, *Statistik und Gesellschaftslehre III Sozialstatistik*, Erste Lieferung, Tübinga, 1909, pp. 43-45. Acerca de la poca fiabilidad de las cifras sobre la prostitución, véase *ibid.*, 5. Lieferung, p. 988. Para la marcada relación entre la prostitución y las enfermedades ve-

néreas, Gunilla Johansson, «Prostitution in Stockholm in the latter part of the 19th century» (mimeografiado), 1974. Para las cifras de la frecuencia y la mortalidad por sífilis en Francia, véase T. Zeldin, *France 1848-1945*, Oxford, 1974, I, pp. 304-306.

5. En el apartado correspondiente del capítulo dedicado a los extranjeros en París de la excelente *Guide de Paris* de 1867, 2 vols., se llama la atención sobre la libertad de la que disfrutaban las jóvenes norteamericanas.

6. Para Cuba, Verena Martínez Alier, «Elopement and seduction in 19th century Cuba», *Past and Present*, 55 (mayo de 1972); para Suramérica, E. Genovese, *Roll Jordan Roll*, Nueva York, 1974, pp. 413-430, y R. W. Fogel y Stanley Engermann, *op. cit.*

7. Sacado de «Maxims for Revolutionists», en *Man and Superman*: «Un hombre discretamente honrado, con una esposa discretamente fiel, ambos bebedores discretos, en una casa discretamente sana: esta es la verdadera unidad de la clase media».

8. Zunkel, *op. cit.*, p. 320.
9. Zunkel, *op. cit.*, p. 526, n. 59.
10. Tupper, *op. cit.*: «Of Home», p. 361.
11. Tupper, *op. cit.*: «Of Marriage», p. 362.
12. John Ruskin, «Fors Clarigera», en E. T. Cook y A. Wedderburn, eds., *Collected Works*, Londres y Nueva York, 1903-1912, vol. 27, carta 34.
13. Tupper, *op. cit.*: «Of Marriage», p. 118.
14. H. Bolitho, ed., *Further Letters of Queen Victoria*, Londres, 1938, p. 49.
15. «En mi opinión, si se obliga a trabajar a una mujer, pierde de inmediato (aunque sea cristiana y bien educada) esa peculiar posición designada por convención con la palabra "dama", carta al *Englishwoman's Journal*, VIII (1886), p. 59.

16. Trénard, *op. cit.*, pp. 38 y 42.
17. Tupper, *op. cit.*: «Of Joy», p. 133.
18. J. Lambert-Dansette, «Le Patronat du Nord. Sa période triomphante», en *Bulletin de la Société d'histoire moderne et contemporaine*, 14, serie 18 (1971), p. 12.
19. Charlotte Erickson, *British Industrialists: Steel and Hosiery, 1850-1950*, Cambridge, 1959.
20. H. Kellenbenz, «Unternehmertum in Südwestdeutschland», *Tradition*, 10, 4 (agosto de 1965), pp. 183 ss.
21. *Nouvelle Biographie Générale*, 1861; entrada: «Koochlin», p. 954.
22. C. Pucheu, «Les Grands notables de l'Agglomération Bordelaise du milieu du XIX^e siècle à nos jours», *Revue d'Histoire Économique et Sociale*, 45 (1967), p. 493.
23. P. Guillaume, «La Fortune Bordelaise au milieu du XIX^e siècle», *Revue d'Histoire Économique et Sociale*, 43 (1965), pp. 331-332 y 351.
24. E. Gruner, «Quelques réflexions sur l'élite politique dans la Confédération Helvétique depuis 1848», *Revue d'Histoire Économique et Sociale*, 44 (1966), pp. 145 ss.
25. B. Verhaegen, «Le groupe Libéral à la Chambre Belge (1847-1852)», *Revue Belge de Philologie et d'histoire*, 47 (1969), 3-4, pp. 1176 ss.
26. Lambert-Dansette, *op. cit.*, p. 9.
27. Lambert-Dansette, *op. cit.*, p. 8; V. E. Chancellor, ed., *Master and Artisan in Victorian England*, Londres, 1969, p. 7.
28. Serge Hutin, *Les Francs-Maçons*, París, 1960, pp. 103 ss., y 114 ss.; P. Chevallier, *Histoire de la Franc-maçonnerie française*, II, París, 1974. Para el ámbito de la península ibérica, véase Iris M. Zavala, *Masones, comuneros y carbonarios*, Madrid, 1971, p. 192, donde se afirma que la francmasonería de aquel período no era otra cosa que la conspiración universal de la clase media revolucionaria contra la tiranía feudal, monárquica y divina. Era la Internacional de aquella clase.
29. T. Mundt, *Die neuen Bestrebungen zu einer wirtschaftlichen Reform der unteren Volklassen* (1855), citado en Zunkel, *op. cit.*, p. 327.
30. Rolande Trempe, «Contribution à l'étude de la psychologie patronale: le comportement des administrateurs de la Société des Mines de Carmaux (1856-1914)», *Mouvement Social*, 43 (1963), p. 66.

31. John Ruskin, *Modern Painters*, citado en W. E. Houghton, *The Victorian Frame of Mind*, New Haven, 1957, p. 116. Samuel Smiles, *Self Help* (1859), cap. 11, pp. 359-360.
32. John Ruskin, «Traffic», *The Crown of Wild Olives* (1866), *Works*, 18, p. 453.
33. Trempé, *op. cit.*, p. 73.
34. W. L. Burn, *The Age of Equipoise*, Londres, 1964, p. 244 n.
35. H. Ashworth, en 1853-1854, citado en Burn, *op. cit.*, p. 243.
36. H. U. Wehler, *Bismarck und der Imperialismus*, Colonia-Berlín, 1969, p. 431.

14. Ciencia, religión e ideología (pp. 260-285)

1. Francis Darwin y A. Seward, eds., *More Letters of Charles Darwin*, Nueva York, 1903, II, p. 34.
2. Citado en Engelsing, *op. cit.*, p. 361.
3. *Anthropological Review*, IV (1866), p. 115.
4. R. Benaerts et al., *Nationalité et Nationalisme*, París, 1968, p. 623.
5. Karl Marx, *El capital*, I, posdata a la segunda edición.
6. En la obra *Electromagnetic Theory*, de Julius Stratton, del Instituto Tecnológico de Massachusetts. El doctor S. Zienau, a quien mis alusiones a la física deben mucho, me ha hecho saber que esto ocurrió en un momento propicio para los esfuerzos de guerra anglosajones en el campo del radar.
7. J. D. Bernal, *Science in History*, Londres, 1969, II, p. 568.
8. Bernal, *op. cit.*
9. Marx a Engels (19 de diciembre de 1860) (*Werke*, XXX, p. 131).
10. H. Steinthal y M. Lazarus, *Zeitschrift für Völkerpsychologie und Sprachwissenschaft*.
11. F. Mehring, *Karl Marx, The Story of his Life*, Londres, 1936, p. 383.
12. E. B. Tylor, «The Religion of Savages», *Fortnightly Review*, VI (1866), p. 83.
13. *Anthropological Review*, IV (1866), p. 120.
14. Kierman, *op. cit.*, p. 159.
15. W. Philips, «Religious profession and practice in New South Wales 1850-1900», *Historical Studies* (octubre de 1972), p. 388.
16. *Haydn's Dictionary of Dates* (ed. de 1889); entrada: «Missions».
17. Eugene Stock, *A Short Handbook of Missions*, Londres, 1904, p. 97. Las cifras de este manual parcial y prestigioso están tomadas de J. S. Dennis, *Centennial Survey of Foreign Missions*, Nueva York y Chicago, 1902.
18. *Catholic Encyclopedia*; entrada: «Missions, Africa».

15. Las artes (pp. 286-311)

1. R. Wagner, «Kunst und Klima», *Gesammelte Schriften*, Leipzig, 1907, III, p. 214.
2. Citado en E. Dowden, *Studies in Literature 1789-1877*, Londres, 1892, p. 404.
3. T. v. Frimmel, *Lexicon der Wiener Gemäldesammlungen* (A-L, 1913-1914); entrada: «Ahrens».
4. G. Reitlinger, *The Economics of Taste*, Londres, 1961, capítulo 6. He confiado mucho en esta obra tan valiosa, que aporta al estudio del arte un práctico realismo económico, muy adecuado para nuestro período.
5. Ann Briggs, *Victorian Cities*, Londres, 1963, pp. 164 y 183.
6. Reitlinger, *op. cit.*
7. R. D. Altick, *The English Common Reader*, Chicago, 1963, pp. 355 y 388.
8. Reitlinger, *op. cit.*
9. F. A. Mumby, *The House of Routledge*, Londres, 1934.
10. M. V. Stokes, «Charles Dickens: A Customer of Coutts & Co.», *The Dickensian*, 68 (1972), pp. 17-30. Agradezco a Michael Slater esta referencia.

11. Muthall, *op. cit.*; entrada: «Libraries». Deberíamos hacer una nota especial sobre el movimiento de las bibliotecas públicas británicas. Las ciudades decimonónicas abrieron estas bibliotecas gratuitas en la década de 1850; había once en la década de 1860 y cincuenta y una en la de 1870 (W. A. Munford, *Edward Edwards*, Londres, 1963).
 12. T. Zeldin, *France 1848-1945*, Oxford, 1974, I, p. 310.
 13. G. Grundmann, «Schlosser und Villen des 19. Jahrhunderts von Unternehmern in Schlesiern», *Tradition*, 10, 4 (agosto de 1965), pp. 149-162.
 14. R. Wischnitzer, *The Architecture of the European Synagogue* (Filadelfia, 1964), capítulo X, especialmente pp. 196 y 202-206.
 15. Gisèle Freund, *Photographie und bürgerliche Gesellschaft*, Munich, 1968, p. 92.
 16. Freund, *op. cit.*, pp. 94-96.
 17. Citado en Linda Nochlin, ed., *Realism and Tradition in Art*, Englewood Cliffs, 1966, pp. 71 y 74.
 18. Gisèle Freund, *Photographie et Société*, París, 1974, p. 77.
 19. Freund, *op. cit.* (1968), p. 111.
 20. Freund, *op. cit.* (1968), pp. 112-113.
 21. Para la cuestión de los artistas y la revolución en este período, véanse T. J. Clark, *The Absolute Bourgeois*, Londres, 1973, e *Image of the People: Gustave Courbet*, Londres, 1973.
 22. Nochlin, *op. cit.*, p. 77.
 23. Nochlin, *op. cit.*, p. 77.
 24. Nochlin, *op. cit.*, p. 53.
 25. Incluso en Munich, un centro menor de artistas bohemios, el Müncher Kunstverein tenía unos 4.500 afiliados a mediados de la década de 1870. P. Drey, *Die wirtschaftlichen Grundlagen der Malkunst. Versuch einer Kunstökonomie*, Stuttgart y Berlín, 1910.
 26. «En arte, la destreza lo es casi todo. La inspiración... sí, la inspiración es algo bonito pero un tanto banale: es tan universal. A cualquier burgués le impresiona más o menos un amanecer o una puesta de sol. Tiene un cierto sentido de la inspiración.» Citado en Dowder, *op. cit.*, p. 405.
16. *Conclusión* (pp. 312-317)
1. Johann Nestroy, *Sie Sollen Nicht Haben* (1850).
 2. D. S. Landes, *The Unbound Prometheus*, Cambridge, 1969, pp. 240-241.
 3. Burckhardt, *op. cit.*, p. 116.
 4. Burckhardt, *op. cit.*, p. 171.

LECTURAS COMPLEMENTARIAS

Las siguientes notas, a excepción de unas pocas, sólo hacen referencia a libros, y a libros en inglés. Esto no significa que sean los mejores, a nuestro alcance, aunque a menudo se dé el caso; es una concesión al desconocimiento de idiomas de la mayoría de los lectores del mundo anglosajón.

La bibliografía del período es tan extensa que no podemos intentar cubrir todos los aspectos, ni siquiera de una manera selectiva, y las opciones sugeridas son personales y, a veces, fortuitas. *A Guide to Historical Literature*, que periódicamente revisa la Asociación Histórica Norteamericana, contiene guías de lectura para casi todos los temas. La bibliografía del volumen VI de la *Cambridge Economic History of Europe* es más amplia de lo que da a entender el título. También se puede consultar, con prudencia, J. Roach, ed., *A Bibliography of Modern History*, 1968. Muchos de los libros que citaremos ahora poseen referencias bibliográficas en las notas a pie de página o en capítulo aparte.

Entre los manuales de historia para consulta, la *Encyclopedia of World History* de W. Langer proporciona las fechas básicas (hay trad. cast.: *Enciclopedia de historia universal*, Alianza, Madrid, 1988-1990), al igual que la obra de Neville Williams, *Chronology of the Modern World*, 1966. Alfred Mayer, *Annals of European Civilization 1500-1900*, 1949, trata de las artes y las ciencias. M. Mulhall, *A Dictionary of Statistics*, 1892, continúa siendo el mejor compendio de cifras. Para una consulta general sobre el siglo XIX, la undécima edición de la *Encyclopaedia Britannica*, que todavía se puede encontrar en las buenas bibliotecas universitarias, es con mucho superior a sus sucesoras, lo que también ocurre, para nuestros propósitos, con la edición de 1931 de la *Encyclopaedia of the Social Sciences* respecto a la de 1968. Hay demasiados tratados biográficos y manuales sobre temas específicos para mencionarlos. Entre los atlas de historia, recomendamos el de J. Engel et al., *Grosser Historischer Weltatlas*, 1957; el de Rand-McNally, *Atlas of World History*, 1957, y el *Penguin Historical Atlas*, 1974.

Pueden servirnos de introducción a la historia del período en general las obras de G. Barraclough, *An Introduction to Contemporary History*, 1967 (hay trad. cast.: *Introducción a la historia contemporánea*, Gredos, Madrid, 1993), y de C. Morazé, *The Triumph of the Middle Classes*, 1966; esta última cuenta con unos mapas muy bien diseñados. El libro elegante y erudito de V. G. Kiernan, *The Lords of Human Kind*, 1969, 1972, examina las actitudes europeas hacia el mundo exterior. Tanto el volumen X de la *New Cambridge Modern History* (J. P. T. Bury, ed., *The Zenith of European Power 1839-1870*), como las dos partes del volumen VI de la *Cambridge Economic History (The Industrial Revolutions and After)* trascienden el marco europeo. Se pueden consultar ambos continuamente y con provecho. En cuanto a estudios más estrictamente

europeos, M. S. Anderson, *The Ascendancy of Europe 1815-1914*, 1972, y E. J. Hobsbawm, *The Age of Revolution, Europe 1789-1848*, 1962 (hay trad. cast.: *La era de la revolución, 1789-1848*, Crítica, Barcelona, 1997), sobrepasan el continente. El libro de W. E. Mosse, *Liberal Europe 1848-1875*, 1974, cubre exactamente el mismo período que éste. William L. Langer, *Political and Social Upheaval 1832-1852*, 1969, con una bibliografía ufnisima, es el mejor de los volúmenes cronológicamente pertinentes de la colección *The Rise of Modern Europe* dirigida por el mismo autor.

Acercas de obras generales sobre terrenos más especializados, la de C. Cipolla, ed., *The Fontana Economic History of Europe*, 1973, vols. 3 y 4, partes 1 y 2, resulta muy práctica (hay trad. cast.: *Historia económica de Europa. 3. La revolución industrial; 4. El surgimiento de las sociedades industriales*, Ariel, Barcelona, 1979), pese a que la mejor introducción de todas a la historia económica del período es el magnífico libro de D. S. Landes, *The Unbound Prometheus*, 1969, ampliación de la contribución que este autor hiciera a la *Cambridge Economic History*. Los pertinentes volúmenes de C. Singer et al., *A History of Technology*, son obras de consulta. G. L. Mosse, *The Culture of Western Europe: the nineteenth and twentieth centuries*, 1963, es una práctica introducción al tema. J. D. Bernal, *Science in History*, 1965, es una obra brillante, pero no se deberían leer sin espíritu crítico las secciones que tratan sobre nuestro período (hay trad. cast.: *Historia social de la ciencia*, Península, Barcelona, 1989¹, 2 vols.), como tampoco las de A. Hauser, *The Social History of Art*, 1952 (hay trad. cast.: *Sociología del arte*, vol. 1, Guadarrama, 1982²; vols. 2 a 5, Labor, Barcelona 1977-1982). Varios de los volúmenes de la *Penguin History of Art* cubren el siglo XIX. Peter Stearns, *European Society in Upheaval*, edición de 1975, es un intento, tal vez prematuro, de examinar la historia social del continente. Dos obras de C. Cipolla, *The Economic History of World Population*, 1962 (hay trad. cast.: *Historia económica de la población mundial*, Crítica, Barcelona, 1989), y *Literacy and Development in the West*, 1969 (hay trad. cast.: *Educación y desarrollo en Occidente*, Ariel, Barcelona, 1983), son introducciones breves y útiles. Desde su publicación, A. F. Weber, *The Growth of Cities in the 19th century*, 1899 y reimpresiones, ha sido un tratado de valor incalculable.

No de todos los países tenemos en inglés historias nacionales sobre nuestro período que sean modernas, generales y con el tamaño apropiado. No al menos de Gran Bretaña, aunque H. Perkin, *The Origin of Modern English Society 1780-1880*, 1969, y Geoffrey Best, *Midvictorian Britain 1850-75*, 1971, son válidas para la historia social, y la obra de J. H. Clapham, *An Economic History of Modern Britain, II (1850-1880)*, 1932, sigue siendo extraordinaria. La mejor historia de Francia, con mucho, son los volúmenes 8 y 9 de la *Nouvelle Histoire de la France Contemporaine*: M. Agulhon, *1848 ou l'apprentissage de la République*, y Alain Plessis, *De la fête impériale au mur des fédérés*, ambos editados en 1973 y no traducidos al inglés. El de Hajo Holborn, *A History of Modern Germany 1840-1945*, 1970, es un buen libro, pero para nuestro período son idóneos los dos de T. S. Hamerow: *Restoration, Revolution, Reaction, Economics and Politics in Germany 1815-1871*, 1958, y *Social Foundations of German Unification*, 1969. C. A. Macartney, *The Habsburg Empire 1790-1918*, 1969, y Raymond Carr, *Spain 1808-1939*, 1966, una obra deslumbrante (hay trad. cast. ampliada: *España, 1808-1975*, Ariel, Barcelona, 1992³), contienen todo lo que a la mayoría de nosotros nos hace falta saber sobre estos países; más si cabe encontraremos en B. J. Hovde, *The Scandinavian Countries 1720-1865*, 1943, 2 vols. Hugh Seton Watson, *Imperial Russia 1801-1917*, 1967, da muchísima información; otro tanto ocurre con P. Lyashchenko, *A History of the Russian National Economy*, 1949.

G. Procacci, *History of the Italian People*, II, 1973, es una buena introducción, aunque muy comprimida; D. Mack Smith, *Italy, A Modern History*, 1959, es uno de los primeros trabajos de uno de los especialistas más destacados en este período de la historia de Italia. L. S. Stavrianos, *The Balkans since 1453*, 1958, es un estudio excelente.

Para el mundo no europeo, la mayoría de los lectores necesitarán no sólo historias de este período, sino también introducciones generales a unos entornos poco familiares. Para China, podemos encontrar esta información en *China Readings*, I, Franz Schurmann y O. Schell, eds., *Imperial China*, 1967; para Japón, en *The Japan Reader*, I, J. Livingston, J. Moore y F. Oldfather, eds., *Imperial Japan 1800-1945*, 1973; para el mundo islámico, véase G. von Grunebaum, ed., *Unity and Variety in Muslim Civilization*, 1955; para América Latina, parte de Lewis Hanke, ed., *Readings in Latin American History II: Since 1810*, 1966; para la India, Elizabeth Whitcombe, *Agrarian Conditions in Northern India, I: The United Provinces under British Rule*, 1972; para Egipto, E. R. J. Owen, *Cotton and the Egyptian Economy 1820-1914*, 1969. Véanse M. Franz, *The Taiping Rebellion*, 1966, y W. G. Beasley, *The Meiji Restoration*, 1972, para acontecimientos señalados en aquellos países.

La bibliografía sobre la historia norteamericana es ilimitada. Cualquier historia general puede ser de utilidad a aquellos que estén poco familiarizados con ese país: por ejemplo, E. C. Rozwenc, *The Making of American Society I; to 1877*, 1972, complementada con R. B. Morris, *Encyclopaedia of American History*, 1965. No están al día del avance de las investigaciones.

El tema principal de este libro es la creación de un mundo único bajo la hegemonía capitalista. Para el proceso de las exploraciones, véase J. N. L. Baker, *A History of Geographical Discovery and Exploration* (1931); para los mapas, comandante L. S. Dawson de la Royal Navy, *Memoirs of Hydrography II*, reimpresión de 1969, que cubre el período entre 1830 y 1880; para los transportes, véanse una breve introducción en M. Robbins, *The Railway Age*, 1962, y la crónica abultada y de tono triunfante de W. S. Lindsay, *History of Merchant Shipping*, 1876, 4 vols. La expansión de la colonización y las empresas es inseparable de la historia de las migraciones (véase el capítulo 11); véase Brinley Thomas, *Migration and Economic Growth*, 1954; para la vertiente humana, M. Hansen, *The Immigrant in American History*, 1940, y C. Erickson, *Invisible Immigrants: The Adaptation of English and Scottish Immigrants in 19th Century America*, 1972, mientras que Hugh Tinker, *A New System of Slavery*, 1974, se ocupa de la exportación de mano de obra ligada por contrato. Para el avance de la frontera, véanse R. A. Billington, *Westward Expansion*, 1949, y Rodman Wilson Paul, *Mining Frontiers of the Far West*, 1963. Para las empresas capitalistas en el extranjero, el libro espléndido de D. S. Landes, *Bankers and Pashas: International Finance and Modern Imperialism in Egypt*, 1958; L. H. Jenks, *The Migration of British Capital to 1875*, 1927; H. Feis, *Europe, The World's Banker*, 1930; A. T. Helps, *The Life and Labours of Mr Brassey*, 1872, reimpreso en 1969, y W. Stewart, *Henry Meiggs, A Yankee Pizarro*, 1946. Los dos últimos tratan de grandes personajes de la construcción del ferrocarril. Una ojeada interesante a las actitudes coetáneas podemos encontrarla en Jean Chesneaux, *Las ideas sociales y políticas de Jules Verne* (1972), el autor de *La vuelta al mundo en ochenta días*.

Aún está por escribir, al menos en inglés y de una manera en general accesible, la historia de la burguesía, la clase clave de nuestro período. Asa Briggs, *Victorian People*, 1955, es una introducción útil, pero encontraremos una guía mejor en las novelas de Émile Zola de la colección Rougon-Macquart, las cuales analizan la socie-

dad francesa del Segundo Imperio y son de una gran fiabilidad documental. Véase además la introducción de Mario Praz a G. S. Métraux y F. Crouzet, eds., *The Nineteenth-Century World*, 1968. Entre las monografías que debemos mencionar están Adeline Daumard, *La Bourgeoise parisienne 1815-1848*, de la que hay una versión abreviada de 1970; A. Tudesq, *Les Grands Notables en France*, 1964, 2 vols., válida para la formación de la conciencia política durante la revolución de 1848, y F. Zunkel, «Industriebürgertum in Westdeutschland», en H. U. Wehler, ed., *Modern Deutsche Sozialgeschichte*, 1966. Para las aspiraciones de la clase media-baja, y aplicables a todo, véase Samuel Smiles, *Self Help*, 1859, seguido de numerosas ediciones. W. L. Burn, *The Age of Equipoise*, 1964, es una excelente disección de la sociedad burguesa (inglesa), y T. Zeldin, *France 1848-1945*, 1974, vol. I, una muy buena guía a la sociedad burguesa francesa, incluidas la familia y el sexo. J. R. Vincent, *The Formation of the British Liberal Party 1857-68*, 1972, es estimulante.

Aunque hay libros excelentes sobre la ciudad decimonónica aparte del de A. F. Weber (véanse, por ejemplo, Asa Briggs, *Victorian Cities*, 1963, y la obra enciclopédica de H. J. Dyos y M. Wolff, eds., *The Victorian City*, 1973, 2 vols.), escasean las guías generales al mundo de los obreros, tan distinto de las historias de sus organizaciones. John Burnett, ed., *Useful Toil*, 1974, recopila autobiografías de obreros británicos, con las introducciones adecuadas, y Henry Mayhew, *London Labour and the London Poor*, edición original de 1861-1862, 4 vols., es un genial reportaje sobre la más espléndida de las ciudades occidentales. E. J. Hobsbawm, *Labouring Men* (1964), contiene algunos estudios pertinentes (hay trad. cast.: *Trabajadores*, Crítica, Barcelona, 1979). Es una pena que no se hayan traducido al inglés varios estudios valiosos de países concretos, en especial de Francia. Podemos seleccionar los de Michelle Perrot, *Les Ouvriers en grève, 1871-90*, 1974, vol. 2; Rolande Trempé, *Les Mineurs de Carmaux*, 1971, y Rudolf Braun, *Sozialer und kultureller Wandel in einem ländlichen Industriegebiet*, 1965, cuya importancia trasciende su estrecha base local en Suiza. Hay que mencionar la ingente obra de J. Kuczynski, *Geschichte der Lage der Arbeiter unter dem Kapitalismus*, 1960-1972, 40 vols. Los volúmenes 2, 3 y 18-20 tratan de los obreros alemanes durante este período.

Además de las obras generales ya comentadas, podemos estudiar la tierra, la agricultura y la sociedad agraria en T. Shanin, ed., *Peasants and Peasant Societies*, 1971; Jerome Blum, *Lord and Peasant in Russia*, 1961; Geroid T. Robinson, *Rural Russia under the Old Regime*, 1932; F. M. L. Thompson, *English Landed Society in the 19th Century*, 1963, y F. A. Shannon, *The Farmer's Last Frontier*, 1945. Para la cuestión tan debatida de la última era del esclavismo, véanse Eugene G. Genovese, *The World the Slaveholders made*, 1969, y Roll, *Jordan Roll: the World the Slaves Made*, 1974, así como la obra polémica de R. W. Fogel y S. Engermann, *Time on the Cross*, 1974, 2 vols. (hay trad. cast.: *Tiempo en la cruz: la economía esclavista en Estados Unidos*, Siglo XXI, Madrid, 1981). Para la economía de la mano de obra ligada por contrato, un tema menos conocido, véase Alan Adamson, *Sugar without Slaves*, 1972. La *Terre de Zola* combina la exactitud y los prejuicios urbanos acerca de los campesinos. Para los campesinos desarraigados, O. Handlin, ed., *Immigration as a Factor in American History*, 1959.

Para introducirnos en la historia de las relaciones internacionales nos servirán A. J. P. Taylor, *The Struggle for Mastery in Europe, 1848-1918*, 1954, y W. E. Mosser, *The European Powers and the German Question 1848-1871*, 1969; y en la de las guerras, A. Vagts, *A History of Militarism*, 1938; E. A. Pratt, *The Rise of Rail Power in War and Conquest*, 1915, y H. Nickerson, «Nineteenth Century Military Techni-

ques». *Journal of World History*, IV (1957-1958). Un modelo de monografía es la de Michael Howard, *The Franco-Prussian War*, 1962.

Para las actitudes de la época sobre los dos grandes temas del gobierno nacional y popular, véanse Walter Bagehot, *Physics and Politics*, 1873, y *The British Constitution*, de 1872, seguida de numerosas ediciones. La historiografía y la discusión del nacionalismo no son satisfactorias. Un punto de partida es Ernest Renan, *Qu'est-ce qu'une nation*, París, 1889 (hay trad. cast.: *¿Qué es una nación?*, Alianza, Madrid, 1988). El mejor libro es el de M. Hroch, *Die Vorkämpfer der nationalen Bewegung bei den kleinen Völkern Europas*, Praga, 1968; cf. además la Commission Internationale d'Histoire des Mouvements Sociaux et des Structures Sociales, *Mouvements Nationaux d'Indépendance et Classes Populaires aux 19^e et 20^e siècles*, 1971, vol. I. Sobre la ampliación del voto en Gran Bretaña en 1867, Royden Harrison, *Before the Socialists*, 1965, caps. III-IV; en Alemania, G. Mayer, «Die Trennung der proletarischen von der bürgerlichen Demokratie in Deutschland 1863-70», *Grünberg's Archiv*, II (1911), pp. 1-67. Véase también los trabajos de J. R. Vincent, T. S. Hamerow y T. Zeldin, *The Political System of Napoleon III*, 1958. Para las revoluciones del período, V. G. Kiernan, *The Revolution of 1854 in Spanish History*, 1966; C. A. M. Hennessy, *The Federal Republic in Spain 1868-74*, 1962; y entre una vasta literatura sobre la Comuna de París en la que está incluida la famosa obra de Marx *Guerra civil en Francia*, J. Rougerie, *Paris Libre 1871*, 1971. W. L. Langer, *Political and Social Upheaval 1832-52*, 1969, y Peter Stearns, *The 1848 Revolution*, 1974, pueden introducir a los lectores en la mayor revolución de nuestro período, sobre la cual Marx escribió dos opúsculos en la época (*Luchas de clases en Francia y El dieciocho brumario de Luis Bonaparte*); Engels, uno (*Revolución y contrarrevolución en Alemania*); y A. de Tocqueville, algunos pasajes memorables de sus *Memorias*. El mayor combatiente por la libertad del período es el tema de J. Ridley, *Garibaldi*, 1974, mientras que los revolucionarios rusos lo son de una obra clásica, F. Venturi, *Les Intellectuels, le peuple et la révolution. Histoire du populisme russe au XIX^e siècle*, 1972.

H. K. Girvetz, *From Wealth to Welfare: The Evolution of Liberalism*, 1963, describe los distintos significados que va tomando la ideología burguesa prevalente; Henry Nash Smith, *Virgin Land*, 1957, es una guía excelente a la ideología del radicalismo, que halló su expresión más pura en la frontera (véase además Eric Foner, *Free Soil, Free Labor, Free Men*, 1970). G. Lichtheim, *The Origins of Socialism*, 1969, es la mejor introducción a este tema. G. D. H. Cole, *A History of Socialist Thought, II: Marxism and Anarchism 1850-1890*, 1954, continúa siendo el trabajo general más extenso (hay trad. cast.: *Historia del pensamiento socialista*, FCE, México, 1964). Para una crítica no socialista al capitalismo, véase quizá al más grande de los contemporáneos: J. Burckhardt, *Reflexions on World History*, 1945 (hay trad. cat.: *Considerations sobre la historia universal*, Edicions 62, Barcelona, 1983). El libro de E. Roll, *A History of Economic Thought*, es conciso e inteligente, y en las ediciones posteriores el autor se ha ido alejando de sus primeras posiciones radicales. W. M. Simon, *European Positivism in the 19th Century*, 1963, trata de una corriente ideológica importante durante este período. Franz Mehring, *Karl Marx, The Story of His Life*, 1936, es preferible a las introducciones más tardías a la vida y el pensamiento de Marx, ya que el autor refleja lo que aquél significó para la generación inmediata de sus discípulos y seguidores. Por las mismas razones vale la pena consultar A. D. White, *A History of the Warfare of Science and Theology*, 1896. Sobre el darwinismo, véanse J. Burrow, *Evolution and Society: A Study in Victorian Social Theory*, 1966; la introducción de este mismo autor a la edición de Penguin de *The Origin of*

Species, 1968; R. Hofstadter, *Social Darwinism in American Thought*, 1955, y W. Bagehot, *Physics and Politics*, 1873.

J. T. Merz, *A History of European Thought in the 19th Century*, 1896-1914, 4 vols., continúa siendo esencial para el estudio de la ciencia en el siglo XIX. S. P. Thompson, *The Life of William Thompson*, 1910, 2 vols., estudia una figura central. J. D. Bernal, *Science and Industry in the 19th Century*, 1953, es una monografía brillante; del mismo autor, ya hemos mencionado antes su libro *Science in History*. A. Findlay, *A Hundred Years of Chemistry*, 1948, es un tratamiento útil de una ciencia crucial. Respecto al arte, además de las obras de carácter general ya citadas, están G. Reitlinger, *The Economics of Taste*, 1961, 1963, vols. I y II, que discute la naturaleza del mercado artístico; T. J. Clark, *The Absolute Bourgeois e Image of the People*, 1973, sobre el arte y la revolución; Linda Nochlin, *Realism*, 1971, cuyo título ya lo dice todo (de la misma autora, véase también «The invention of the Avant-Garde: France 1830-1880», *Art News Annual*, 34); y otro título explícito es el de Gisèle Freund, *Photographie und bürgerliche Gesellschaft*, 1968. El artículo de Walter Benjamin, «Paris-Capital of the 19th Century», *New Left Review*, 48 (1968), es conciso pero profundo. G. Lukács, *Studies in European Realism*, 1950, es el trabajo de un notable crítico literario. Georg Brandes, *Main Currents in Nineteenth Century Literature*, 1901-1905, 6 vols., ofrece una visión casi coetánea. Bryan Magee, *Aspects of Wagner*, 1972, defiende a un compositor genial pero desagradable.

Sobre la crisis que cierra nuestro período, véanse Hans Rosenberg, *Grosse Depression und Bismarckzeit*, 1967, y David Wells, *Recent Economic Changes*, 1889.

Para terminar podemos citar una obra general de considerable interés: Barrington Moore, *Social Origins of Dictatorship and Democracy*, 1967; Penguin, 1973.

ÍNDICE ALFABÉTICO

Abbe, Ernst, 54
 Afganistán, 128
 África: colonización de, 127; exportaciones británicas a, 63; ferrocarriles, 65, 67; inexplorada, 61; misioneros en, 283-284
 África del Sur: colonización, 132; ferrocarriles, 65
 agricultura, 78-79, 181-198, 323
 Ahrens, Herr, 289
 Aix-les-Bains, 214
 Al-Afghani, Jamal ad-din, 137
 Alaska, 86, 146
 Albert, obrero mecánico, 28
 Alberto, príncipe consorte, 247 n., 296 n.
 Alcohólicos Anónimos, 244
 Alejandría, 69
 Alejandro II, zar de Rusia, 171, 172, 173
 Alemania: agricultura, 187, 323; Asamblea de Frankfurt, 25; comercio, 314; comercio exterior, 62; crecimiento económico, 58; crisis económica de 1857, 78; desórdenes y huelgas obreras, 123; empresas industriales, 249-250; educación, 55, 105, 107, 278-279; ferrocarriles, 322; *Gründerjahre* (años de promoción de las compañías), 58; industria química, 265; industrialización, 53, 219; leyes contra la usura, 48; libertad para practicar cualquier actividad comercial, 48; Liga Comunista en, 34; migraciones, 204, 206, 209, 210; música, 288; nacionalismo, 95, 97-98, 99, 100, 104-105; población, 321; producción de hierro y acero, 52, 53; radicalismo, 32; Reichstag, 113; sindicatos, 123; sistema telegráfico, 70, 71; sistemas políticos, 115, 117; socialismo, 122, 123, 126; sufragio universal, 122; trabajadores, 235; unificación, 15, 24, 81, 84, 88, 94; urbanización, 205, 321; y las revoluciones de 1848, 22, 23, 27; véase también Prusia
 Allan, William, 234
 Allgemeiner Deutscher Arbeitsverein, 122
 Alma Tadema, sir Lawrence, 292
 Almanach de Gotha, 61 n.
 Alpes, 66, 215
 América del Norte: ferrocarriles, 66; tráfico marítimo, 322; véase también Canadá; Estados Unidos
 América del Sur: crisis en, 78; exportaciones británicas a, 62; ferrocarriles, 65, 66; inexplorada, 61; tráfico marítimo, 322
 América Latina: desarrollo, 129-132, 145; esclavitud, 191, 193; exportaciones británicas, 62; ferrocarriles, 66, 67; intervención española en, 87; redistribución de la tierra, 197; religión, 284; revoluciones, 176
 American Historical Review, 273
 American Telegraph Company, 70
 analfabetismo, 55 n., 200-201
 anarquismo, 169-171, 281
 Antártico, 61, 63
 Anthropological Review, 275
 antropología, 270, 274-276
 Anzengruber, Ludwig, 311
 Argelia: campos de concentración, 29; colonización, 132, 136, 206; ferrocarriles, 65, 322; hambre en, 79, 144; población musulmana, 144; redistribución de la tierra, 198
 Argentina: agricultura, 323; comercio, 89; ferrocarriles, 65, 66, 322; sistema político, 130; urbanización, 205, 218
 Arizona, 146
 Armour, Philip, 155, 184
 Arnold, Matthew, 258
 arquitectura, 288, 297-299
 artes, 286-311
 Ártico, 61, 63; tráfico marítimo en el, 322
 Asia: exportaciones británicas a, 62; ferrocarriles, 66; tráfico marítimo, 322
 Asociación Británica para la Promoción de la Ciencia Social, 270
 Asociación General de Trabajadores Alemanes, 122

Asociación Internacional de Trabajadores, 124
 Asociación pro Política Social, en Alemania, 123
 Astor, familia, 156
 Atlántico, tráfico marítimo en el, 64, 322
 Auersperg, 252
 Australia: agricultura, 74, 187; descubrimientos de oro en, 46, 47, 72, 73, 75, 210; efectos de los altos salarios en, 75-76; exportaciones británicas a, 62; ferrocarriles, 65, 66, 322; inexplorada, 61, 63; migraciones, 75-76, 127, 204, 210; religión, 283; sindicatos, 120, 124; tráfico marítimo, 322; urbanización, 205, 218-219
 Austria: agricultura, 323; bibliotecas, 295; comercio, 62, 314; educación, 105, 107; excluida de Alemania, 84, 88; importancia político-militar en Europa, 90; industrialización, 52; libertad para practicar cualquier actividad comercial, 48; políticas liberales, 115; sindicatos, 123; sistema telegráfico, 70, 71; véase también Habsburgo, imperio de los
 Austrian Lloyd, 68
 austro-húngaro, imperio, véase Habsburgo, imperio de los
 Avogadro, Ley de, 265
 Azeglio, Massimo d', 100
 Bach, Alexander, 31
 Bachofen, J. J., 277 n.; *Mutterrecht*, 277 n.
 Baden, población de, 321
 Baden-Baden, balneario de, 214
 Baedeker, Karl, 215
 Bagehot, Walter, 15, 95, 118
 Bain, A., 270; *Mental and Moral Science*, 270
 Baker, Samuel White, 62
 Bakunin, Mikhail A., 35, 121, 168, 170, 171, 175, 236
 Balcanes, 85, 94, 97
 Báltico, mar, 48; comercio en, 50; tráfico marítimo en, 322
 Balzac, Honoré de, 309
 Banco de California, 75
 Bankers Magazine, de Boston, 74, 203 n.
 Barbizon, escuela de, 288
 Barcelona, planificación urbanística de, 295
 Barmen, 122, 219
 Barnes, William, 311
 Barth, Heinrich, 62
 Baudelaire, Charles, 287 n., 301, 305, 307
 Baviera: asociaciones de «automejora», 235; población, 321; revolución en, 22
 Bayreuth, 294
 Bebel, August, 104, 122
 Beeches, Henry Ward, 841
 Beethoven, Ludwig van, 287
 Bélgica: agricultura, 323; analfabetismo, 200 n.; bibliotecas, 295; Cámara belga, 251; ciclo de los negocios, 78; comercio exterior, 62; desórdenes y huelgas obreras, 123; educación tecnológica y superior, 54; exportaciones de hierro desde, 42; ferrocarriles, 322; industrialización, 52; leyes contra la usura, 48; población, 181, 321; políticos, 23, 115; potencia de vapor, 53, 321; producción de hierro, 52; revolución en, 22 n., 23; sistema telegráfico, 70, 71; sufragio, 113, 118; urbanización, 218, 321
 Belinsky, V., 175
 Bengala, 183; ejército, 135
 benthamita, liberalismo, 131
 bereberes, 128, 132
 Berlín, 22, 27, 28, 206, 219, 220
 Berlioz, Hector, 299 n.
 Bernal, J. D., 265
 Bernard, Claude, 263, 266, 301; *Introducción al estudio de la medicina experimental*, 266-267
 Bessemer, convertidor de, 53
 Biarritz, 213
 bibliotecas, 295
Bildungsvereine (asociaciones de «automejora»), 235
 biología, 266-269
 Birmania, 128, 203
 Birmingham, 63
 Bismarck, conde Otto von, 15, 307; alianza con los liberales nacionales burgueses, 115; oposición a la Iglesia católica, 280; prohibición de la actividad socialista, 126, 316; sufragio universal en Alemania, 122; y Hungría, 85; y la Liga de los tres emperadores, 177; y la unificación de Alemania, 82-84, 88, 99; y los burgueses, 37, 118, 259; y Napoleón III, 111, 214 n.
 Bizet, Georges, 300; *Carmen*, 299, 300
 Blanc, Louis, 35, 119
 Blanqui, Louis-Auguste, 35, 119, 125, 169, 175, 306
 Bleichroeder, familia, 207
 Boeinger, Theodore, 254
 Bohemia, 26, 196, 197
 Boito, Arrigo, 299 n.
 Bolckow, 289
 Bolivia, 198
 Bolton, 63

- Boltzmann, Ludwig, 264, 265
Bombay, barco, 68
 Bonheur, Rosa, 292
 Bonn, universidad de, 55
 Born, familia de Hamburgo, 185
 Born, Stefan, 28, 34
 Bosnia, 85, 102
 Boston, 75
 Bourmouth, 214
 Brahms, Johannes, 287, 288, 293
 Brasil: abolición de la esclavitud, 191, 192-193; comercio, 89, 130, 183; exportaciones de café, 183; ferrocarriles, 65; inmigración europea, 131, 132; población, 129; revolución en, 22; separación de Portugal, 130; selgas, 185
 Brassey, Thomas, 67, 192, 227
 Bremen, 75
 Bright, John, 43
 Brindisi, 66
 British Museum, 295
 Brougham, lord, 214
 Browning, Robert, 287 n.
 Bruck, K. von, 31
 Bruckner, Anton, 288
Builder, *The*, 221
 Bulgaria, 85, 94, 102
 Bulwer-Lytton, sir Edward, 292
 Bulwer y Clayton, tratado anglo-norteamericano de, 75
 Bunge, familia de Hamburgo, 185
 Buonarrosi, Filippo, 174
 Burckhardt, Jacob, 315
 Burdeos, 75, 250, 251
 burguesía, 239-259, 260; actitudes hacia el sexo, 241-245, 246; en Prusia, 32, 117-118, 160; familia como unidad de la, 245-250; liberalismo, 110, 279; riqueza, 233, 240, 245-246, 250-251; y Bismarck, 37, 118, 259; y las artes, 254, 289-293, 295-296, 299-301, 305-308; y las revoluciones, 36, 118, 160, 258; y los trabajadores, 226, 235, 236, 257
 Burton, sir Richard, 72
 Busch, Wilhelm, 300
 Canadá: agricultura, 187; colonización, 127, 146, 204, 205; ferrocarriles, 322
 Cannes, 214
 Cantón, 64
 Cantor, Georg, 263
 Capri, 215
 carbonarios, 111
 Caribe, 129, 145-146, 183, 203
 Carnegie, Andrew, 155, 283, 295
 Carroll, Lewis, 243, 300
 cartista, movimiento, 27, 43, 236, 253, 269, 280
 Cavaignac, Louis, 37
 Cavour, conde Camillo, 15, 29, 301; unificación de Italia, 27, 83-84, 98; y el movimiento irlandés, 98-99; y Napoleón III, 84, 111, 214 n.
 Central Pacific Railroad, 155
 Cerdeña: población, 321; urbanización, 321
 Ceilán, 183; ferrocarriles, 65, 322
 Cézanne, Paul, 288, 306
 Chaikovski, Piotr I., 287, 293, 299 n., 308
 Chatterjee, Bankim Chandra, 135 n.
 checos: estados, 197; factorías azucareras, 218; granjas campesinas, 197; nacionalismo, 96, 98, 99, 101-102; sindicatos, 123
 Chejov, Anton, 196
 Chermishevsky, N., 175, 303
 Chicago, 16, 147, 184, 220
 Chile, 73, 314; agricultura, 74; ferrocarriles, 65, 322; flota marítima, 74, 130
 China, 61; comercio del opio, 46; dinastía Manchú, 139, 141; dinastía Ming, 139; expediciones militares a, 86-87; hambre en, 144; imperialismo, 128; migraciones, 203; relaciones con Occidente, 140-141, 142, 157-158; revoluciones, 138-141; véase también opio, guerra del; Taiping, rebelión de los
 Chotek, conde, 252
 ciencia, 54-55, 260-269, 276-279
 «ciencia cristiana», 282
 ciudades, 218-222
 Clemenceau, Georges, 306
 Club Alpino, 215
 Cluseret, Gustave Paul, 104
 Cobden, Richard, 43
 Código Internacional de Señales, 77
 Colombia, 22, 50, 183
 Colón, Cristóbal, 46
 Colonia, 28, 219
 Colorado, 146
 Columbia Británica, 146
 comercio, 42-48, 62, 182-184, 189; ciclo comercial, 42, 43, 44, 57-58, 78-79, 230; libre comercio, 48-51, 314

- Compañía de las Indias Occidentales, 134-135
 Comte, Auguste, 270, 272; influencia en Brasil, 131, 175; «religión de la humanidad», 282; Tylor influido por, 275; y el positivismo, 168, 261, 277, 305 n.; y el sansimonismo, 168
 Comuna de París, 104, 123, 306, 312, 316; como revolución social, 168, 171, 176-178, 236; paralización de la, 88, 124-125, 166, 177-178, 257; y el blanquismo, 169
 Concilio Vaticano de 1870, 258, 280, 284
 conflictos y guerra, 80-92
 Congreso Nacional Indio, 136
 Connemara, 65
 Constantinopla, 220 n.
 Cook, Thomas, 213, 215
 Cooke, sir William Fothergill, 70
 Copenhague, 50
 Corte de Casación, 301
 Cortés, Hernán, 46
 Costa Azul, 214
 Costa Rica, ferrocarriles en, 322
 Courbet, Gustave, 288, 300, 302, 303, 304, 305 n., 306, 307
 Cournot, Antoine-Augustin, 261, 270
crédit mobilier, 43, 224, 225
 Creusot, población de, 223
 Crimea, guerra de, 15, 81, 87-88, 90, 91, 172
 Crocker, Charles, 155
 Cruz Roja Internacional, 77 n., 89
 Crystal Palace, de Londres, 45, 298
 Cuba: como colonia española, 146; esclavitud, 191, 193; exportaciones, 130; ferrocarriles, 65, 322; inmigración china, 203; inmigración europea, 131
 «cuestión oriental», 86, 87, 94
 Custer, George, 150
 Custozza, batalla de, 29, 31
 Dalhousie, lord, 135
 Danubio, río, 69
 Darwin, Charles, 132, 163; como figura dominante en la ciencia, 262, 267, 279; teoría de la evolución, 263, 267-269, 275, 276-277, 280; *El origen de las especies*, 269, 278
 Daumier, Honoré, 287, 288
 David, Jacques Louis, 303
 Davitt, Michael, 103
 De Gaulle, Charles, 111
 Dedekind, Richard, 263
 Degas, Edgar, 288, 304, 306
 Díaz, Porfirio, 146
 Dicey, A. V., 312
 Dickens, Charles, 77, 240, 286-287, 293, 309
 Dinamarca: abolición de la legislación gremial, 48; agricultura, 187, 323; colonialismo, 146; ferrocarriles, 322; población, 321; sindicatos, 124; sistema telegráfico, 70; sistemas políticos, 115; urbanización, 321; y las revoluciones de 1848, 22 n.
 Disraeli, Benjamin, 82-83, 118, 124, 298
 Dobrolyubov, N., 175
 Dollfus-Mieg, 250
 Donnersmarck, príncipe Henckel von, 298
 Dostolevski, Fedor M., 171, 287, 293, 308; *Crimen y castigo*, 308
 Dresde, 295
 Ducasse, Isidore, véase Lauréfont, conde de
 Dupanloup, monseñor, 307 n.
 Düsseldorf, 219
 Dutt, R. C.: *Economic History of India*, 135 n.; *India in the Victorian Age*, 135 n.
 Dvořák, Antonín, 287, 293, 294, 308
 Écho du Nord, 249
 Eddy, Mary Baker, 282
 Edison, Thomas Alva, 54
 educación, 54-55, 105-107
 Egipto, 79; expansión del turismo, 214-215; exportaciones de algodón, 183; ferrocarriles, 65, 322; regadíos, 188; relaciones con Occidente, 136-138, 142
 Eichhorn, Von, banquero, 297
 Eiffel, torre, 298
 Ejército de Salvación, 235
 Ejército Republicano Irlandés (IRA), 102-103
 Eliot, George, 293, 309
 Engels, familia, 246
 Engels, Friedrich, 36, 119, 122, 166, 167, 184; crisis en el sistema político de los Estados Unidos, 167-168; sobre los descubrimientos de oro, 47, 73; y los nacionalismos, 98 n.; *Manifiesto comunista (con Marx)*, 21, 73
 Escandinavia: comercio exterior, 62; depresión en, 78; electorado, 82
 esclavitud, 151, 191, 192-195
 escultura, 289
 eslavos, 97, 102, 204
 España: agricultura, 323; analfabetismo, 200; anarquismo, 170; bibliotecas, 295; Borbones en, 125; colonialismo, 87, 128-129, 130, 146; desórdenes y huelgas obreras, 123; ferrocarriles, 322; gente hambrienta en, 43, 79; guerra carlista, 199; población, 79, 321; potencia de vapor, 321; redistribución de la tierra, 197-198; revoluciones, 85, 125, 176,

- 199; sistema telegráfico, 70; urbanización, 321; y el movimiento de libre comercio, 49, 314
- Española, isla de La, 145
- esperanto, lengua, 77
- Estado Mayor de Inglaterra, mapas del, 64
- Estados Unidos de América: acuñación de monedas de oro, 47; agricultura, 187, 189, 323; artes, 295; bibliotecas, 295; cambios en la vida campesina, 200-201; campesinado, 196; comercio exterior, 50, 62, 73-74, 130, 183; compra de Alaska a Rusia, 86, 146; crisis de 1857, 78; darwinismo, 269; desarrollo, 146-156; educación, 55, 105; esclavitud, 151-152, 153, 191, 192, 194; fenianismo, 104; ferrocarriles, 64, 66, 322; guerra con México, 130, 143, 146, 258; inmigración, 58, 100, 103, 104, 108, 127, 202-210; industrialización, 53, 91; ley y orden, 257; literatura, 287, 311 n.; navegación, 69; población, 181, 313, 321; políticos, 117; potencia de vapor, 53, 321; producción de hierro, 52; producción de petróleo, 55-56; producción masiva, 56-57; religión, 282-283; Salvaje Oeste, 148-151, 184; sindicatos, 120; sistema telegráfico, 69-70; sufragio, 113, 169 n.; urbanización, 205, 218, 221, 321; y el proteccionismo, 49; y las revoluciones europeas, 167-168; véase también guerra civil norteamericana
- Europa: agricultura, 323; ferrocarriles, 65, 66, 67; población, 313
- exploraciones, proceso de, 62-64, 71-72
- Faraday, Michael, 70, 304
- Farr, William, 271
- Favre, Jules, 112
- Federico Guillermo IV, rey de Prusia, 26
- Félibrige, movimiento, 311
- fenianos, 94, 102-104, 125, 167, 199; véase también Irlanda
- Feria Internacional de Viena, 56
- Ferrocarril Central peruano, 66, 68
- ferrocarriles, 52, 64-69, 211, 222, 225-226, 322
- Ferry, Jules, 112
- Filadelfia, centenario (1867) de, 45
- filosofía, 260-261
- Finlandia: ferrocarriles, 322; nacionalismo, 96
- Fischhof, Adolf, 32
- físicos, 263-265
- Fisk, Jim, 68, 153, 155
- flamencos belgas, 116
- Flatou, empresario, 292
- Flaubert, Gustave, 293, 300, 305, 306, 309; *La educación sentimental*, 306; *Madame Bovary*, 307 n.
- Florenza, santuario del arte de los Uffizi, 296
- Forster, E., 241
- fotografía, 300-302
- Fourier, François, 168
- Francia: acuñación de monedas de oro, 47; agricultura, 323; analfabetismo, 200 n.; anarquismo, 170; artes, 287, 288-289; catolicismo, 252; colonialismo, 136, 146; comercio exterior, 62, 130; como gran potencia, 86, 91, 94; darwinismo, 269; desórdenes y huelgas obreras, 123; dinastía borbónica, 118; distribución de la tierra en Argelia, 198; educación, 33, 55, 105-106; elecciones, 32, 37, 82; emigración de trabajadores, 204-205; en Indochina, 128; ferrocarriles, 68, 322; industria textil, 249; industrialización, 53, 57, 91; inversiones, 223; monarquía de julio, 112; nacionalismo, 97-98, 100, 104; pintura, 288-289; población, 181, 321; política exterior, 87; políticos, 110-113, 115; potencia de vapor, 53, 321; producción de hierro, 52; republicanismo, 199; Segundo Imperio, 34, 36, 68, 88, 110-111, 233, 305, 306; sindicatos, 121; sistema telegráfico, 70; Tercera República, 106, 112, 115, 118, 316; trabajadores, 235; urbanización, 321; y la guerra de Crimea, 87; véase también Comuna de París; Revolución francesa
- francmasonería, 131, 282
- francoprusiana, guerra, 84, 88, 90, 91, 104, 136, 306
- Frankfurt, Asamblea de, 25
- Freiligrath, F., 32
- Freud, Sigmund, 244
- Freitag, Gustav, 309; *Die Ahnen*, 309
- Frith, William Powell, 292; *Estación de ferrocarril*, 292
- Gaj, pionero del nacionalismo yugoslavo, 30
- Galizia, 28, 192
- Gall, Franz Joseph, 305 n.
- Gama, Vasco de, 46
- Gambart, empresario, 292
- Gambetta, Léon Michel, 112
- García Márquez, Gabriel; *Cien años de soledad*, 116
- Ganbaldi, Giuseppe, 15, 36, 84, 104, 121, 309; campaña siciliana, 166, 176, 199; ideología, 169
- Gastein, 214 n.

- Gautier, Théophile, 307
- Geigy, familia, 249
- Gelsenkirchen, comunidad minera de, 211
- Gewerbeordnung*, 49
- Gibbs, Willard, 278
- Giffen, sir Robert, 237, 238
- Gilbert, sir William Schenk, 296
- Ginebra, Convención de, 89
- Gintl, 70
- Gladstone, William Ewart, 83, 296, 307, 309, 316
- Glasgow, 220 n., 221
- Goethe, Johann Wolfgang, 294, 299 n.; *Fausto*, 294
- Goncourt, hermanos, 306
- González López, Francisco, 310
- Görgei, generalato de, 31
- Oould, Jay, 68, 153, 155
- Gounod, Charles François, 299 n.
- Gran Bretaña: abolición de las leyes trigueras, 50; acuñación de monedas de oro, 47; agricultura, 188, 323; aristocracia, 251, 252; artes, 287; bibliotecas, 295; cartismo, 43, 119; ciclo comercial, 78; colonialismo, 145, 146; comercio exterior, 50-51, 62, 130; como gran potencia, 86, 90-91; consumo de té y de azúcar, 184; control de las ciudades, 251; darwinismo, 269; desórdenes y huelgas obreras, 123; educación, 54, 55, 106; electorado, 82; emigración, 75-76, 204, 206, 209, 210; en Indochina, 128; ferrocarriles, 51, 213, 218, 222, 322; guerra con China, 139, 158; guerra de Crimea, 87; importaciones de caucho, 56; industria del algodón, 42, 46 n., 50; industrialización, 52-53, 222; inversiones, 223; ley del «amo y del siervo», 49, 228; leyes contra la usura, 48; libre comercio, 48, 314; marina mercante, 69; nacionalismo, 100; Partido Liberal, 235; patrones del acero, 249; población, 181, 321; política exterior, 85-86; políticos, 23, 115, 117; posibilidades de revolución proletaria, 167; potencia de vapor, 53, 321; producción de hierro y acero, 51-52, 53; religión, 283, 284; revolución industrial, 14, 57; sindicatos, 49, 120-121, 124-125; sistema telegráfico, 70-71; socialismo, 119; sufragios, 113, 114; turismo, 215-216; urbanización, 205, 218, 219, 321; vacaciones en la costa, 213; y el nacionalismo irlandés, 102-103; y la India, 128, 133-136, 143, 258
- Gran Depresión, 316, 317
- Gran Exposición de Londres de 1851, 45, 213
- Grant, Ulysses S., 45
- Gravelotte, batalla de, 90
- Great Eastern*, barco, 70
- Grecia, 23; independencia, 94; población, 321; sistema telegráfico, 70
- Greeley, Horace, 168
- gremios, abolición de los, 48
- Grieg, Edvard, 308
- Grillparzer, F. von, 36
- Grimm, Jakob, 273
- Gros, barón, 304
- Guayanas, 145, 203
- guerra, véase conflictos y guerra
- guerra civil norteamericana, 85, 87, 88, 94, 121, 151-153, 184; como tema de la cultura popular, 148, 153; influencia sobre el resto del mundo, 44, 53; influencias económicas sobre la producción, 15; interrupción del comercio del algodón, 130, 136, 183, 230; movilización de la población, 90; producción de armas, 56
- Guggenheim, familia judía neoyorquina, 207
- Guide de Paris de 1867*, 212
- Guillermo I, emperador de Prusia, 303
- Guthoffnungshütte, A. G., 222
- Habsburgo, imperio de los, 25; abolición de la servidumbre, 26, 191-192; aristocracia, 252; autonomía de Hungría dentro del, 30, 31, 84, 85, 95; balnearios, 214; barcos, 68; comercio, 62; como gran potencia, 26, 82, 91; derrota militar del Piamonte, 29-30; desórdenes y huelgas obreras, 123; ferrocarriles, 322; figuras clave en la restauración de la monarquía, 31; población, 321; política, 81, 107-108, 117; potencia de vapor, 321; problemas internos, 44, 82, 94; revolución, 23; urbanización, 218, 321; y Boania, 85; y la conquista de Hungría, 31; y los nacionalismos, 24, 97
- Halévy, Jacques, 296
- hambre, 144
- Hamburgo, 75
- Hannover, población de, 321
- Hart, Robert, 141
- Hausman, Georges Eugène, 288
- Havre, El, 75
- Hawthorne, Nathaniel, 287
- Hegel, Georg Wilhelm Friedrich, 260-261
- Heimholtz, Hermann von, 263, 264, 265, 270
- Hermandad Republicana Irlandesa, véase fenianos
- Herrford, marquesa de, 290
- Herwegh, G., 32

Herzen, Alexander, 175
 Hickok, James Butler, «Wild Bill», 150
 hierro, 51-52, 53
 hierro y acero, industria del, 52, 53-54
 Hildebrand, historiador del arte, 302
Historical Review, 273
Historische Zeitschrift, 273
 Hitler, Adolf, 84 n., 111, 315
 Hobbes, Thomas, 248
 Holanda: agricultura, 323; analfabetismo, 200 n.; bibliotecas, 295; colonialismo, 146; comercio exterior, 62; ferrocarriles, 322; leyes contra la usura, 48; población, 321; políticos liberales, 115; potencia de vapor, 52, 321; sistema telegráfico, 70; urbanización, 321
 Holloway, 289
 Hollyhead, 65
 Hong Kong, 146
 Hopkins, Mark, 155
 Hudson, George, 68
 Hugo, Victor, 32, 111, 293
 Hung Hsiu Chuan, 139
 Hungría: abolición de la servidumbre, 28, 196, 197; agricultura, 187; autonomía dentro del imperio de los Habsburgo, 30, 31, 84, 85, 94, 95; Dieta, 28, 31; ferrocarriles, 68; migraciones estaciones, 211; nacionalismo, 95, 101; revolución, 22, 25, 26, 29, 30-31
 Huntington, Collis P., 155
 husitas, 102
 Hyndman, H. M., 46

 Ibsen, Henrik, 287, 293
 Iglesia anglicana, 280
 Iglesia católica, 116-117, 258, 280-281, 283, 284, 315 n.
 Iglesia de Inglaterra, 252
 imperialismo, 127-144, 145-146, 313
 impresionismo, 288-289, 293, 302, 303-304, 306
 India: comercio del opio, 46; cristianismo, 284; emigración, 203; exportaciones británicas a, 62; ferrocarriles, 66-67, 322; hambre, 79, 144; población, 79, 127-128; producción de manganeso, 314; regadíos, 188; y el imperialismo británico, 128, 133-136, 143, 258
 Indochina, 87, 146, 284
 Indonesia, 127, 183
 Ingersoll, Robert Green, 283
 Ingres, Jean-Auguste D., 301, 303
 insurrección india, 134-135, 136

Internacional, Primera, 121, 123, 124-125, 167, 168, 170, 176-177, 199, 233
 Internacional, Segunda, 234
 Irlanda: crisis agraria, 103-104; emigración, 94, 204, 208, 211, 283; gran carestía de 1846-1847, 204; *Land League*, 103, 199; nacionalismo, 96, 98-99, 103, 167, 199; religión, 283; urbanización, 218; véase también fenianos
 Irving, sir Henry, 296 n.
 islam, 61, 137-138, 283
 Ismail Bajá, jedive de Egipto, 136-137
 Italia: agricultura, 187, 323; analfabetismo, 200 n.; anarquismo, 170; bibliotecas, 295; como gran potencia, 91; darwinismo, 269; democracia, 81; desórdenes y huelgas obreras, 123; educación, 105, 106; ferrocarriles, 322; guerra de 1859-1860, 81, 90; música, 288; nacionalismo, 95-96, 98, 102; población, 321; rebeliones campesinas, 192, 199; revolución, 22, 23, 25, 26, 29-30, 37, 43; sistema telegráfico, 70; sistemas políticos, 115, 117; sociedades de ayuda mutua, 120; sufragio, 114, 117; unificación, 24, 81, 83-85, 88, 94, 99-100
 Jacoby, C. G., 32
 Jamaica, ferrocarriles de, 322
Japan Herald, 163
 Japón, 61; desarrollo del, 156-163; ferrocarriles, 65; imperialismo, 128; industrialización, 91; religión, 285; restauración Meiji, 91, 94, 159, 160
 Java: ferrocarriles, 65, 322; hambre, 144
 Jelačić, barón, 30
 jesuitas, 89
 Jones, Ernest, 43
 José II, emperador, 200
 Juárez, Benito, 131, 197-198, 281
 judíos, 204, 249; emigración, 209; en Estados Unidos, 207; en Rusia, 48; nacionalismo, 107; patronazgo de las artes, 295; sinagogas, 298
 Juglar, Clement, 58
Junggrammatiker (jóvenes gramáticos), 274

 Kagoshima, 157, 159
 Kansas, 146
 Kareiev, N., 175
 Karlsbad, balneario de, 214
Kathedersozialisten (profesores socialistas), 123
 Kaulbach, Wilhelm von, 303

Kautsky, Karl, 269
 Kekulé, August, 266
 Keller, Gottfried, 309
 Kingsley, Charles, 247
 Koch, Robert, 267
 Koechlin, André, 249, 250
 Koechlin, empresa familiar, 250
 Koechlin, Nicholas, 250
 Koppitz, 298
 Kossuth, Lajos, 31, 32, 35, 36, 85, 200
 Krause, Karl, 175
 Kronecker, H., 263
 Kropotkin, príncipe, 212
 Krupp, fábricas, 222, 224, 225, 245, 253, 255
 Krupp, familia, 249
 Kugelmann, doctor, 214
 Kuhn, familia, 207
 Ku-Klux-Klan, 282

 Labiche, Eugène, 296
 Lamartine, Alphonse de, 32
 Lancashire, 218
 Landseer, sir Edwin, 292, 309; *Monarch of the Glen*, 309
 Lassalle, Ferdinand, 122, 166, 235
 Lauréumont, conde de, 307; *Cantos de Maldoror*, 307
 Lavater, Johann Kaspar, 305 n.
 Le Play, Frédéric, 233
 Lear, Edward, 300
 Ledru-Rollin, A., 35, 36
 Leeds, 290
 Lefebvre, familia de Lille, 250
 Lehmann, familia judía neoyorquina, 207
 Leipzig, batalla de, 90
 Lenin, Vladimir I., 35, 174, 176, 195
 Lesseps, Ferdinand M. de, 68, 75
 ley de limitación china, de 1882, 74
 ley de reforma británica, de 1867, 82, 83, 106, 114, 119
 leyes de cereales, abolición en 1846 de las, 43, 253
 Li Hung-Chang, 141
 Liebig, Justus, 184
 Liebknecht, Wilhelm, 104, 122
 Liga Comunista, 21, 34, 119
 Liga contra la ley de cereales (Anti-Corn Law League), 253
 Liga de los tres emperadores, 177
 Lille, 34, 224, 249, 251
 Lincoln, Abraham, 15, 113, 121, 149, 152, 156, 309

lingüística, 273
 Lister, Joseph, 267
 Liszt, Franz, 293, 299 n.
 literatura, 287, 288, 308-311
 Liverpool, 65, 75
 Livingstone, David, 62, 72; *Viajes*, 291
 London Bridge, 298
 Londres, 65, 75, 221, 237; población, 220 y n.
 Lourdes, 284
 Luis II, rey de Baviera, 258, 290, 308
 Lukács, G., 241
 Lutchisky, V., 175
 Lyell, sir Charles, 280

 Macaulay, Thomas Babington, 133
 Madagascar, 284
 magiars, 30, 82
 Maine, sir Henry, 218
 Malaisia, 146, 203, 314
 Manchester, población de, 220 n.
 Manet, Édouard, 244, 288, 301, 302, 303, 304, 306; *Déjeuner sur l'herbe*, 244, 302; *Olympia*, 303
Manifiesto comunista, 21-22, 27, 73, 104, 121, 167, 168
 Manin, Daniele, 30
 Mann, Thomas, 243; *Dr. Faustus*, 243
 maorles, 132
 Marcroft, William, 234
 Marienbad, balneario de, 214
 Marruecos, 79, 128
 Marsella, 69
 Marshall, James, 72
 Marx, Karl, 28, 32, 78, 125-126, 211, 214, 228, 235, 281; ideología, 16, 21, 35, 45, 50, 89, 279; influencia en Rusia, 175; Liga Comunista, 34; revolución social, 166-168, 174, 262, 268, 271-272; sobre el anarquismo, 170; sobre el imperialismo, 143, 258; sobre los descubrimientos de oro, 47, 73, 184; y el nacionalismo, 98 n.; y Hegel, 260-261; y la Comuna de París, 176-177; y la Primera Internacional, 17, 121-122, 124-125; y la rebelión de los Taipings, 138; y Lausalle, 122; y los fenianos, 103 n.; y Napoleón III, 37, 111, 112-113; y Victoria Woodhull, 242 n.; *Das Kapital*, 13, 119, 175, 269, 272; *La guerra civil en Francia*, 125; *Neue Rheinische Zeitung*, 32
 Maximiliano, emperador de México, 87
 Max-Müller, F., 274
 Maxwell, James Clerk, 263, 264, 266, 270
 mayas, indios, 129, 193

- Mayer y Pierson, pleito entre, 301
 Mayhew, Henry, 236
 Mazzini, Giuseppe, 29-30, 35, 36, 97, 98, 169
 Mediterráneo, mar, 214-215; tráfico marítimo en el, 322
 Meiggs, Henry, 66, 68
 Meilhac, Henry, 296
 Melbourne, 220
 Melgarejo, Mariano, 198
 Melville, Herman, 157, 287, 308; *Moby Dick*, 157, 308
 Mendel, «el príncipe comerciante», 289
 Mendel, Gregor, 276
 Mendeleiev, Dmitri Ivanovic, 266
 Mendelssohn, Felix, 299 n.
 Metternich, príncipe Clemence, canciller austriaco, 24, 36, 99
 México: distribución de la tierra, 197; ferrocarriles, 65; guerra con los Estados Unidos, 130, 131, 143, 146, 258; Iglesia y estado, 131; intervención francesa en, 87; metales preciosos en, 75
 Meyer, Lothar, 266
 Miechowicz, 297
 Miég, familia, 250
 migraciones, 74-76, 202-212, 216
 Milán, 22, 27, 29; Galería de Víctor Manuel, 298
 Mill, John Stuart, 132, 227, 261, 270
 Millais, sir John Everett, 292
 Millet, Jean-François: *Angelus*, 300
 Minnesota, 146
 Mississippi, río, 149
 Mitsui, familia, 157
 mogol, imperio, 135
Moisés o Darwin, 281
 Monet, Claude, 304, 306
 Mongol, dinastía, 139
Moniteur de la Photographie, *Le*, 302
 Monte Carlo, 214
 Monte Cenis, túnel alpino de, 66
 Moravia, 200
 Morgan, J. P., 156
 Morgan, Lewis, 277
 mormones, 149, 209
 Morris, William, 293
 Mozart, Wolfgang Amadeus, 287
Mukherjee's Magazine, 134
 Mulhouse, familia, 250
 Murger, Henry: *Escenas de la vida bohemia*, 306
Murray's Guide, 214, 215
 música, 287, 288, 293, 294, 296, 307-308
 Mussolini, Benito, 281
 Musorgski, Modest, 287, 299, 308; *Los cuadros de una exposición*, 299
 musulmanes, 198
 nacionalismo, 93-108, 109
 Nadar, Gaspar-Félix Tournachon, 300
 Nanking, 140
 Napoleón I, emperador de Francia, 15, 37, 85, 86, 90, 173, 303
 Napoleón III, emperador de Francia, 68, 213, 224, 243; carácter, 110-113; como presidente del Segundo Imperio, 37, 43-44, 83; diseño de París, 137, 138, 298; paralización del Segundo Imperio, 88, 177; política exterior, 86-87; reunión con Bismarck, 214 n.; y Cavour, 84, 214 n.; y el intento de liberalizar el sistema imperial, 82; y los derechos de propiedad en Argelia, 198; y los sindicatos, 49, 121, 124; y Napoleón I, 15; y Proudhon, 119
 napoleónicas, guerras, 78, 90
 Nápoles, bahía de, 215
National Labor Tribune, 156
 navegación, 69, 322
 Nebraska, 146
 Nechaev, Sergei Gennadevich, 171, 175
 Negro, mar: tráfico marítimo en el, 69, 322
 Nestroy, Johann N.: *El talismán*, 239
Neus Freie Presse, 253
 Nevada, 146
New York Herald, 62, 72
New York Times, 299
 Newton, Isaac, 262, 304; *Principia*, 262
 Nicolás I, zar de Rusia, 87, 171
 Niza, 214, 215
 Normandía, 200
 Norte, mar del: tráfico marítimo en el, 322
 Noruega: agricultura, 323; emigración, 204, 209; ferrocarriles, 322; nacionalismo, 96, 101; población, 321; sistema político, 115; sistema telegráfico, 70; urbanización, 218, 321
 Novara, 30
 Nueva Caledonia, 314
 Nueva Granada, República de (Colombia), 50
 Nueva York, 65, 75, 221
 Nueva Zelanda: colonización, 127, 132, 206, 210; ferrocarriles, 65, 322
 Nuevo México, 146
 Odessa, 185
 Offenbach, Jacques, 296
 Oldham, 219

- opio, guerra del, 89, 139, 141, 159
 orangistas, 282
 Oregón, 75, 146
 Organización Meteorológica Internacional, 77
 oro, 47, 72-76, 323
 Osborn, capitán, 275
 otomano, imperio, 23, 61; como potencia militar, 128; como una autocracia, 113; desintegración del, 86; Egipto, como parte del, 136; liberalismo y democracia, 81; población, 321; rebeliones, 102; urbanización, 321; véase también Turquía
 Oudh, reino de, 135
 Overweg, A., 62
 Owen, Robert, 168, 234, 269, 280
 Pacífico, océano: tráfico marítimo en el, 322
 Padiham (Lancashire), huelga de tejedores en, 219
 Países Bajos, véase Holanda
 Paiva, la, cortesana parisina, 298
 Palacky, profesor, 24
 Palermo, 295
 Palmerston, vizconde, 86, 301, 307
 Panamá, canal de, 68, 75, 147
 Paraguay: guerra con sus vecinos, 88, 89, 90, 152
 París, 220; arquitectura y planificación urbana, 137, 138, 288, 295, 298; Bibliothèque Nationale, 293; *Bourse* de, 224; exposiciones, 45; museo del Louvre, 296; véase también Comuna de París
 Partido Nacional Reformista del Trabajo de Estados Unidos, 122
 Partido Socialdemócrata de Alemania (SPD), 122, 166, 168, 315, 316
 Partido Socialista polaco, 316
 Pasteur, Louis, 54, 263, 266, 267
 patanos, 128
 Pattison, William, 66 n.
 Pecqueur, Constantin, 119
 Pedro II, emperador del Brasil, 45
 Pekín, 141
 Pereire, Emile, 68, 224
 Pereire, Isaac, 68, 224
 Pérez Galdós, Benito, 309; *Episodios Nacionales*, 309
 Pernambuco (Brasil), insurrección de, 22
 Perry, comodoro, 157
 Persia, 128, 144
 Perú: exportaciones, 130-131, 189; ferrocarriles, 65, 66, 68, 322; inmigración china, 203; minerales, 75
 Petöfi, Sándor, 28, 32
 Petrie, Flinders, 272
 petróleo, 55-56
 Pi y Margall, Francesc, 171
 Pinkerton, agencia de detectives, 257
 pintura, 287, 288-289
 Pío IX, papa, 116, 315 n.; *Syllabus errorum*, 117, 258, 279
 Pissarro, Camille, 304, 306
 Pizarro, Francisco, 46
 plata, producción de, 323
 Polesia, 185
 políticos, 109-126; conservadurismo, 116, 118-119; liberalismo, 110, 115-119, 122, 123, 235, 253, 254, 314; socialismo, 119-123, 166-167, 169, 316; véase también anarquismo
 Polk, James Knox, 73
 Polonia: insurrección de 1863, 94; nacionalismo, 95, 101; y las revoluciones de 1848, 23 n.
 Pontificios, Estados: población, 321; urbanización, 321
 Portugal: bibliotecas, 295; colonialismo, 128-129, 130, 146; ferrocarriles, 322; industrialización, 52; población, 321; sistema telegráfico, 70; urbanización, 321
 Potter, Beatrix, 238
 Praga, 26
 prerafaelitas, pintores, 293, 307
 Preston, 230
 Proudhon, Pierre-Joseph, 35, 112, 119, 170, 171, 304
 Prouvost, Amedée, 250
 Prusia: burguesía, 32, 117-118, 160; capitalismo, 160; educación, 106; importancia militar, 90-91; industrialización, 91; liberalismo, 117-118; población, 181, 321; potencia de vapor, 321; sociedades anónimas, 42; sufragio, 117; urbanización, 218-219; véase también Alemania
 psicología, 270
 Puerto Rico, 146
 Quatrefages, Jean Louis Armand de, 270
 química, 265-267
 racismo, 275-276
 Ralston, W., 75
 Raspail, François V., 32, 36
 Ray, Satyadjit, 67
 Reichenberg (Liberec), centro textil de Bohemia, 218

- religión, 279-285
 Renania, 23, 28
 Renouir, Auguste, 304, 306
 Reserva Federal norteamericana, 161
 Reuter, Fritz, 311
 Reuter, Julius, 71
 revolución, 14-38, 165-178
 Revolución francesa, 14-16, 21-32, 35-36, 44, 95, 168
 revolución industrial, 14, 45, 54
Revue Historique, 273
 Richardson, J., 62
 Riemann, Georg Bernhard, 262
 Rimbaud, Arthur, 287 n., 300, 305, 306, 307; *Bateau Ivre*, 300
 Rimski Korsakov, Nicolai, 308
 Río de la Plata, 89, 131, 132, 184, 185
 Rockefeller, John D., 56, 155, 156
 Rocosas, montañas, 66
 Ródano, río, 69
 Rodin, Auguste, 289
 Roma, 30, 288
 Romanov, dinastía, 192
 Rosas, Juan Manuel de, 130
 Rossetti, Dante Gabriel, 307
 Rószka, Sandor, 31
 Rothschild, banca, 22
 Rothschild, familia, 68, 207, 224, 249
 Rothschild, James de, 42
 Roubaix, 34, 63, 219
 Routledge, Railway Library de, 292
 Royal Academy, 295
 Royal Society, 271
 Rur, 204, 222
 Rumania: abolición de la servidumbre, 27 n., 194, 197; independencia, 87, 94, 102; ferrocarriles, 322; población, 321; sistema telegráfico, 70
 Rusia: abolición de la servidumbre, 27 n., 87, 192, 194; agricultura, 187, 323; artes, 287; bibliotecas, 295; campesinos, 192, 194, 195-197, 200; como una autocracia, 113; como una gran potencia, 86, 91; exportaciones de grano, 183; ferrocarriles, 322; guerra de Crimea, 87; guerra de guerrillas, 128; guerras de Turquía, 128; huelgas obreras, 123; *intelligentsia*, 173; liberalismo y democracia, 81; población, 321; populismo, 171-172, 173-175, 200; potencia de vapor, 321; producción de manganeso, 314; revolución, 23, 87, 125, 167, 168, 171-172, 174-176, 192, 200; sistema gremial, 48; sistema telegráfico, 70, 71; soviets, 34; urbanización, 321; venta de Alaska a Estados Unidos, 86, 146; y el movimiento de libre comercio, 49, 314; y el paneslavismo
 Ruskin, John, 246, 255, 256, 304
- Sach, familia, 207
 Sadowa, batalla de, 90
 Saint-Simon, conde Claude de, 37, 68, 75, 111, 168, 224
 Sajonia, 23; población, 181, 321; urbanización, 219
 salarios, 227-232
 San Francisco, 68, 73, 75, 204
 San Petersburgo, 219; población, 220 n.
 Sarrasin, familia, 249
 Schiller, Johann Christoph Friedrich von, 299 n.; *Guillermo Tell*, 294
 Schliecher, August, 273, 277
 Schlemann, Heinrich, 272
 Schlumberger y Cía., 250
 Schmidt, teoría de las ondas sonoras de, 274
 Schneider, empresa, 222
 Schubert, Franz, 287
 Scott, sir Walter, 196, 309
 Seaton Delaval, huelgas de mineros en, 256
 Sedan, batalla de, 90
 Seebohm, Rowntree (York), 247
 Seligmann, familia judía neoyorquina, 207
 Selvatico, Pietro, 297; *Storia dell'Arte del Disegno*, 297
 Semmering, paso de, 66
 Serbia, 94; población, 321
 Sévres, porcelana de, 291
 sexo, actitudes hacia el, 241-246
 Shakespeare, William, 299 n.
 Shanghai, 69
 Shaw, George Bernard, 244
 Sheffield, 219
 Siam, 128
 Siberia, 146, 204
 Sicilia: población, 321; rebeliones campesinas, 22, 23, 191; urbanización, 321
 Siemens, Carl, 250
 Siemens, Werner, 250
 Siemens, William, 250
 Siemens y Halske, empresa eléctrica, 250
 siervos y servidumbre, 28, 192, 193-197
 sijs, 128
 Silesia, 297-298
 simbolistas, 293
 Simcox, Edith, 237
 sindicatos, 34-35, 50, 120-121, 123, 124, 235
 sionismo, 100 n.
 Siria, 86

- Smetana, Bedrich, 287, 294, 308
 Smiles, Samuel, 226, 234, 244, 255; *Self-Help*, 226
 socialistas del pueblo checo, 316
 Sociedad Antropológica de París, 270
 Sociedad Corporativa de Ingenieros, 120, 234
 Sociedad Unida de Carpinteros y Ensambladores, 120
 sociedades de ayuda mutua (*friendly societies*), 120, 282
 Solferino, batalla de, 90
Songs for English Workmen to Sing, 226
 Southampton, 75
 Spa, balneario de, 214
 Speke, John Hanning, 62, 72
 Spencer, Herbert, 163, 171, 261, 270, 272; *El hombre contra el estado*, 171
 Spurzheim, Johann Caspar, 305 n.
 St. Pancras, estación de ferrocarril, 298
 Standard Oil Company, 56
 Stanford, Leland, 155
 Stanley, Henry Morton, 62, 72
 Stark, 70
 Steintal, H., 273
 Stephenson, George, 54
 Stowe, Harriet Beecher: *La cabaña del tío Tom*, 292
 Straus, Johann, hijo, 296; *Die Fledermaus*, 296
 Strousberg, Barthel, 68
 Suecia: abolición de los gremios, 48; agricultura, 187, 323; educación, 55; ferrocarriles, 322; industrialización, 52; población, 321; sistema telegráfico, 70; sistemas políticos, 115; sufragio, 114; urbanización, 321; y las revoluciones de 1848, 23
 Suez, canal de, 15, 64, 65, 68, 69, 137, 214
 sufragio universal, 113-114, 117
 Suiza: agricultura, 323; anarquismo, 170; Consejo Federal Suizo, 251; ferrocarriles, 322; industrialización, 52; montañismo en, 215; población, 321; sistema telegráfico, 70; sufragio universal, 113; y las revoluciones de 1848, 22 n., 23
 Sullivan, sir Arthur, 296
 Sumitomo, familia, 157
 Suppé, Franz von, 296; *Caballería Ligera*, 296
 Sutar's Mill, descubrimiento de oro en, 72
 Svatopluk, rey, 200
 Swift, 184
 Swinburne, Algernon Charles, 307
 Sydney, 75
Syllabus errorum (Pío IX), 117, 258, 279
- tabla periódica de los elementos, 266
 Taflelet, 79
 Tahití, 65
 Taine, Hippolyte, 260
 Taiping, rebelión de los, 88, 89, 138-140, 152, 284
 Talabot, P. F., 69
 Tasmania, ferrocarriles de, 322
 teatro, 296
 tecnología, 55-57, 183, 313
 telégrafo, desarrollo del, 69-71
 Tennyson, Alfred, lord, 287 n., 293, 296 n.
 Thackeray, William Makepeace, 293, 309
 Thiers, Adolphe, 112
 Thomas, Ambrose, 299 n.
 Thompson, William, lord Kelvin, 54, 261, 263-265, 279; *The Dynamical Equivalent of Heat*, 264
 Thore, Théophile, 303
 Tilak, B. G., 134
Times, *The*, 72, 253, 291
 Tiziano, 303
 Tocqueville, Alexis de, 21
 Toennies, Ferdinand, 218
 Tolstói, conde León, 173, 196, 287, 293; *Guerra y paz*, 173, 308
 Tombuctú, 79
 Toscana: población, 321; urbanización, 321
 Tower Bridge de Londres, 298
 trabajadora, clase, 226-238; y la burguesía, 256-257
 Transilvania, 23
 Trieste, 31, 66, 68
 Trinidad, 203; ferrocarriles, 322
 Tunicia, 79; ferrocarriles, 322
 Tupper, Martin, 246
 Turgeniev, Ivan, 171, 214, 293, 309; *Padres e hijos*, 308-309
 turismo, 212-216
 Turquía: agricultura, 323; exportaciones británicas a, 62; ferrocarriles, 322; fronteras, 94; guerra de Crimea, 87; guerras con Rusia, 128; papel sobre Bosnia, 85; sistema telegráfico, 70, 71; véase también otomano, imperio
 Twain, Mark, 287, 293; *Huckleberry Finn*, 311 n.
 Tylor, Edward Burnett, 275; *Primitive Culture*, 275
- Uargla, 79
 Unión Monetaria Latina, 49
 Unión Nacional del Trabajo, 122

- Unión Pacific, 66
 Unión Postal Internacional, 212
 Unión Postal Universal, 77
 Unión Telefónica Internacional, 77
 Uruguay, 89; agricultura, 323; ferrocarriles, 322
 Utah, 146
- Vacherot, Étienne: *Metafísica positiva*, 305 n.
 Vanderbilt, comodoro Cornelius, 68, 75, 153, 154, 242 n.
 Vanderbilt, familia, 156
 vapor, potencia de, 51-53, 321
 Venecia, 30; San Marco, 296
 Venezuela, 183
 Ventnor, 214
 Verdi, Giuseppe, 137, 288, 293, 294, 299 n., 309; *Aida*, 137; *La Traviata*, 296; *Il Trovatore*, 296; *Rigoletto*, 296
Verein für Sozialpolitik (Asociación pro Política Social), 123
 Verlain, Paul, 214
 Verne, Julio, 54, 64
 Vichy, balneario de, 214
 Victor Manuel II, rey de Italia, 83, 99, 288, 307
 Victoria, reina de Inglaterra, 247 n.
 Viena: arquitectura y planificación urbana, 288, 291, 295, 297; como centro manufacturero, 219; crisis de 1873, 78; ferrocarriles, 66; población, 220 y n.; revoluciones, 22, 25, 32; Rotonda, 45, 298; socialismo, 233; Sudbahnhof, 298
 Vietnam, 128
 Vinogradov, P., 175
- Virchow, Rudolf, 263
volapük («habla del mundo»), 77
- Wagner, Richard, 255, 287, 288, 293, 294, 296, 299 y n., 300, 308, 309; *Anillo*, 309; *Lohengrin*, 287; *Tristán e Isolda*, 299
 Wallace, Alfred Russel, 269
 Walras, Léon Marie Esprit, 270
 Weierstrass, Karl Wilhelm T., 263
 Wertheimstein, barón von, 252
 Wertheimstein, familia, 207
 Wey, Francis, 301
 Wheatstone, sir Charles, 54, 70
 Whistler, James MacNeill, 304
 White Star, línea, 65
 Whitman, Walt, 287
 Whymper, Edward, 215
 Wichelhaus, Friedrich, 246
 Wichelhaus, Robert, 246
 Wilde, Oscar, 65
 Wilde, sir William, 65
 Wilson, Thomas Woodrow, 97
 Wisconsin, 146
 Wo Jen, 140
 Woodhull, Victoria, 169 n., 242
 Wundt, W., 270
 Württemberg, población, 321
- Yucatán, 129, 193
- Zeiss, Karl, 54
 Zola, Émile, 221, 245, 256, 300, 301, 303, 306, 309; *Germinal*, 256; *Nana*, 245
 zulúes, 128, 132

ÍNDICE

<i>Prefacio</i>	9
<i>Introducción</i>	13

PRIMERA PARTE PRELUDIO REVOLUCIONARIO

1. «La primavera de los pueblos»	21
--	----

SEGUNDA PARTE DESARROLLOS

2. El gran «boom»	41
3. La unificación del mundo	60
4. Conflictos y guerra	80
5. La construcción de naciones	93
6. Las fuerzas de la democracia	109
7. Los perdedores	127
8. Los ganadores	145
9. Una sociedad en transformación	165

TERCERA PARTE RESULTADOS

10. La tierra	181
11. Las migraciones	202
12. Ciudad, industria y clase obrera	217
13. El mundo burgués	239
14. Ciencia, religión e ideología	260
15. Las artes	286
16. Conclusión	312
Cuadros y mapas	319
Notas	330
Lecturas complementarias	340
Índice alfabético	346